

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VIII

15 DE FEBRERO DE 1899

Nº 172

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

LOS HABLADORES

Declaro que este artículo es una representación.

Me lo ha inspirado un sentimiento nada noble, cual es la venganza.

Dirán ustedes que contra el hablador, lo mismo que contra cada uno de los siete vicios de que Ripalda trata, hay una virtud: la paciencia. Ya lo sé.

Pero ¿qué dosis se requiere cada vez que el hado nos coloca delante de uno de esos seres verbosos, enemigos de la alternabilidad en la conversación?

Ellos odian el diálogo.

Apoderado un hablador de la palabra por nada del mundo deja meter baza a su interlocutor, quien al fin y al cabo resulta no ser tal interlocutor, sino una víctima inconsciente de la locuacidad inconsiderada.

Después del cajonero ¿cómo le va? ó ¿cómo están por su casa? que es el *máximum* de lo que el hablador permite, ya puede el autor de la pregunta esperarse una pausa para decir algo más. Salvo que corte por lo sano y huya, que es lo que la experiencia aconseja.

Toda fórmula indirecta es inútil con el hablador. Y mucho será si, advertido de que su víctima ha sacado el reloj varias veces durante el monólogo, le dice:—“Un momento para terminar. No quiero quitarle tiempo.”

Halagüeña promesa, que el hablador olvida en el mismo acto.

No hay asunto pobre para el hablador.

Se trata, por ejemplo, de un incidente

del día, de poca significación, y cuyo protagonista es Perencejo:

El hablador se remontará al primer Perencejo, al Perencejo tronco:—Génesis de los Perencejo—Su apogeo—Matrimo-

que retrocedamos al año tal ó cual,” ó bien:—“Dejemos aquí al conde y la condesa para ir a encontrar a nuestra antigua conocida la Marquesa de X.”

Fórmula ventajosa para el amable lector, quien a su vez puede contestar:—“Vaya usted con Dios.”

Con el hablador no hay tales franquicias.

El recurso mismo de la fuga de que antes he hecho mérito es, con harta dolorosa frecuencia, impracticable. Ejemplo: cuando el hablador se agarra cariñosamente al brazo del que debiera ser su interlocutor. (Locuacidad con enzañamiento).

Hay habladores “especialistas” en determinadas materias, y habladores “universales”; los hay melosos, los hay agrios, los hay que se producen precipitadamente sin orden ni concierto en el discurso, y los hay de dicción acompasada, campanuda, y que gustan de oírse.

Recomiendo a ustedes estos últimos como eminentemente soporíferos.

El hablador es más ó menos temible según la hora, las circunstancias, el lugar, y el grado de ilustración que posea.

A cualquiera le doy yo el hablador ilustrado que la suerte me deparó en cierta hora menguada: las 12 m., un sol espléndido; lugar del sacrificio: la esquina de las

Gradillas.

Eran los días de la última revolución.

—¿Qué hay de nuevo? me preguntó.

—Combate en la Mata Carmelera: tantos muertos, tantos heridos...

Hubo una pausa, que él aprovechó, sin duda para ordenar en su imagi-



nios que ha habido en la familia—Sus disensiones—De cómo los Perencejo han venido a menos—El incidente bajo el punto de vista psicológico—Razones éticas, etc.

Esto sin la cortesía del novelista que nos dice:—“Permitanos el amable lector

nación los capítulos que me destinaba; y comenzó lamentando la falta de educación cívica de nuestro pueblo, las tristes consecuencias de la guerra, sobre todo con los endiablados instrumentos modernos, y tras esto, el hacha de los antiguos, César, Pompeyo, Farsalia y....

Yo no veía. Con los brazos cruzados sobre la columna vertebral, y agarrado con disimulo á la esquina, hacia esfuerzos inauditos por tenerme en pie.

La una y media sería cuando, con voz desfallecida y suplicante le dije:

—En fin, vamos á almorzar....

—Un momento....

¡Dios mío! agregué yo acá. Pónme á este hombre siquiera en nuestro siglo.

—¿Dónde estábamos? me preguntó él.

—Estábamos en la Carmelera; pero lo que es ahora vamos por Maratón.

—Pues bien; como le iba diciendo....

No pude más, flaqueéronme las piernas y caí sentado en la orilla de la acera.

—Bueno, pues, me dijo él entonces, movido de piedad tardía. Continuaremos en otra ocasión. No quiero quitarle tiempo.

JABINO.



CARNAVAL DE 1899

Muchas veces me he preguntado á qué causa obedece esta extraña orgia de trajes originales, de colores abigarrados, y de músicas alegres en estos días tristes en que las flores han huido de los campos y la alegría de los corazones.

¿Para qué cubrir los rostros con antifaces, si del fondo de nuestras almas se eleva y sube hasta los cielos una inmensa protesta contra el Destino inexorable?

La humanidad siempre anhelante de venturas imposibles pretende engañar al Dolor, y á veces logra vencerlo, creándose una atmósfera artificial que le permita olvidar, siquiera por horas, las repugnantes realidades de la vida, para poder interesarse nuevamente por los espectáculos que nos brindan la juventud y la belleza.

Martín Zuloaga y Tovar.

Es el tiempo del Carnaval.

El crepúsculo es suave. Un aire dorado aviva el fuego azul, la negra lumbre de los ojos. Las cabelleras ondulan. Los trajes de rosa, de lila, ondean, deslumbradores. En carretelas charoladas de amarillo, de negro, de rojo, las hermosuras, los hombros rosados, las gargantas mármoreas, entre camelias blancas y moradas petunias, parecen flores artificiales.

Es el tiempo del Carnaval. Los casca-
beles repican; las serpentinatas vuelan, como víboras aladas. De las bocas, grietas de carmín en la enharinada blancura de los rostros, surgen charlas, risas, besos.

Es el tiempo del Carnaval.



Las bacantes ciñen rosas; las parejas tejen idilios paganos; los amores vuelan, como las aves de Venus, tras la hermosura victoriosa; triunfa la sonrisa.

Es el tiempo del Carnaval.

El viejo Dolor ¿adónde ha ido?

Ay! Ese corpiño es el estuche azul ó blanco de las tristezas, ricas joyas del corazón; las manos de duquesa, las manos llenas de rosas, han deshojado ilusiones; el dominó pintoresco, como un libro azul de cantos de oro, encierra una historia de lágrimas.

No es franca esa alegría. Ese canto es casi un sollozo. Ese regocijo es malsano. Si no ¿por qué lleva máscara? ¿Qué vale ese placer de antifaz?

Rufino Blanco Fombona.

Me conoces? Y su voz aguda vibraba como un timbre fatal. Ah! sí, te conozco! Ocultas debajo de ese hábito sencillo tus formas de mujer elegante; y esa toca blanca que cubre tu cabeza, como el albo blasón de una virtud, no parece el emblema de tu alma! Hermana de la caridad tú que nunca has enjugado una lágrima, visitado un enfermo, ni dado jamás una limosna? Imposible! Eres la Liviandad! Deja el tosco sayal, no lo profanes!

Y tú que vistes traje de Princesa, que paseas orgullosa, y que llevas sobre tus hombros ese manto de púrpura imperial, recamado de piedras falsas, y bordado con oro de ilusión, quién eres? Soy la Pobreza!

Y aquel blanco y luciente Serafin de ojos azules, de manos delicadas, labios rojos y frescos, que viene sonriente y perfumado, como símbolo de Felicidad, es un ensueño? No; es el viejo Dolor Humano que viene á Carnaval!

Y el otro, aquel que ríe sin descanso, y sus carcajadas alegres vibran como notas de música palpitante; que viene vaporoso con su cabellera rubia destrenzada, danzando al compás de sus casca-
beles sonoros, es el Amor? No, es el Hastío, el incurable Hastío, que viene á Carnaval!

Y aquella mariposa de luz, con sus alas de rosa, frágil y sutil, que vuela un momento y desaparece en la penumbra oscura, es la Tristeza? No, es el Placer que huye de Carnaval!

Y así va la corriente, precipitada y confusa, como una ola sin cauce!

El Carnaval es el Supremo Nivelador de todos los dolores, de todas las gran-



dezas, y de todas las miserias humanas! Allí la superficie es igual, pero, no es igual el fondo! Vamos á Carnaval!

José Ignacio Vargas Vila.

¡Aquí es! ¡Aquí es!

Asistimos á las bodas de plata del carnaval "regenerado."

Cinco lustros van corridos desde que un conato de civilización trocó por el delicado "perfumador" de hoy la jeringa desaforada de nuestros mayores, capaz para contener un barril de agua flojo, y borró de la lista de los artículos lanzables las "posturas de gallina," el agua de clavos, y el almidón, sustituyéndolas con las más preciadas flores intertropicales, la finísima grajea, y el acreditado pan marca "R," ora en bollos de dos kilogramos, conforme á la última ordenanza de la materia, ya en forma de ligeros bizcochos, arrojados con gracia y tino.

Y hundiéndose en los abismos del no sér aquel carnaval que los comisarios presidian, con el "cola de gallo" sobre las espaldas, y una carreta *ad hoc* para recoger los muertos y heridos del festival.

Hoy, será todo lo más si le vacían á usted uno de los candiles visuales, y esto con un proyectil alimenticio, si se quiere.

Loado sea el progreso!

Jabino.



cario y de licenciosos purpurados; y en la corte por todos los Césares consagrada, volvería, tras fugaces abdicaciones, á relucir el alto coturno. Era así fácil, consciente, amable la alegría.

.... ¿Sabe el galeote de hoy a dónde va a llevar su cadena y su ignominia? El grillo rabioso de las desesperaciones, que de la tierra á los cielos sube, ¿tiene acaso, detrás de la grotesca máscara y el abigarrado faldamento, menos pavor, más suaves estertores de ira impotente?....

Yo prefiero á los dioses que con los hombres reían.

Eloy G. González.



Es necesario romper la sombría uniformidad de la existencia, arrojar las amarguras, desembarazarse de las penas, descargar el espíritu de sus abrumadores pensamientos, olvidar las veleidades de la suerte; es preciso beber, reír y cantar, mientras dura la juventud. La vejez pinta de blanco los cabellos y enfria la sangre en las venas. Los atenienses, que participaron coronados de rosas á conquistar la Sicilia, no tuvieron, al volver, sino algunos versos de Eurípides, para consolarse de la esclavitud de los años.

La vida es carnaval. En la alegre mascarada los mendigos se disfrazan de señores, los ignorantes de sabios, los hombres de mujeres, los mozos de viejos y los ancianos de donceles. En ocasiones el disfraz revela el carácter; á veces es un tormento, una imposición del destino. Margarita no conoce á Fausto y Ofelia ignora la existencia de Hamlet.

Cuántos dolores se ocultan bajo los gestos de Arlequin!

Un pintor francés—refiere Lamartine—dejó en un trágico episodio carnavalesco la historia de muchos corazones. Durante la aglomeración producida por la entrada de la gente en una sala de baile, un hombre disfrazado de Pierrot recibió una puñalada sin que nadie lo advirtiera; el herido se aprieta con la una mano el pecho y hace esfuerzos desesperados para arrancarse con la otra la careta que oculta sus angustias de muerte; el pueblo palmea y se ríe de las que piensa grotescas pantomimas; suena la música, se oye el sonoro retintín de las copas, y el hombre cae mientras la multitud acude adonde el placer la solicita.

Cantemos ¡oh jóvenes! el himno de la vida....

Mujeres, animación y ruido, todo pasó; en las calles silenciosas sólo quedan fragmentos de flores y efluvios de aromas; cesaron las locuras del carnaval y la muerte hace su mueca. ¡Cómo se ríe de nosotros la soberana destructora! El memento homo es una gran palabra!

José E. Machado.

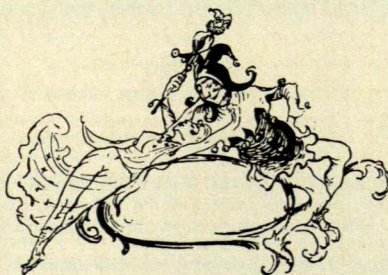
En las tardes de carnaval, coloridas por un sol suave, amable, de los vientres fecundos, infinitos del Dolor y el Hastío, surge una multitud barroca, alegre, que va por las calles locamente.

Bajo las caretas grotestas y los antifaces de seda, florece la Sinceridad,—amarga la Verdad en los labios y punza y sangra la Ironía en las almas.

En los carruajes: un mariposeo radio-so, una como justa galante. Van ellas: cada traje un poema; la Alegría da á sus espíritus audaces exquisitas, atrevimientos adorables. En el arroyo, las ondas de confettis, de flores, de serpentinatas, alucinan los ojos que lloran; besan las bocas que blasfeman; acarician las manos que dibujan gestos trágicos; y deslumbran las púrpuras floridas y las áureas coronas de mendigos que simulan reyes gloriosos.

Y entre la barroca, riente multitud, que en las tardes de carnaval, coloridas por un sol suave, amable surge de los vientres fecundos, infinitos del Dolor y el Hastío y va por las calles locamente,—pasa Ella, la eterna Colombina, bella y frágil, que ebria de amor se fuga con Arlequin, el gentil cantor de serenatas, y El, el eterno Pierrot, que inflamado de celos mata, y llora luego en los brazos piadosos de Nuestra Señora la Luna.

Tulio M. Cestero.



FEBRERO



Febrerillo loco, con sus días veintiocho, dice la gente para recordar que el vértigo del placer siempre es de corta duración, y el mes carnavalesco vuela más aprisa que ninguno.

¿Nunca os imaginásteis al mes de Febrero en figura concreta, materializado, hasta con su sexo y edad correspondiente? Yo sí. Hay meses varones y meses hembras. Enero es varón, rugoso, caduco, displicente, de escarchada melena y barbazas fluviales; varón también Septiembre, viñador robusto, sanguíneo, embadurnado con las heces del mosto. Por hembra, por doncella pudibunda, con las manos colmadas de azucenas y envuelta en fino manto verde, tengo á Mayo; y por hembra, pero romántica y *traviata*, á Febrerillo el de la breve vida.

Un gabinete particular. Las bujías, casi consumidas ya, arden despidiendo claridad más intensa. El mantel muestra afrentado su candor con manchas de vino; las servilletas, arrugadas, andan por el suelo. Pétalos de rosa y violetas marchitas se mezclan con caparzones de langostinos en una fuente; habanos á medio fumar descansan en el reborde de los

platillos. Un abanico de nácar y oro hecho trizas, se reclina en una botella de Champagne vacía del todo. Al través de la puerta penetran en el gabinete los últimos acordes de un vals libertino y á veces soñador. Y en el diván, una pierna sobre otra, alzando la copa coronada de espuma, ríe Febrerillo—una mujer hechicera, sonrojada de fiebre, rubia á fuerza de tintes, con la boca untada de bermellón,—hermosura artificial, falsa, y sin embargo atrayente como el abismo. . . . Abierto el dominio de raso negro, echado atrás el capuchón, descubre atrás otro disfraz más provocativo y orgiástico, el traje de Locura, cuyos cascabeles de plata tilintean á cada movimiento de la gentil cabeza, á cada quiebro de la cintura flexible. La carcajada, que asciende por la garganta en ondas de sonido más argentinas que el repique del cascabeleo, resuena mezclándose á los ecos del vals, y el compañero casual de la fugaz y seductora Locura, ebrio, más que del vino espumante, de aquella risa insensata, cae como muerto para no despertarse hasta que blanquee los vidrios un reflejo lívido del amanecer. . . .

Así se aparece Febrero en las antecámaras y salones del vicio. Pero vedle en el templo, donde se arrodilla la flor de Jessé, la madre del Verbo, llevando en ofrenda de pobreza dos tórtolas. Vedle en el altar de la familia. Encendidas están las Candelas al pie de la imagen de la Virgen, y al lucir su llama, un rayito de claridad sobrenatural disipa las confusas tinieblas del Limbo. Las criaturas encerradas allí se estremecen de gozo, envuelto en aquel rayo han creído ver el amado rostro de madre, oír la voz mimosa que los arrullaba en la cuna; sobre sus labios descoloridos ha caído una gota de leche del dulce seno; es la Vida que los llama á sí. . . . Pero la Candela se consume, se extingue, y las almas de los niños muertos se difuman otra vez en la penumbra crepuscular del Limbo, sin penas ni felicidades. . . .

En las profundidades de la floresta, el día de la Purificación, celébrase solemne ceremonia. El primer espasmo, la primera ráfaga germinal, el primer hálito suave y fecundador, cruza en tal día besando las ramas aún despojadas de verdura, donde todavía no desabrocharon las tiernas yemas y los pálidos brotes. Sobre la grama impregnada de rocío, en los recodos verdosos tapizados de blando musgo, en la oquedad del trono carcomido por los años, se improvisan capillitas para los desposorios de las parleras aves. Al amanecer la Candelaria, cásanse la azul golondrina, el pardo pechirrojo, el jilguerillo de arpada lengua, el poético ruiseñor, la dorada oropéndola, la gris alondra, el mirlo de alas de azabache. . . . Un epitalamio de gorjeos y de pitíos melodiosos brota de las profundidades de la selva. “¡Io, Himeneo!” Pero al salir la luna, misterioso silencio nupcial cae sobre las frondas. . . . Febrero trajo las bodas; Abril y Mayo mullirán los nidos y criarán el sustento, las larvas y los gusanos, para alimentar la prole. Así, desde el segundo día de Febrero—el mes en que conmemora la Iglesia la Luz milagrosa, trina y una, mística representación de la Trinidad,—la Naturaleza ha quebrantado la cárcel del Invierno; la estación feliz ha entonado otra estrofa del eterno poema.

EMILIA PARDO BAZAN.



TULIO M. CESTERO

En nuestra edición del 15 de enero dimos aviso de haber recibido el libro de este joven escritor dominicano; y celebramos sinceramente que viniese el nuevo autor á contribuir, no tanto al aumento de la bibliografía americana, como al mayor acopio de datos, opiniones y creencias, para venir en perfecta cuenta de la trascendencia y virtualidades del poder intelectual en este continente.

La oportunidad de encontrarse en Caracas el señor Cestero nos permite ampliar aquellas ideas, acompañándolas del retrato del joven escritor, quien por segunda vez visita nuestro país.

“Labor de vulgarización, dijimos, á la vez que obra de buena voluntad,” es la del señor Cestero. El nombre de América, su historia, la importancia que va cobrando en esta última década del siglo, las promesas que brinda á todas las aspiraciones, á todos los esfuerzos, á todas las voluntades, reclaman de parte de los intelectuales del continente la mayor suma de sinceridad, de convencimiento más y más profundo de cuanto somos y podamos ser.

Las letras, por dicha, han tenido en estos países mejor fortuna,—en cuanto á su progreso se refiere,—que las otras manifestaciones de vitalidad. Si en la esfera del progreso material, estadistas y políticos llevan un siglo de afán y buenos propósitos en obsequio de nuestro bienestar, ello ha servido,—á la vez que para enviar en hora mala á los pueblos cuando se muestran rehacios á la buena educación civil,—para dejar á su guisa y en paz á cuantos vinieron por el apartado y honesto sendero de las letras. Con tal comodidad, ha podido buscarse la mejor salud del Arte y ensayádose, en el orden literario, lo que bien pocos han querido hacer en el político: preguntar su ciencia á otras gentes, pedir su cultura á otras civilizaciones, vigor y sangre á otros organismos, horizontes más dilatados y luminosos á ambiciones más nobles.

Los escritores jóvenes de América no pueden, por las circunstancias peculiares de su edad y sus aspiraciones, adoptar la académica rigidez, las entonaciones pontificales, el hieratismo de un apostolado. Hacen la obra literaria de América: entusiasta, alegre, llena de luz, como esta naturaleza y este cielo riensueño. Y es consolador, ó cuando menos simpático, este sentimiento de bellos ideales, de saludable fe. Si unos, más pensadores,

más expertos, se han dado cuenta íntima, se han saturado del ambiente de la época y piden al Arte asilo contra las persecuciones del universal malestar, en cambio cantan y ríen la mayor parte de los que llevan á esos templos sus ofrendas y sus esperanzas. El libro de Cestero tiene, en el fondo de todas las impresiones en él traducidas, como el bulir de una vida nueva, como las alegrías de una inocente indiferencia por los peligros y desazones circundantes.

Habla con amor, con cariñosa delectación de los compañeros que ha advertido en el discurso de este amplio campo surcado por la ruta de Damasco; y dice cómo ha visto las almas, la recóndita naturaleza artística de escritores como Díaz Rodríguez, de temperamentos como los de Blanco Fombona, Coll y Domínguez, de rebeliones como las que excandecen en Vargas Vila; sin que la nota profunda, íntimamente personal, revele que ese fervor del joven escritor ha sentido los vaivenes inquietantes de este naufragio que amenaza destrozar y revolver los fragmentos de todas las creencias, de todas las ideas y de todos los sentimientos. Tiene admirable fe en que el Arte es redención. Parece decir que hay en él remedio á las desolaciones sobre la tierra incurables, que á su sacro recinto no se acercan la duda, la misantropía, las desesperanzas.

En las páginas de los escritores de que nos habla Cestero ha ido como á olvidarse, viéndolas decir, de las agonías de todas las almas, del doloroso sufrimiento de todos los corazones.

Que sean siempre para bien y contento de las letras americanas cuantos afanes les consagre el joven escritor dominicano.

PRÓLOGO

(del nuevo libro “*Trovadores y Trovas*”)

RUFINO BLANCO FOMBONA

Es indudable que la producción literaria nunca fue tan enorme como en nuestros días, y ese aumento asombroso de la producción es en parte real, en parte aparente.

Hace apenas un siglo, con dificultad se propagaban por el mundo el nombre y la obra de grandes pensadores y artistas, y mucha flor de ingenio se marchitaba y moría sin que su aroma llegase nunca á traspasar los lindes de la patria. Hoy no sucede igual cosa: las comunicaciones múltiples, más fáciles, más rápidas, las relaciones más íntimas en que viven unos con otros los pueblos hacen que, tan pronto como surge un escritor, su nombre y su obra viajen de país en país y de lengua en lengua, recibiendo el homenaje de la crítica universal, ya en forma de aplauso espontáneo y ruidoso, ya en forma de complacencia más ó menos mezclada de ironía. De esa mayor y más ligera difusión de nombres y de libros resulta, como puede comprobarse fácilmente, que ningún país europeo tiene hoy derecho á enorgullecerse de ejercer absoluta hegemonía literaria, como en distintas épocas la ejercieron Italia, España, Alemania, y Francia hasta hace poco. Así, vemos que de igual modo vienen á los pueblos del Sur de Europa y á nuestra lejana América los nombres y la obra de Tolstoi, Ibsen, Sudermann, Hauptmann y Sinkiewicz, como van á las nieblas de las regiones hiperbóreas, llevando la luz y la belleza de la vida mediterránea, los Verlaine, los France y los D’Annunzio.

Pero al lado de ese aumento aparente de la producción literaria, hay un aumento real, más considerable todavía. La causa primera de ese aumento es el inmenso número de conquistas hechas por la ciencia en nuestro siglo, número desproporcionado y colosal, si se compara con el número de conquistas hechas por la ciencia en todos los siglos anteriores. El progreso científico ha obrado robusteciendo, centuplicando, refinando todas las actividades del hombre, y por consiguiente su actividad más alta y pura. La vida se ha hecho más complicada y, si no más rápida, sí mucho más intensa, en virtud del progreso científico que ha creado,

llevándolos casi á la perfección última, agentes civilizadores tan poderosos como el vapor y la electricidad, gracias á los cuales un hombre moderno recibe en igual espacio de tiempo mil veces más sensaciones, convertibles en afectos é ideas, que un hombre de hace ochenta años. Basta considerar en medio de qué circunstancias viene hoy un hombre á la vida: no más llega á la conciencia de su ser, cuando ya puede comunicarse con un semejante suyo á muy largas distancias por medio de hilos telegráficos y telefónicos, y á distancias mucho mayores aún á través de los continentes y al través del océano por medio del vapor y del cable; á cada paso puede saber los acontecimientos políticos, las nuevas formas de arte y los adelantos en ciencia de los pueblos de su misma civilización y raza, y aun de los pueblos de raza y civilización diferentes; y de este modo, á la influencia del medio en que todo hombre vive, se unen las influencias dispersas, lejanas, exóticas, venidas como en un manojito vibrante á enriquecer la atmósfera intelectual de cada cerebro. Y el cerebro, obediente á una gran ley fisiológica, rodeado de mayor número de excitaciones, muchas de ellas recién conocidas de él, trabaja más, y más produce. Si no así ¿cómo se podría explicar esa enorme producción literaria de hoy, ese continuo florecer de la novela, el cuento y el verso, las más ricas flores de arte?

A las causas antedichas, débense agregar algunos efectos de esas causas, como sentimientos é ideas nuevos, propios de nuestra época, ignorados en épocas anteriores. Es indiscutible que las ideas y sentimientos de un pueblo, ó de los pueblos de la misma civilización, cambian según la época, y nada tan justo como suponer á nuestra época abundante en ideas y sentimientos nuevos, dada la muy rápida evolución intelectual del hombre en nuestro agitado fin de siglo. Entre los nuevos sentimientos é ideas halláanse algunos—factores no despreciables—en los cuales la crítica de Nordau y demás discípulos de Lombroso no ve sino caracteres y estigmas de uno ó varios grupos de degenerados, cuando los dichos sentimientos é ideas constituyen quizás un lote, desigualmente repartido, pero común á todos los géneros y escuelas de literatura. La tristeza, el malestar, la psicopatía rara, todo lo que existe de malsano en la literatura de hoy se puede atribuir, como se ha hecho ya, al desequilibrio nervioso proveniente de un progreso demasiado brusco, desequilibrio semejante á la neurosis nacida de los viajes de ferrocarril, de las grandes catástrofes y de las grandes guerras bárbaras.

Pero, dejando aparte esos fenómenos morbosos, queda siempre una producción muy rica y sana que, ya por sí misma, por el solo hecho de ser estímulo y gloria de almas fuertes, estímulo y desesperación á la vez de los productores humildes, obliga á remozar antiguas formas, á crear formas nuevas y contribuye á la mayor esplendidez del arte. De aquí ese trabajo que se efectúa hoy en casi todas las literaturas, trabajo de remozamiento y condensación, tendiente á perfeccionar las lenguas como materia artística. Y si á esa consecuencia lógica de la producción grande y vasta, agregamos los modos de expresar ideas, sensaciones y sentimientos propios del hombre moderno, poco nos falta para saber el secreto de esos estilos primorosos, refinados y nobles, que son como la suprema belleza y la flor suprema de cada literatura.

Las escuelas todas, aun las más calumniadas, han contribuido á esa obra de dar más vivo esplendor al arte de las letras, ya en el verso, ya en la prosa. Así, los decadentes y simbolistas de Francia, con Verlaine, Moreas y Morice, capaces de rimar gloriosamente en los trillados caminos de las viejas prácticas prosódicas, abandonaron esos caminos y, felices novadores, suprimieron la cesura en el verso quebrado de parnasianos y románticos, usando el hiato, y con otras reformas parecidas, dieron al verso alas mejores, fuertes y ágiles, y crearon una prosodia nueva, más culta y más libre, haciendo así bastante por las letras, aunque algunos que prestimen de críticos, pero sin conocer de literatura actual, continúan creyendo que los vocablos decadentismo y decadencia son sinónimos. Obra análoga á la de esos escritores en el verso, obra de renovación y adelanto, han realizado y realizan en la prosa francesa los France, Mendés y Louÿs; en la prosa italiana D’Annunzio hasta llegar á una maravilla de belleza, tersura y limpidez; en la prosa y el verso castellanos los escritores modernistas de América.



LA GALLINA CIEGA—Cuadro de F. Vinea

* *

Hay quien ha dado en imaginarse á los escritores modernistas como orfebres pacientes y vanos de baratijas chillonas, muy llenas de cinceladuras y color, pero sin alma; y ya en ese terreno, llégase hasta afirmar que para escribir según los modernistas el sentimiento huelga y la idea sobra; concepto calumnioso y falso cuyo origen se halla realmente en bagatelas efímeras, de valor nulo, que ciertos poetas—verdaderos pontífices de la ironía—se complacen en arrojar desde su mesa de trabajo, para delicia de imitadores y snobs y pasto de una crítica fósil abrazada con ideales muertos. Y como esas bagatelas vienen á ser lo más débil de la obra, se comprende que sean asidero más cómodo de la imitación y ofrezcan un blanco más fácil á los rehiltes de la crítica de mercaderes y *filistinos* miopes, más ó menos académicos. Pero ni esa hojarasca, ni el concepto erróneo de ella procedente, dañan de ningún modo á la literatura digna del nombre de modernista, literatura que no sólo quiere la perfección de la forma, sino también encerrar en esa perfección el alma contemporánea toda, compleja y vibrante. Siendo la vida del hombre moderno más intensa que la vida humana en otra época, formada como está de sensaciones nuevas y más rápidas—tanto porque han variado mucho las excitaciones del exterior como porque se han modificado los nervios del hombre—de ideas más numerosas y afectos más raros, en la prosa y el verso modernistas ha de ir vibrando un haz de sensaciones, ó cantando un coro de ideas, ó esparciendo perfumes el afecto raro y exquisito.

Considerado así el modernismo, es como puede decirse que Rufino Blanco Fombona es, en Venezuela, el más modernista de los poetas de su generación, y uno de los más pulcros y elegantes prosadores modernistas de América.

Sus principios en literatura fueron hace cuatro ó cinco años, cuando aquella gran ráfaga de simbolismo y decadentismo que recorrió toda América. Casi no hubo frente de que no diera su flor en esos días, y por el cielo americano pasó una como bandada de pétalos. Pero de todas las flores abiertas cuajaron sólo unas cuantas, y de éstas fue la flor del ingenio de Blanco Fombona. En sus comienzos como casi todos los demás, rindió culto á las exageraciones de la moda, la

reina fugitiva; mas, á poco, llevado de su carácter soberbio y brioso y de una verdadera obsesión de originalidad—obsesión común á los grandes artistas—cuyos rastros pueden verse en toda su obra de prosador y poeta, caminó en derecha á encontrarse á sí mismo en un estilo propio, hecho de finezas y elegancia.

Nervioso, inquieto, sensual y triste, superiormente organizado para el arte, en este su primer libro, flor de juventud, se nos presenta con las dos manos colmadas de primores, ya que de igual modo afina y abriga el dardo de oro de su verso como cincela—copas rebosantes de perfume—los períodos de sus bellas prosas rítmicas.

Prosador de estirpe clara, siempre en guardia contra el ruín lugar común y la torpe imitación, su prosa no es la prosa anémica y desmañada, hecha para la fugaz vida del diario, sino prosa hecha para vivir en libros, y vivir como bronce.

A su prosa tersa, pulida, ondulante, nerviosa como el artífice mismo, de refinamientos llena hasta parecer de vez en cuando amanerada como las prosas ilustres de Acosta y de Martí, poco ó nada falta para ser modelo de prosa modernista. Como verdadero escritor de esta prosa, Blanco Fombona produce con ella la mayor intensidad de expresión y de vida, y tiende á hacer de su arte como el resumen de todas las artes, de modo que en la prosa puedan hallarse á la vez: la eurytmia del edificio trabado sabiamente, la plasticidad de los mármoles, la fina cinceladura de las joyas, todas las armonías de la música y el color, el claro-oscuro y la sombra de las pinturas maestras.

En la prosa, de ese modo entendida, la sobriedad y la concisión, como argamasa ideal, deben ir por todas partes. Para esto la emoción, rara, el afecto exquisito, ó la idea nueva, ha de encajar sin demasiada holgura ni estrechez en la frase, ó ir con ella en cohesión íntima, así como van en el diamante abrazadas la ternura de la luz y la firmeza de la roca. Y así como el afecto, la idea, ó la emoción en la frase, la frase ha de ir en el período, á fin de que el período resulte gracioso y liviano hasta volar como pluma, flexible como hoja de Toledo, fuerte, breve y cincelado como puñal damasquino.

De tiempo en tiempo, es verdad, surgen en la prosa de Blanco Fombona períodos paramenta-

dos con exceso, pero nunca esos períodos llegan á deslucir el todo, semejantes á fragmentos de arquitectura plateresca y florida que interrumpiesen la severidad de un edificio de arquitectura sobria, sin quitar á los grandes lineamientos del conjunto la armonía ni la gracia.

Si no todo, mucho de lo mejor de su prosa está en la consagrada á sus *Troadores* predilectos. Es prosa culta, sabia, musical, sembrada de imágenes, digna de trovadores.

Cada uno de sus poetas es como un busto de mármol que él trabajó con deleite de artista y pulió con ternura y complacencia, hasta dar á la fría carnación de sus mármoles reflejos blancos, rosados, indecisos, murientes, que son como luminosa fragancia del más puro amor de su juventud, el casto amor de los versos.

Las manos del artista no señalan en esos bustos la fealdad, el defecto, menos aún lo deformante: para la obra no tienen sino caricias y guinaldas. En la prosa con que Blanco Fombona cuenta á los poetas no hay propiamente crítica, al menos crítica de análisis, y esta observación en realidad no sorprende, conocido el temperamento poético del autor, pagano, como suele decirse, enamorado de la forma. Es muy difícil en el mismo escritor hallar al crítico de análisis concienzudo y al estilista perfecto. Los mejores críticos de arte, por lo general, han cuidado pocas veces el estilo, y casi ninguno de ellos merece el nombre de estilista. Stendhal, cuya alma de crítico no dejó de analizar un instante, nunca se cuidó de la belleza del estilo, hasta el punto de necesitarse de mucho amor á su talento, admiración por su delicadeza de espíritu curioso y algo de cachaza para leer algunas de sus obras, como las *Memoires d'un touriste*, libro éste lleno de observaciones psicológicas agudas, hondas, originales, pero escrito en un estilo desesperante de monotonía y aridez. Reflexión análoga, que no idéntica, podría hacerse hablando de Thaine y, entre los escritores vivos, hablando del autor de los *Essais de psychologie contemporaine*.

Otro, quizás, habría hallado en cada uno de los *Troadores* pretexto para establecer analogías y tendencias ocultas, fijar extrañas relaciones de medios y escuelas ó plantear problemas de ética y de arte. Pero el estilo cincel de Blanco Fombona difícilmente sirve de escalpelo: apenas

rompe las carnes, cuando ya se deshizo en gemas, en música, en rosas.

**

No es común hallar en equilibrio en un mismo escritor la dualidad envidiable del prosista y poeta. En general, sucede en los escritores que a la vez cultivan el verso y la prosa que, ó bien la prosa es inferior al verso, ó bien el verso es infinitamente inferior á la prosa. Esto es lo más ordinario. Pero otras veces no se trata de inferioridad relativa, sino de absoluta y radical diferencia, como si la prosa y el verso no fuesen obra de un solo y mismo autor, sino de dos autores distintos. Esto sucede con Maurice Maeterlinck, por ejemplo. Entre la prosa y los versos de ese belga raro hay como un abismo de tiniebla y de locura. Imposible parece que del mismo escritor sean la prosa clara y transparente, como agua de manantiales, del *Tresor des humbles* y la vana y triste jerigonza en verso de *Serres Chaudes*.

Nada de eso en Blanco Fombona: su verso viene á ser como la consecuencia natural y quintaesenciada de su prosa, de modo que si ésta es robustez, hermosura y vigor, su verso es gracia, frágil y exquisita. Ala y pétalo á un tiempo, su verso vuela y perfuma. Perfecto, porque es ligero y denso á la vez, ligero como ala y rico en esencia como un pétalo, la estrofa viene á ser como rosa de oro imponderable, y el poema, breve y luminoso, uno como extraño joyel que simulase un gajo florecido.

Blanco Fombona trabaja su verso como un esteta. Aún más escrupuloso en el verso, no quiere nada común, ni falso, ni ajeno en su obra. Cultivador capaz y afortunado, quiere jardín propio y propias flores.

Las vulgaridades puestas de moda hasta no hace mucho en la poesía de América, no mancharon nunca sus versos: ni lo fascinó la pirotecnia de las hipótesis huguianas, ni se puso á fingir como los imitadores de Díaz Mirón, actitudes bélicas, trágicas, ridículas. Sigue á los últimos buenos poetas de América, á Gutiérrez Nájera, á Casal y sobre todo á Rubén Darío en la tendencia modernista á buscar para el verso castellano un horizonte más dilatado y libre.

Pero, siguiendo esa tendencia, él conserva su personalidad, y con ella va hacia la perfección. Supo escogerse una senda, y en la senda por él escogida ya están en flor *Las canciones*, *Los idilios* y las *Rimas galantes*. En general, y como todos los estetas, desdén la rima loca, rica, resonante con música de cascabeles, como dice él mismo, y tanto la desdén, que sus versos, muy bien podrían llevar de epígrafe el rebelde grito de Carducci:

Odio l'usata poesia.

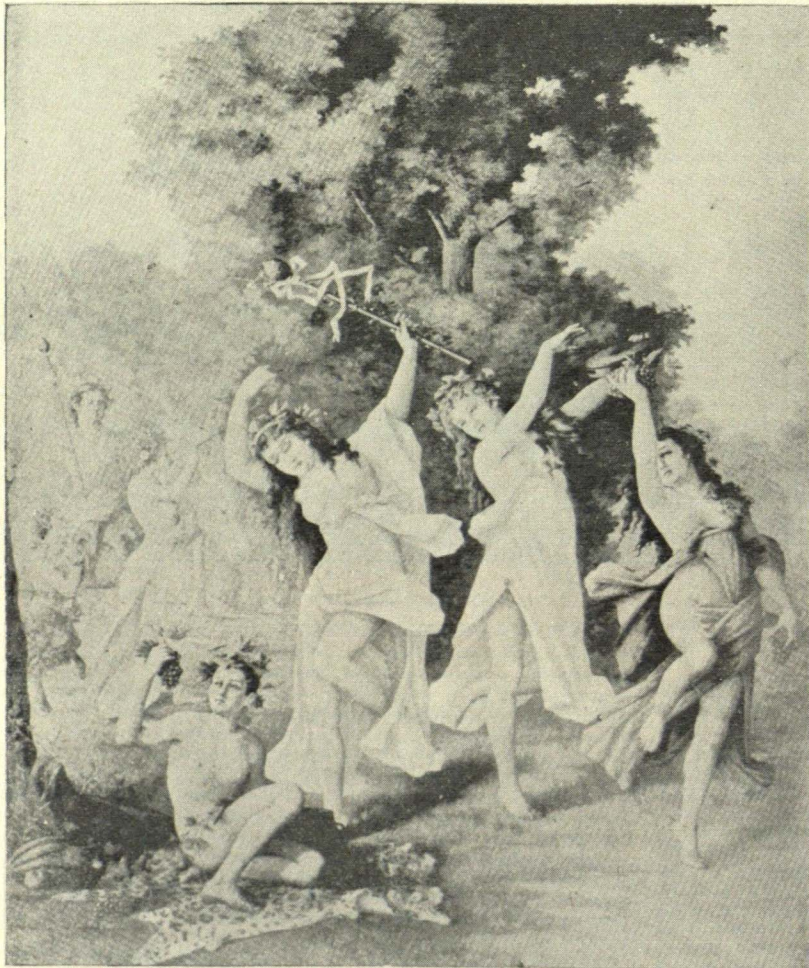
A la rima fastuosa, al ritmo vulgar, á la música de atambores, prefiere la rima discreta, el ritmo fino y recóndito, la música nueva y rara que exige nervio sutil y oído experto.

A la espontaneidad, á la frescura y al color, que no bastan, ha de añadirse la música, y Blanco Fombona trata de encerrar en su verso la mayor cantidad de música posible, y de mú-

sica nueva. Por esto en sus versos resuenan las notas más finas, las de más numerosas vibraciones.

De su labor de esteta claro son testimonio y cima el *Don Juan*, la *Canción de hastío*, la *Tristeza del mármol*, *Del Siglo XVIII* y algunos más de esos poemas, cortos y ricos, especie de joyas las más preciadas de un Benvenuto de la lengua.

Pero todo no es en esos poemas vano encaje de cinceladuras y música vana. La obra de este poeta no es la obra de un impasible.



PINTURA EN EL COMEDOR DEL PALACIO DE "MIRAFLORES" — POR OSATE

que no es la rosa lo que turba
sino el encanto del aroma.

Su verso, corto y fragante, es como grano minúsculo henchido de esencia. En sus poemas abundan los aromas, uno sobre todo, casi siempre débil, intenso á veces: el aroma de un sensualismo delicioso y vago. De todas partes, en su obra poética, nos viene al encuentro ese aroma fuerte y amable, que no es una excepción en Blanco Fombona, por el hecho de ser común á la literatura actual de todos los pueblos de raza latina; y digo pueblos de raza latina, no desde el punto de vista del concepto antropológico, sino desde el punto de vista de las ideas estéticas, de las tendencias de arte y de la tradición literaria.

Recientemente, un crítico inglés, al hablar de D'Annunzio, considera el sensualismo d'annunziano como un hecho aislado, como flor de decadencia, malsana y ponzoñosa, y apoyado en este sensualismo, va contra la aserción del vizconde de Vogüé, según la cual D'Annunzio aparece como iniciador de un nuevo renacimiento. Pero, de una parte, el sensualismo de D'Annunzio no es un hecho aislado: ese mismo aroma sensual impregna todas las literaturas latinas: lo esparcen las prosas de Franco, Mendés y Louÿs, como lo esparcen los versos de Verlaine, cuando Verlaine dejaba la

enojosa letanía del degenerado místico y, á fuer de buen hijo de Pan, soplabla

en su rústico píffano de roble,

según el verso del poeta bonaerense; el mismo aroma surge de los poemas del portugués Eugenio de Castro y de la obra de los modernistas americanos, como Blanco Fombona. Por otra parte, la existencia de ese general sensualismo podría más bien servir de apoyo á la opinión del galano prosista, académico de Francia. Todo renacimiento es como una adolescencia, y en la adolescencia predomina la vida sensual. ¿Existió nada tan sensual como las santas y madonas del Renacimiento italiano, cuyas formas palpitan aún con la vida del arte, inacabable y profunda, en todos los museos de la tierra?

Proveniente de su vago sensualismo y de otras causas, ya individuales, ya hijas del medio, de los versos de Blanco Fombona fluye, como una lágrima, y se exhala, como un suspiro, la tristeza. Casi todo, en su obra, está embebido de tristeza. La tristeza corre por toda su obra como un río, y desborda algunas de sus estrofas, como desborda el agua el tazón de mármol de las fuentes. La causa más inmediata de su tristeza es quizás la falta de medio, entre nosotros, para un alma de artista. Pero esa tristeza, por sí sola, es obra buena, obra santa, obra ideal, porque unida á la de los pocos que luchan por el arte en nuestro medio pobre y mezquino, está labrando lentamente, como tenaz gota de agua en la roca más firme, un medio mejor y más generoso para los que han de venir, dentro de breve ó largo tiempo, con el puro amor del arte en el fondo del alma.

A veces me figuro que Blanco Fombona pretende, tal vez por lo excesiva, disimular su tristeza, y hasta disfrazarla con un antifaz rojo. Lo primero es fácil advertirlo en muchos de sus poemas; lo segundo me lo he figurado leyendo esos versos en que el poeta nos habla de su musa como de una bacante que viviera entre vapores de brandy y ajeno. Pero no le creáis. La musa que inspiró *Los idilios*, *La tristeza del mármol* y las *Noches* tiene manos muy puras, maneras demasiado nobles, alma asaz aristocrática y selecta, y no puede vivir entre vapores tan sólo buenos para excitar bastos nervios de yanquis y almas pervertidas de grisetas errabundas. Triste y aristocrática, esa musa no es bacante sino reina, pero, según parece por su tristeza honda, reina destronada y proscrita que, desde riberas extrañas, ve con los ojos fijos el punto del horizonte hacia donde queda la patria remota, y espera, espera, con heroica esperanza, el día en que llegue á buscarla, restituyéndola al trono, su gran pueblo de súbditos. El pueblo de súbditos, en día no distante, llegará hasta los pies de esa reina musa: llegará esparciendo lirios, batiendo palmas, tejiendo coronas. Y entonces, mejor que hoy, podrá decirse de ella lo que de la musa de un gran poeta clásico dijo el más donairoso de nuestros viejos prosadores: *viste púrpura, tiene celso, y manda*.

M. DIAZ RODRIGUEZ.



EL CORAZON Y EL ESTOMAGO. — Cuadro de J. Worms

PAGINAS LITERARIAS

POR

EDUARDO CALCAÑO

L doctor Calcaño coleccionó el año pasado, en un volumen de 217 páginas, varios escritos suyos, publicados y reproducidos muchas veces en los periódicos de Venezuela, y les puso como título el que sirve de encabezamiento á estos renglones. El libro está muy bien impreso, y la obra de mano acredita desde luego, por su esmero y elegancia, los talleres tipográficos de *El Cojo*, el cual, no obstante sus muletas, es más ágil que muchos que no las necesitan, y avanza que es un gusto por el amplio camino del progreso. La bellísima impresión se armoniza estrechamente con las brillantes producciones del escritor venezolano, porque si en éstas es el arte lo que más llama la atención de los lectores, en aquella se le ve alardear también desde la primera página.

Por la diversidad de las materias de que

trata, lo más lógico es suponer desde el principio que el libro no ha de tener unidad de ningún género. Sin embargo, cuando se llega al fin, la suposición resulta aventurada, porque todos los capítulos aparecen enlazados, con lazo apretadísimo, por un mismo ideal, por una sola aspiración, por idéntica tendencia y por la propia índole elevada. El culto más ferviente á la moral, la evangelización aparatosa del derecho, el entusiasmo fetiquista por las glorias nacionales, la religión del arte, en suma, con cierta deslumbradora pompa de misticismo vago y espléndido idealismo, son los elementos que concurren á la composición de estas páginas hermosas, y hé aquí lo que entre ellas establece una correlación estrecha, lo que les da en lo íntimo notable parecido. Pero la unidad que más resalta en tales obras es la que al estilo se refiere, porque el doctor Calcaño habla lo mismo hoy que ayer, acerca de la música, que respecto de Bolívar, dando pábulo á las hondas tristezas de su alma que cantando la hermosura de una dama; siempre con la misma elevación, con el propio arte siempre, y sin salirse en ningún caso ni por motivo alguno de las lindes de su genialidad, que es la oratoria. Una imaginación riquísima, un sentimiento dulce como miel de panal nuevo, un copioso torrente de adjetivos, un esmero sutil y delicado para esmerilar la copa en que se sirve el licor

de las ideas, y un tono siempre alto como de trompa épica, es lo que caracteriza en todas ocasiones el musical estilo del escritor venezolano. Sus epítetos brillan como perlas, sus cláusulas como oro, sus períodos como finísimos joyeles recién salidos de las manos del artífice. ¿Chistes? Ni por asomo. ¿Humorismo? Ni equivocadamente. ¿Facecias? Nunca. Don Eduardo anda siempre por las cumbres, y de ellas no desciende ni tan siquiera para hablar de asuntos puramente filológicos. Siente la borrachera del color, la voluptuosidad deliciosa de la línea y la fiebre de la música. Su pluma es un raudal de vistosa pedrería, celajes argentados, botones entreabiertos de claveles, escarlata del ocazo y nácares de aurora.

No es preciso aguzar mucho el ingenio para entender al punto que el estilo del doctor Calcaño es un estilo en que se mezcla la refinada pulcritud del académico; con el vistoso derroche del romántico, el artificio de Mariana, de Granada y de Solís, con la pompa y amplitud de Donoso Cortés y Castelar. El escritor paga tributo á una preocupación añeja, que por fortuna boquea ya para morirse, y cumple con respeto religioso la consigna interior de la Academia, ahora sea por disciplina necesaria de la orden, ahora por impulso espontáneo de su índole. Se tiene ley al arcaísmo, á la frase con gorguera, á la nimiedad caduca, al período en.

trabado. Verdad es que ha querido conciliar la libertad, que es expansiva, con el gobierno, que reprime los excesos para evitar la demagogia; pero el orden suspirado se le ha convertido en tiranía en ocasiones, como acontece donde quiera que en el gobierno hay tendencias absorbentes, autoridad exagerada, la tradición del despotismo y el resabio de la fuerza. Al doctor Calcaño quizás se le figura que la belleza de la forma literaria no se encuentra sino en aquel bien llamado *siglo de oro* de las letras castellanas, sin darse cuenta de que la literatura es el reflejo de la historia, y de que cada época tiene fisonomía propia, determinada é inequívoca. Por eso en veces constriñe el pensamiento hasta encajarlo en los antiguos moldes, alambica los giros con exceso, retuerce los períodos, y el estilo se le convierte entonces en algo que es á poco á lo que sabe, en un cuasi culteranismo repugnante y enojoso. ¿Que no es verdad? Pues léase la carta escrita con motivo del primer aniversario de la muerte de Monseñor Ponte, Arzobispo de Caracas, y ya se verá de cuál manera me sobra la razón en este punto. Ese artificio rayano de la exageración se comprende en el recogimiento de los claustros, en el silencio de la celda, lejos del movimiento y de la vida, porque allí había tiempo para todo género de sutilezas y refinados discretos con la pluma, y porque en el siglo de oro era preciso trabajar con noble empeño en el sentido de purificar la lengua de groserías, resabios y excrecencias anteriores, que aún enturbiaban por entonces el caudal sonoro de sus aguas. Hoy se vive en medio del estruendo del progreso, se participa de la grande actividad que nos rodea, la lengua tiene formas definitivas é invariables, la libertad se enseñoera del mundo, las preocupaciones huyen avergonzadas ante los vivos resplandores de la ciencia, las tiranías, cualesquiera que ellas sean, van cayendo poco á poco al formidable golpe de las ideas liberales, y el tiempo no se malgasta, por fortuna en rebuscar, para imitarlos servilmente, giros arcaicos y vetustas construcciones. La tendencia que hoy domina á los espíritus es la del arte sin afectación, la de la pulcritud sin empalago, la del estilo nuevo, original, insinuante, energético y hermoso; un estilo en que se vea la animación de nuestra época, la sinceridad del alma, el altísimo sello del espíritu, los esplendores de la imaginación, el sometimiento á la regla y al precepto, el esmero del artista que se estima y el amor incondicional á la belleza; pero un estilo que no tenga que hacer nada, para nada, ni por nada con la tiranía académica, que hoy carece por completo de racional explicación (1).

El libro del doctor Calcaño es un reflejo exacto del medio en que se produjeron los elementos que lo forman, y suministra mucha luz para estudiar cierta y determinada época de nuestra historia literaria. Después

(*) Para que se vea bien claro que el doctor Calcaño está en todo esto del estilo por los procedimientos viejos, no hay sino copiar aquí el siguiente epitalamio:

En el seno de grana de una rosa
vi dos gotas lucientes:
(perlas que vierte el alba generosa
cuando sacude su apolino velo)
mostraban á mis ojos dos orientes,
y cada uno reflejaba un cielo.

Allegóse Cupido á la floresta,
y con travesía mano,
por dar contento á su querer insano,
la rama estremeció donde la rosa
ostentaba sus gracias esplendentes.

Tocáronse las gotas, conmovidas
al choque del inquieto cieguézuelo,
y quedaron en una convertidas.

Ya no más dos orientes,
sino un solo cristal y un solo cielo.

del período romántico, en que la libertad se desbordó hasta rayar, tanto en verso como en prosa, en el delirio, sobrevino una como especie de renacimiento clásico á su modo. Subsistía la reclamación pomposa, el chisporroteo del tropo con frecuencia prodigado, el arranque desbocado de la hipérbole como resorte poderoso para conmovir el ánimo, el brillo zodiacal de la imaginación, la viva exageración de los afectos y el intenso colorido del estilo; pero se ponía grande empeño en corregir, en retocar, en que la frase fuese rara, en emplear á cada paso como elementos de belleza los lugares comunes de los clásicos, en enterrar los párrafos hasta hacerlos muchas veces culteranos, en utilizar los recursos del hipérbaton, en expresar los sentimientos de la manera menos clara, y en abusar del fonismo y la perifrasis para no herir jamás la susceptibilidad de los lectores, ni tampoco vulgarizar el arte. La influencia de los escritores franceses continuaba entre nosotros, pero contrapesada por el respeto religioso que aquí se le tenía á la Academia Española de la Lengua, contra la cual nadie osaba rebelarse, y cuya severa disciplina infundía á todos los hispano-americanos cierta especie de terror supersticioso. Antes de tomar la pluma para hacer cualquier trabajo, el escritor se daba un baño en las aguas lustrales de Cervantes, de Melo, de Granada, de Saavedra, de Hurtado de Mendoza, de Santa Teresa ó de Solís; después se asimilaba de ellos giros, construcciones, arcaísmos, y en seguida sentábase á escribir con mucho tiento, escogiendo las palabras más excelsas, y sembrando el estilo por doquiera de importunas incidencias. Era aquel tiempo en que todos los discursos comenzaban suplicando la benevolencia del concurso, y en que todas las obras que se hacían arrancaban la carrera con aquella invocación conocidísima á la musa, que ya no hay á quien agrade y que todavía algunos usan por ahí. La Academia Española, á pesar de su inmensa lejanía, veíase adulada entonces como ningún otro tirano, y el ideal del escritor se reducía, no á ser original, sino á escribir como se indicaba para obtener de ella el nombramiento de individuo correspondiente extranjero. Naturalmente, la mayor parte de los diversos estilos que salían á relucir en los periódicos, parecían uno mismo, porque en ellos no se trataba de reflejar la personalidad del escritor, sino de imitar lo inimitable á todo trance. Hay excepciones muy honrosas, sin embargo, en nuestra historia literaria, como lo es, para no citar á otros, Cecilio Acosta, en cuyas obras se siente palpar antes que nada, á pesar de la influencia de aquel medio, el especial temperamento del artista. Cecilio Acosta tenía estilo propio, típico, original, exclusivamente suyo, á cuya formación contribuyeron la asidua y reflexiva lectura de los clásicos y el contingente definido é imperioso de su individualidad; y cuando daba en la flor de publicar algún trabajo con pseudónimo, todo el mundo le veía agazapado tras la malla de oro de su estilo, que es puro donaire desenvuelto y espontáneo.

El doctor Calcaño, que es sin disputa el primer orador venezolano, lo deja comprender bien á las claras en sus hermosas *Páginas*, que son realmente hermosas, á pesar de los resabios académicos. Apenas hay artículo en que no se diafanece con franqueza el carácter de su genialidad, que es la oratoria. Ya escriba de la música, ó de nuestra epopeya nacional; ya se duela de la muerte de un amigo, ó consagre en *La Balanza* la apoteosis del sentimiento humano; ya se revuelva airado contra el realismo literario, ó se siente en la mullida alfombra de los campos á cantar las dulces notas del idilio, siempre es orador, y orador apasionado. Lo denuncian como tal el tono siempre alto

con que escribe, el esplendor que ostentan sus períodos, la caudalosa sucesión de las imágenes, el empeño que pone en evitar vulgaridades, y sobre todo, la sonora amplitud de su dicción. En el idilio á *Elisa*, por ejemplo, se encuentra más resonancia de oratoria que delicadeza idílica, más aparato que ternura. El doctor Calcaño, que odia de muerte la música moderna, se preocupa harto de ella aplicándola á la literatura, en donde de continuo deja ahogar la melodía en el estruendo de los cobres de la orquesta. La síntesis, que es su gran caballo de batalla, derrama en este libro sus colores por doquiera. La maneja con maestría insuperable, y de ella se vale para todo: para resumir en cuatro párrafos grandiosos la obra de Jesús en el camino de los siglos; para agrupar en un manojo de frases relucientes las acciones culminantes de Bolívar, ó para reflejar las miserias de un estado desesperante en la hermosísima carta acerca de la música. Hé ahí la explicación de su gran fama en el mundo literario hispano-americano, y el secreto de su popularidad en Venezuela.

¿Qué es la crítica? El remedio más á propósito que se conoce hoy para evitar que se escriban disparates, se autoricen adefesios, se juzgue con inaudita ligereza un movimiento literario, y se diga, como el doctor Calcaño dice, que Guzmán Blanco es el mayor ó más grande orador de nuestros tiempos. Pues sepase que el escritor venezolano no transige con la crítica. Para justificar su antipatía contra ella, el doctor Calcaño nos dice lo siguiente: "Yo les pido á las artes mi placer. Para eso las cultivo, las frecuento y las juzgo destinadas por la Providencia; y como sólo la belleza me lo proporciona, á ella es á la que busco en las obras del artista, pasando rápidamente por encima del defecto de la métrica, del error del dibujo, de la nota desafinada, como si no los hubiera sentido, para que no vengan á turbar la deliciosa emoción en que me hallo sumergido por la influencia del conjunto. (¿Y cuándo el conjunto es peor que los detalles?) Así es que yo le he dejado al Padre Secchi la tarea de entenderse con las manchas del sol y pasar su vida en eso, en tanto que yo me embriago de dicha con los resplandores que derrama sobre la tierra y el cielo, el calor vivificante con que reanima todo mi sér, y los encantadores paisajes de mil matices que pinta con su pincel soberano en los horizontes, á la hora del crepúsculo." Comienzo por afirmar que todo esto no pasa de ser otra cosa que un recurso de elocuencia, bueno para la tribuna, pero de ningún modo para el libro. La misión del padre Secchi no tiene analogía ni parecimiento alguno con la tarea de la crítica: el fin de ésta es corregir lo malo en las obras del ingenio, para educar el gusto en el artista á fuerza de advertimientos generosos y discretos, y lo que es al padre Secchi, pues no se le ha ocurrido ni de la manera más remota corregir al sol. Ahora bien, justamente por todo eso que el doctor Calcaño expone, es por lo que se critica la mácula, el defecto y el error, para que las creaciones del artista, que sirven para deleite del ingenio y blando regocijo espiritual, alcancen la perfección que es posible en este mundo, y para que ese deleite que de ellas se origina sea entero y no parcial. Sin reglas, sin preceptos, sin buen gusto no es posible escribir bien; y no diré yo que la literatura así no sale, pero sale poco señora de sí propia y de su alta gerarquía. La crítica enseña todo eso; señala el defecto para que no se incurra más en él.... y el arte no se vulgariza ni tiene que sufrir humillaciones. Hablo, por supuesto, de la crítica sincera, razonada, generosa, que no tiene que hacer con la política, que para juzgar se apoya en los principios claros de la estética, que



EN EL PALCO DEL PROSCENIO

se ejerce sin pasiones indecentes, y que antes que todo cumple su civilizadora misión como la justicia manda y el arte lo propone. Lo que es la crítica firmada con seudónimo, saturada de bilis, de ponzoña y de veneno, que no dice nunca nada de substancia, que solamente insulta y se escribe por envidia, esa no hace otra cosa que morder como los perros y ladrarles inútilmente á las estrellas. A esa no me refiero aquí, porque esa no enseña ni perfecciona nada, sino á la que sin dejar de ser severa é inflexible con lo prosaico y lo vulgar, rinde culto á la belleza donde quiera que ella brilla como un sol. ¿Que para qué sirve la crítica? Para mantener el gusto con el celo que es preciso, adivinar lo pernicioso, evitar que la literatura se culteranice y agongore, y conservar intacto el fuego sacro de la estética. La crítica depura, perfecciona y cristaliza. Con mero sentimiento é imaginación no se hace todo; el arte es necesario, y á los artistas los forma en mucha parte, fuera del *quid divinum*, la continua enseñanza de la crítica. La joya no es el oro en bruto, ni tampoco la piedra rica sin tallar, la joya es todo eso, pero trabajado, hecho por el artífice con destreza suma. Por eso donde la crítica no ejerce, abundan los emborronadores de papel, los periodistas al mazo, los escribidores gárrulos, los *literatos* sin gramática, sin retórica, y sin gusto; pero escasean de fijo los artistas verdaderos. Yo convengo con el doctor Calcaño en que “el talento más necesita de fuerzas que lo empujen que de vallas que lo contengan;” pero con decirle á un escritor los defectos en que cae, no se le cortan las alas, sino que más bien se le facilita el vuelo, y la literatura, después de todo, queda en salvo.

El doctor Calcaño es un conservador como se han visto pocos: conservador en literatura,

conservador en música, conservador en todo. El progreso le da miedo, lo nuevo le horroriza, y ante el desbordamiento del espíritu moderno, amplio, deslumbrador y candaloso, se pára en la puerta de su casa y se pone á dar gritos de espanto, indignos de un hombre de talento, y de tanto talento como es él. Su carta á don Víctor Balaguer acerca de *La nueva literatura*, es el resumen más exacto de sus ideas conservadoras, tanto en la forma como en la substancia que la anima. Allí está de cuerpo entero el idealista refinado y el estilista de formas académicas. Pero esa carta se me antoja puro miedo inexplicable, puro escándalo inmotivado y puro lirismo candoroso. El doctor Calcaño hace allí mala atmósfera á la ciencia de estos días, ataca de firme el realismo literario, se burla sin piedad de la música moderna, y reniega de la pintura que hoy merece en todas partes los aplausos de los hombres. Y una de dos: ó el doctor Calcaño desconoce el arte contemporáneo en absoluto, lo cual no tiene nada de creíble, ó se asusta con sus ingenuidades, que son precisamente las que lo hacen más amable y prestigioso, porque ellas encarnan la verdad, y la verdad es bella. ¿Que no es cierto lo que afirmo? Pues léase lo siguiente con cuidado, y dígame después si quien ha escrito tan doloroso párrafo, está ó no como viviendo en otro siglo.

“Hé aquí, pues, el campo preferido de la escena actual: el asesinato de la mujer. El caballete produce grupos de fruta y botellas de vino, ó coloquios de borrachos en la taberna; la novela se expande en romerías; la música se ha convertido en matemáticas: sus períodos se modelan por las ecuaciones, y á fuerza de cobres y de percusión, de cálculo perseverante y laboriosidad sin ejemplo para crear selvas de sonidos entretejidas con

interminable bejuco de disonancias, se da hoy á luz con todas las formas del estertor, sin saber acaso que así es la más fiel reproducción del enmarañado criterio de la época, de la anarquía de las inteligencias, de la sequedad del corazón, del descuadernamiento de las costumbres y de las ideas.”

¡Este párrafo infunde un desaliento abrumador, y por poco hace caer la pluma de las manos! Parece mentira que el doctor Calcaño lo haya escrito, y desde luego no puede uno menos que justificar hasta determinada linde—á pesar del patriotismo—la serie de rectificaciones que doña Emilia Pardo Bazán publicó allí en Madrid con motivo de la *Carta á Balaguer*. Lo que sí no justifico es el tono despectivo, impertinente, agrio y presuntuoso, revelador de una soberbia desmedida, con que la señora Pardo Bazán trató al doctor Calcaño; el cual tono es el mismo con que maneja de ordinario, imitando al olímpico Valera, los asuntos que dicen relación con nuestra América. Y no lo justifico, sino que antes bien lo rechazo como sucio é indecente, porque el doctor Calcaño, mal que le pese á doña Emilia, es un hombre de méritos legítimos como literato, como prosista correcto y elegante, y como orador artista de singulares dotes. Hecha esta aclaración, porque la he creído absolutamente necesaria para evitar erróneas y malignas conjeturas, continúo diciendo que, tanto más extraños me resultan en el doctor Calcaño sus clamores de *sálvese el que pueda*, cuanto que su misma pluma ha escrito antes (páginas 26 y 27) lo que en seguida copio entre comillas. “No hay una verdad para la moral y otra verdad para la política. No hay una verdad para la naturaleza y otra verdad para el arte. No hay una verdad para el corazón y otra verdad para la cabeza. La

verdad es la síntesis que contiene en sí todas las cosas que son: todo lo real. La mentira es la síntesis que abarca todas las cosas que no son: lo que no existe. Lo que no existe, es nada: la mentira no abarca nada. Lo que existe, es todo: la verdad abarca todo. El todo no tiene plural. Por eso no hay más que una verdad.” A todo lo cual le ajusta á maravilla, como conclusión de primer orden, el siguiente párrafo de un escritor cubano muy notable. “Muy lejos nos llevaría exponer nuestro punto de vista sobre la inmoralidad de Balzac y sus sucesores (¡los realistas de hoy, doctor Calcaño!), de que con tanto desdén se habla sin cesar en Inglaterra. Aunque el asunto nos tienta, lo dejamos á un lado, porque él sólo daría lugar á muchos artículos: decimos, sin embargo, de paso, que no somos de los que creen que se falte á la moral cuando se sirve al arte, y por el contrario, pertenecemos al número de los que piensan que *el estudio sincero de la verdad es mil veces más moralizador que todos los sermones del mundo.*” (2)

Con referencia á la pintura, yo quisiera que el doctor Calcaño hojeara los mejores periódicos ilustrados que constantemente están viniendo de los Estados Unidos y de Europa, en donde se reproducen de continuo los lienzos de los artistas más notables, para que luego afirme que el caballete lo que hace es glorificar á los genios, consagrar la apoteosis de los héroes, engrandecer lo pequeño con el fuego de la divina inspiración, condensar en síntesis soberbias la sublime aspiración del patriotismo, copiar los más hermosos espectáculos de la naturaleza y de la vida, y conservar puro é intacto el supremo ideal de la belleza. ¿No conoce el doctor Calcaño, por ventura, los admirables lienzos de Gérôme, de Carolus Durand y Bouguereau? ¿De manera que Lefebvre, Moreau de Tours, Bounat y Flurión lo que producen es grupos de fruta? ¿Quién ha dicho que Henner, Laurens y Luminais no se complacen sino en pintar botellas de aguardiente? ¿En qué cuadro se vio nunca más belleza ideal y poesía encantadora que en el *Angelus* de Millet, á pesar del realismo sin ambages que se advierte en todos sus detalles? ¿Y acaso las estupendas telas de Munkacsy, *Jesucristo ante el Pretorio*, *Jesucristo en el Calvario* y los *Ultimos momentos de Mozart*, son coloquios de borrachos? Y para no referirnos sino á Venezuela, ¿qué lienzos más hermosos, más lejanos de la materia estúpida, más llenos de la consoladora luz del ideal, que los de Arturo Michelena? ¿Muestran ellos acaso en parte alguna las redondeces de la forma, ni el calor del aguardiente, ni la necia carcajada del borracho, ni la sombría media luz de la taberna?

Respecto de la música, yo no sé si el doctor Calcaño ignora (pero no debe de ignorarlo porque él también es músico, y músico entendido), que con la ópera moderna se ha dado, no un gran paso, sino una carrera triunfadora, en el camino amplísimo del arte; que en la primitiva ópera italiana, á la cual pagaron su tributo, por la influencia de la época, genios tan poderosos como Haydn y Mozart, la melodía se quiebra á cada paso para ceder el campo al recitado puramente ruidoso y sin mayor correspondencia con el resto de la obra; que la melodía no se interrumpe ahora como antes, para formar trozos aislados, sino que abraza toda la acción dramática, manteniéndose única, distinta y sostenida desde el principio hasta el final, no obstante los diversos accesorios que de ella propia se originan, y en medio del gran conjunto de armonía producido por los coros modernos y la orquesta; que en la orquesta ha venido á condensarse la participación ideal que tenía el coro griego antiguo en el desenvolvimiento del

drama; que Beethoven, por medio de sus grandiosas sinfonías, fue el primero que dio á las melodías principales, sobre el fondo intensamente armónico de la composición, esa expresión de melodía única y continua de que hablo, por medio de la unidad característica; que la orquesta ha dejado de ser ya uno como simple instrumento que acompañe, para ofrecer su contingente característico también al sostenimiento de la melodía continua y principal; y que entre la ópera y el drama debe forzosamente haber una relación estrecha, de manera que la unidad de la una se dé la mano con la unidad del otro, que aquella sea la interpretación exacta de éste hasta en sus más mínimos detalles, y que el carácter de la melodía principal sea de tal modo, que refleje, por decirlo así, la tendencia ideal de la obra del poeta. Ese es el criterio con que se juzga hoy la ópera moderna, para poder sacar en limpio su importancia y justificar su triunfo. Decir que la pintura actual no pinta sino coloquios de borrachos, y la novela se expande en rameras, y la música no es sino percusión y cobres, se me figura que equivale á pronunciar una blasfemia contra el progreso del arte. ¡Truenos de Dios, y qué blasfemia!

Por lo que hace á la novela, el doctor Calcaño habrá leído cuando más, á juzgar por lo que afirma, á López Bago, ó los tomitos crudamente pornográficos y no nada literarios publicados en Madrid por la *Biblioteca Demi-Monde*; pero á buen seguro que se haya pasado por la vista, para no hablar sino de España, los libros de Pereda (conste que el autor de *Sotileza* es ultramontano neto), de Palacio Valdés (y este mozo tiene sus ribetes de idealista muy marcados), de doña Emilia Pardo Bazán (la cual señora es católica, carlista á mayor abundamiento, conservadora porque gasta título nobiliario y pergaminos muy antiguos, piadosa como nardie y autora de *San Francisco de Asís*, obra que es la vindicación de la Edad Media en una enorme dosis de poesía deliciosa), de Leopoldo Alas (que ha dicho lo siguiente: “Jesús, en mi insignificante sentir, es el que ha de salvar al mundo, si esto tiene arreglo.....” “Jesús es, para mí, la más alta imagen del amor y la belleza ideal”), del padre Luis Coloma (nada menos que jesuita), de Pérez Galdós, Salvador Rueda, Enrique Gaspar y Jacinto Octavio Picón.

Ahora bien, recuérdese lo siguiente, por si el doctor Calcaño, que cree á pies juntillas en el asesinato actual de la mujer, no se ha pasado por ahí: en las novelas de otros tiempos el crimen se glorificaba hasta cierto punto á fuerza de lirismo campanudo, y el adulterio, por ejemplo, en vez de horrorizar á las mujeres que leían, las hacía interesarse en favor de la mujer que caía en el abismo del pecado. Hoy no es así: hoy se pintan las cosas como son, cristalinas como el agua de mi tierra, para que las lectoras cojan miedo, para no despertar el fondo de romanticismo peligroso que les discurre por la sangre, y para evitar que se entusiasmen, verbi-gracia, con aquellos raptos tan poéticos que solían usarse antes á deshoras de la noche.

Pero lo más curioso es que el doctor Calcaño, que levanta cátedra de moralidad y alza el grito hasta los cielos con motivo de la invasión resuelta hecha por el realismo en los dominios de la literatura, porque se le imagina que su influencia es perniciosa para la sociedad, que su tendencia es altamente corruptora, y que sus procedimientos son inmorales por extremo, no tiene reparo alguno en elogiar á boca llena *La Dama de las Camelias* de Dumas. ¿Que no la elogia? Pues en las páginas 27 y 28 de su libro, se lee esto: “Es lo cierto que ha sido peregrino el propósito (de Dumas hijo) de interesarnos vivamente en una historia de im-

prudencia, y de hacernos amar, con el despotismo de su talento, la desbaratada vida de una hija de las calles de París, accionista de Mabilie, con sucursales en Chateau des Fleurs. Y no es lo peor que lo pretendía, sino que lo haya conseguido. Testimonios: nuestras ansias, nuestra inquietud y nuestras lágrimas, cada vez que se pone ante nuestros ojos el cuadro de las lágrimas, de la inquietud y de las ansias de la Dama de las Camelias.” Y yo pregunto ahora: ¿qué es más immoral y pernicioso, el ejemplo de una prostituta que se regenera de la noche á la mañana en las aguas lustrales del amor, y por ese solo hecho se hace amar de la sociedad entera, como lo prueban en redondo las palabras del escritor venezolano, ó el ejemplo de *Naná* (¡y cuenta que me fijo en la novela más atacada por los hombres meticulosos y por la crítica idealista!), la cual mujer perdida, después de una existencia de escándalo inaudito, se muere como un perro, abandonada, sola, triste, llena el alma de horribles pesadumbres, corroída por las úlceras y despreciada hasta por sus propias compañeras de miseria? En el primer ejemplo, el vicio atrae, porque al amar mucho después, la sociedad al fin perdona; en el segundo, la sociedad es implacable, el vicio causa horror, y se huye de él con verdadero espanto. Prescindase del medio, de las descripciones, de la pornografía de *Naná*; desentráñese el sentido, véase el fondo de la obra, y dígame después si esta novela de Zola no tiene más moralidad que la *Traviata*, y si con ella, á pesar de sus terribles desnudeces, no se evangeliza más, mucho más, incalculablemente más, que con el seductor lirismo del académico francés, en cuyas dulzuras exquisitas se desliza el veneno sin saber la sociedad cómo ni cuándo. Se me dirá que el procedimiento usado por Dumas es más decente: verdad es, pero solamente en las palabras, en el tecnicismo, en la manera de decir las cosas, porque por lo demás, en la una como en la otra obra abundan las infamias é impurezas. ¿Que la mujer no tiene necesidad de ver reproducidos ciertos cuadros de la vida no nada edificantes? Sin embargo, aquí son pocas las que no hayan concurrido al teatro á deleitarse, no ya con la ópera de Verdi, sino con el mismísimo drama de Dumas; á contemplar los indecentes cuadros que allí se ofrecen á su vista, y á compadecerse de Margarita hasta el extremo de llorar, como lo he observado yo en más de una ocasión. Pero aun concediendo que *Naná* sea inmoral, que no lo es en el sentido más amplio del vocablo, bueno es decir que *Naná* no compone ella sola todo el realismo literario, y que para juzgar de éste con el acierto que reclama toda innovación, (3) todo progreso del espíritu, se necesita estudiarlo en todas sus manifestaciones, observar de dónde parten sus tendencias, y ver después si realmente y con justicia pueden decirse los horrores que contra él se han dicho en Venezuela.

Yo estoy seguro de que son pocos aquí los que han tenido el buen acuerdo de leerse *Una página de amor* de Zola, autor que es el coco, el diablo suelto de la literatura. Me fijo en *Una página de amor* por su belleza extraordinaria, por el lirismo de buen tono que corre por sus páginas como un raudal de rica miel, por las cuatro estupendas descripciones de París, contemplada la ciudad á horas distintas y bajo la poderosa influencia de estados anímicos diversos, y porque en esa obra, como en *La Montañez* de Pereda, parece como providencial el cas-

(3) A pesar de que sus orígenes son muy remotos, yo considero al realismo literario actual como una innovación, no ya sólo porque hoy es cuando ha venido á presentarse como escuela exclusivista, sino también por la energía con que se le ha visto renacer y con que al fin y al cabo ha logrado universalizarse.

tigo de la mujer culpable, con la muerte de la adorada hija, alegría de sus ojos y sublime consuelo de su alma. ¿Qué inmoralidad puede existir en esa obra encantadora, en donde la desgraciada madre no inspira otra cosa que piedad? ¿No hay un castigo allí para el delito? ¿No se ve en ella, por ventura, una sanción inexorable, como se ve todos los días en el mundo, y que en vez de empujar á la mujer que lee, hacia el abismo, la contiene con un freno? ¿No penetra Zolá, acaso, valiéndose de tan espléndido recurso, hasta lo más hondo de la conciencia femenina, en la cual el sentimiento religioso impera con formidable imperio? No, doctor Calcaño, no deje usted, leyendo todo el realismo hermoso y bueno que abunda por ahí, no menos que penetrando el íntimo sentido que lo anima, de rectificar su juicio. No todo el realismo se expande en rameras, pero cuando las pinta con vivísimos colores, no es sino para que se huya de ellas con terror, para moralizar, para castigar el crimen, para que al delito, á la falta, á la caída, se les ponga mucho miedo. Si aquí, por dicha nuestra, no hemos llegado todavía al desbordamiento, en otras partes las sociedades están hondamente corrompidas, y para la llaga que corroe hasta los huesos, no hay más remedio que el cauterio enrojecido por el fuego. Al artista no es discreto suponerlo pura concupiscencia, mera ambición de conseguir dinero con el trabajo honrado de su pluma, sino también un ideal muy por encima de las miserias y mezquindades de la tierra, buena fe, patriotismo, sinceridad y sentimientos generosos, que son los elementos que le dan autoridad, le conquistan un renombre, le llevan de la mano al luminoso templo de la gloria en medio de soberanos cánticos triunfales, y le hacen admirar de la posteridad. En el fondo de toda la obra de Zolá, sombría á las veces, grandiosamente bella en ocasiones, que es cuando el artista no se deja avasallar por el fatal pesimismo del filósofo, hay una luz que no se apaga nunca, una nota que no deja de vibrar jamás, una oculta tendencia de regeneración que se lee siempre entre líneas, y en cuyas aguas quiere el novelista que la humanidad se lave,

se desempuerque y purifique. A tiempo que pintor de la naturaleza, pintor sublime y prodigioso, Zolá es un apóstol que dice la verdad para que duela. ¿Sabe usted qué es lo que hace el novelista ilustre de continuo? Pues lo propio que usted en su artículo *El expósito*. ¿Y con qué fin escribe usted aque-

¿Se enseña algo en este libro del doctor Calcaño? Se enseña poco, pero en una forma bella, sugestiva y elocuente. El escritor venezolano no se ha preocupado mucho en ningún tiempo de mostrar una gran sabiduría en las obras de su ingenio, sino de cautivar, de conmover, de deslumbrar. Los asuntos

más arduos y trascendentales, los plantea y resuelve en cuatro páginas. En *La obra de Ochoa*, por ejemplo, de lo que menos habla es del derecho penal: se limita á decir que la sociedad necesita ampararse contra los bandoleros á la sombra del Código penal, y el artículo termina. Y lo que es en la carta á don José María de Rojas, acerca de la obra por éste publicada con el título de *Simón Bolívar*, pudo haber dicho un puñado de verdades respecto de Bolívar como hombre, y no como semidios, que es como aquí le conocemos, y se contentó con hacer sólo un distinguo en el libro de su amigo, el cual libro no trajo á Venezuela nada nuevo en el sentido de la crítica histórica imparcial. Pongo estos dos ejemplos como muestra, porque en tales asuntos había campo de sobra para disertar con lujo, para señalar las antinomias en que abunda nuestro Código Penal, mostrarle á Ochoa las deficiencias de su libro de mera exposición, y decirle al señor Rojas lo siguiente: la historia no se escribe como ligera crónica de un día, sino con las austeras y reflexivas preocupaciones del filósofo.

Ello es lo cierto que—á pesar de los

juicios erróneos que contienen y del espíritu conservador que las anima—las *Páginas Literarias* sirven para mucho: sirven para entretenimiento del ánimo, sirven para deleite del ingenio, sirven para aprender en ellas á escribir con elegancia y corrección, sirven para enseñarle á uno á amar la bondad y la hermosura, y se salvarán sin duda de las injurias de los tiempos (¡al menos yo lo creo así!) por el sentimiento que respiran, por la imaginación que las ilumina como un sol, y por el arte que las realza y embellece.

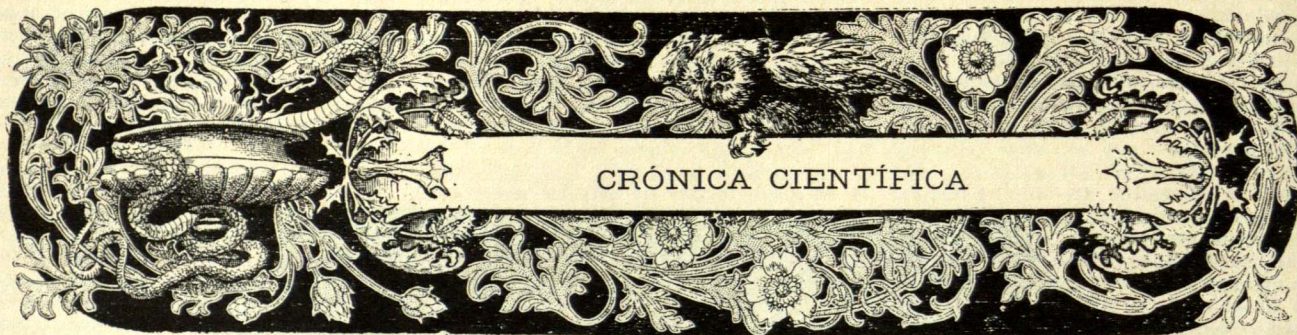
Con lo cual ya basta y sobra para que uno las lea con frecuencia y las conserve con cariño.

GONZALO PICON-FEBRES.



EN ROMERIA. — Cuadro de E. Corbould

llo? Con el fin de que las demás mujeres no hagan otro tanto. ¿Y se dirá por eso, y porque usted pinta las cosas á lo vivo, que usted es inmoral, que usted corrompe á la sociedad, y que usted está acabando impiamente con los hermosos ideales que en su corazón abriga la virtuosa mujer venezolana, ángel de nuestros hogares y providencia de nuestras hondas aflicciones? Todo lo contrario, ¿no es verdad? Pues Zolá, á pesar de su falsa experimentación científica, de su ciega psicología determinista, tiene una misión que se parece mucho á la de usted en el artículo aludido, y que consiste en tratar de componer el mundo, en hacer odiar el vicio y en engrandecer los ideales de la humanidad.



SOCIALISMO PRECOLOMBIANO

MUCHO se ha dicho y repetido que las teorías socialistas no son sino puras quimeras, imposibles, ahora y siempre, de llevarlas á la práctica.

Respecto á lo que el porvenir responda á esta aserción nadie puede aventurarse á afirmar ó negar nada; pero el pasado, que no es mudo y la historia, que todo lo investiga, nos enseñan que sí existió un verdadero Estado socialista, floreciente durante años y quizás durante siglos y que sólo pudo destruir la mano ciega y brutal del conquistador.

Hay una escuela histórica que, aunque niega que en el Nuevo Mundo hubiera existido, para la época de la conquista, verdadera civilización, admite sin embargo que los peruanos llegaron á alcanzar un grado de cultura muy distante de la barbarie.

Algunos historiadores consideran superior la civilización precolombiana de los mejicanos, pero las principales autoridades en esta materia son de opinión contraria, y comparando los sistemas administrativos y sociales de ambos países no queda duda de que el Perú fue superior.

Examinando en detalle estos sistemas sorprenden de notar que ellos son *esencialmente socialistas*.

Las divisiones administrativas tenían por base el sistema decimal. Formaba la unidad primitiva el *chuncha*, comunidad compuesta de diez familias. Diez *chunchas* formaban una *pachaca*, diez *pachacas* una *huananca*, y finalmente diez *huanancas* un *hunu*, distrito cuya población alcanzaba á 50.000 almas.

Cada una de estas divisiones tenía al frente un funcionario, responsable ante su inmediato superior ó ante el Inca mismo, jefe superior del imperio. Las funciones de estos oficiales eran de dos especies: prestar apoyo á todos los hombres de su mando cuando su intervención fuera reclamada; distribuir los granos para las siembras, la tela para los vestidos, los materiales necesarios para reconstruir casas que los *huacanes* ó los incendios hubieran destruido. Por otro respecto, como oficiales que eran del imperio, administraban justicia, sometiendo los casos más graves ó más delicados al oficial de gerarquía superior.

La tierra se consideraba como propiedad del *chuncha* y se dividía en pequeñas porciones, llamadas *tupus*, cada una de las cuales se consideraba suficiente para alimentar á un hombre y su mujer.

Para mantener la igualdad de propiedad hacían como los antiguos germanos, distribuían de nuevo las tierras pasado cierto tiempo.

Del producto agrícola se hacían tres partes: una asignada al Inca, la segunda á los sacerdo-

tes del Sol, la tercera á la masa del pueblo. Las que primero se cultivaban eran las tierras del Sol, luego las destinadas á los ancianos, inválidos, enfermos, huérfanos y viudas, en seguida el pueblo labraba su propio campo, y el dominio asignado al Inca ocupaba el último término.

Los trabajos del día no ocupaban muchas horas, y las faenas de la labranza eran amenizadas con los alegres cantos populares.

La principal industria era la de las telas, preparadas con la lana de los llamas domésticos y de otras especies salvajes. La caza de estos animales se efectuaba en épocas fijas del año, y gran número de hombres tomaban parte en ella bajo la dirección de oficiales del gobierno. La lana se distribuía entre todas las familias á las cuales se les permitía trabajar para sí mismas antes de ponerla á contribución, para el Inca, sus servicios.

Las minas de metales preciosos eran sin embargo explotadas en provecho exclusivo del Inca y del Clero.

Como la división del trabajo no existía, cada uno proveía á sus necesidades con su propio trabajo. Todo hombre era á la vez tejedor, sastre, zapatero, constructor, labrador y en todas estas diversas facetas de actividad la mujer ayudaba al marido, excepto en aquellos trabajos que exigieran una habilidad especial, como el arte de trabajar los metales, que tan gran perfección alcanzó en el Perú gracias á sus especiales artistas.

Una de las cosas que más admiración produjo en el espíritu de los conquistadores fue el engranaje administrativo del imperio de los Incas. Cifrábase el mayor esfuerzo en que cada miembro de la comunidad tuviera á su cargo un trabajo en relación con sus fuerzas. Los trabajadores de cada aldea estaban repartidos en cuatro clases: en la primera figuraban los hombres de 16 á 20 años; en la segunda los de 20 á 25, en la tercera los de 25 á 50 y en la cuarta los de 50 á 60. A la primera y á la cuarta correspondía un trabajo ligero; el trabajo más duro recaía sobre la segunda y tercera clase. Las mujeres no estaban exentas de esta clasificación y tenían sus respectivas tareas domésticas que cumplir.

A pesar de que la escritura era desconocida en el Perú existía sin embargo un sistema de registro oficial escrupuloso por medio de cuerdas de distintos colores llamadas *quipus* y que daban al gobierno estadísticas muy exactas sobre las condiciones de cada distrito, su suelo, su clima, sus producciones naturales. Si sobrevenía un desastre en algún sitio, la noticia llegaba rápidamente y se tomaban las medidas necesarias para reparar en lo posible la extensión de aquél.

El número de las horas de trabajo, principalmente de los mineros, estaba reglamentado de tal modo que ni la vida ni la salud de los obreros era en manera alguna menoscabada por la insalubridad del oficio.

Cosa extraña!, la condición de los mineros bajo nuestro régimen democrático presenta un contraste lamentable con la de la misma clase de trabajadores bajo aquel gobierno despótico y esencialmente teocrático.

El pueblo no estaba privado de placeres. Varias veces al año había grandes festividades públicas donde se bailaba, se cantaba y se asistía á representaciones dramáticas, no desprovistas de cierto mérito.

Una de las festividades más notables era la fiesta del Sol que por primera vez celebró Huascar, rey del Cuzco, á su advenimiento al trono. Esta fiesta se llamaba *Citua Raimi* y se celebraba en el equinoccio de setiembre. Sobre ella dice Marmontel, escritor de mediados de este siglo:

"El día señalado para esta función sagrada fue el del Dios de los Incas, el Sol, que, al pasar por el Ecuador, alejándose del Norte, es cuando reposa, como dicen ellos, sobre las columnas del templo."

"Una alegría universal anunciaba este buen día; pero era especialmente en los valles deliciosos del reino de Quito donde esta santa alegría era más brillante; de forma que, así como entre todos los climas del mundo ninguno goza del Sol una influencia más propicia que Quito, así es también que ningún pueblo le rinde un más solemne homenaje."

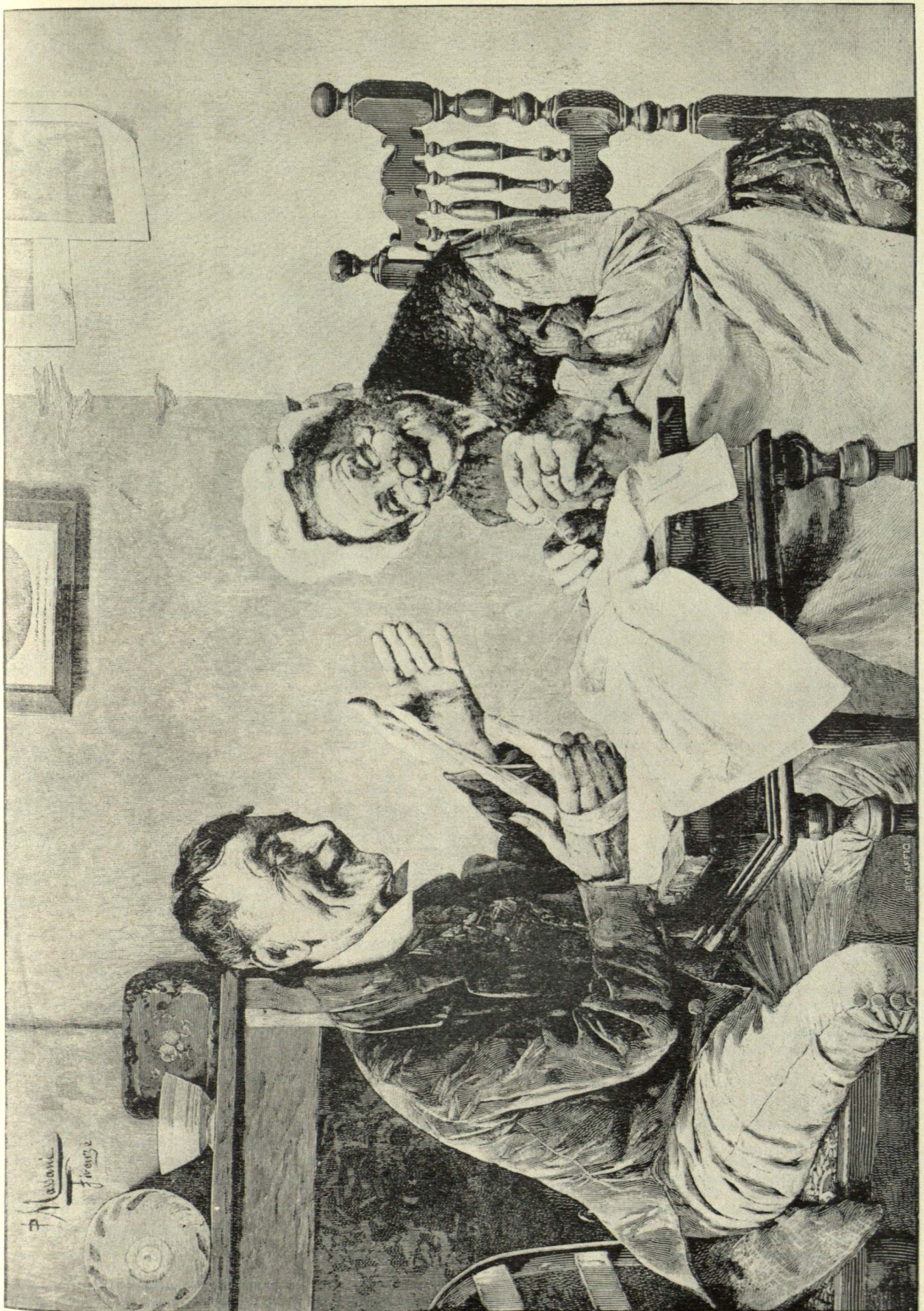
"El rey, los Incas y el pueblo, reunidos en el pórtico del templo, donde su imagen es adorada, esperan la salida del Sol con un silencio religioso. Mas cuando la estrella Venus, que los indios llaman *Chasca* (astro de brillante cabellera) y que reverencian como favorita del Sol, da la señal de alerta y anuncia la mañana; apenas sus plateados rayos centellean sobre el horizonte, una agitación tan dulce como espontánea se hace percibir por todos los lados del templo. Bien pronto el color azul desaparece del cielo; torrentes de púrpura y de oro se esparcen por todas partes; la púrpura á su tiempo se desvanece también; el oro sólo queda é inunda en un instante todos los espacios celestes, dejándolos tan bellos como una mar brillante."

"Los indios, atentamente, casi sin pestañear, observan esas gradaciones, y su espanto se aumenta á cada nuevo matiz, á cada unión de colores."

"Repentinamente la luz, á olas grandes se une al horizonte, el astro que la comunica se levanta majestuoso y la cima del Cayamburo es coronada de sus rayos. En este crítico momento es cuando se abre el templo, y que la imagen del Sol, en lámina de oro, colocada en lo interior del santuario, aparece resplandeciente á la vista del Dios que la toca con su inmortal claridad. Entonces todos se postran, todos le adoran y el pontífice en medio de los Incas y del coro de las vírgenes sagradas, entona el himno solemne, el himno augusto que en un mismo instante es repetido por millones de voces y que de montaña en montaña se comunica y retumba desde Pampamarca hasta el Potosí."

"¡Alma del universo! tú que desde lo alto de los cielos no cesas de derramar en el seno de la naturaleza, por un océano de luz el calor, la vida y la fecundidad, recibe ¡oh Sol! los votos de tus hijos y de un pueblo que tiene la dicha de adorarte."

"¡Alma del universo! padre de Manco, padre de nuestros reyes! protege tu pueblo y has prosperar tus hijos!"



¿TE ACUERDAS? - Cuadro de Pomposo Massani

Tales eran las instituciones que en tiempo de la conquista española regían sobre un territorio de una superficie de más de 800.000 millas cuadradas; es decir más extenso que Alemania, Austria, Francia y España reunidas. Había densidad de población; el cultivo de la tierra era perfecto; las vías de comunicación eran fáciles y los trabajos de irrigación se habían realizado con una habilidad admirable en un pueblo que no conocía el más rudimentario instrumento de hierro.

Situándose en el punto de vista de la moderna democracia socialista, los defectos de las instituciones peruanas saltan á la vista.

El hecho sólo de que las terceras partes del producto del trabajo común correspondían al monarca y al clero imaginará la simpatía de los teóricos actuales hacia ese colectivismo; y sin embargo en esa constitución político-social de los incas hay un ejemplo notable de los beneficios de ese colectivismo, aun en su forma imperfecta.

El principio colectivo, aunque sólo aplicado á una parte de la riqueza nacional produjo, como consecuencia inmediata, la ausencia del odioso pauperismo que hoy aflige nuestros Estados modernos.

Sin considerar el imperio despótico de los Incas como ideal, no hay duda de que muchos pobres de nuestros países se considerarían felices si los trasportaran á la América del Sur de hace cuatro siglos.

Existiría en ese imperio un solo indígena en un estado de miseria igual á la de millones de nuestros conciudadanos en nuestras poblaciones? Indudablemente que no.

En el Perú no existía al menos el problema crónico de los "sin salario" y los modernos partidarios del socialismo podrían encontrar en aquella constitución social argumentos en favor del sistema propuesto por ellos para remediar el mal.

Qué importa que los filósofos consideren los habitantes de ese país feliz y pacífico, como en un estado todavía semi-bárbaro!

Una nación en cuyo seno eran igualmente desconocidas la miseria extrema y la escandalosa riqueza, donde cada ciudadano tenía asegurado su medio de subsistencia es, si no más civilizada, al menos más humana que nuestros pueblos del siglo XIX.

Por el carácter de lucha feroz que ha tomado en nuestros días la controversia económica es que los hechos que nos presenta la historia del Perú merecen más atención de la que se le ha concedido.

Formúlase como principio político y social que toda teoría de gobierno debe deducirse de hechos históricos, experimentales, sin aceptar concepciones *á priori*; y sin embargo en la cuestión del socialismo y del individualismo no se ha salido del terreno teórico, no se han inquirido datos históricos que pudieran arrojar alguna luz en el asunto.

Hoy en presencia de estos hechos históricos innegables, se objetará tal vez que el socialismo, posible bajo un estado despótico como el de

los Incas, con una administración que influía hasta en los detalles de la vida diaria, es absolutamente impracticable en una democracia.

Se acepta que un autócrata ruso, por ejemplo, animado de buen deseo, pueda crear instituciones que, como la de los Incas, eliminen de su vasto imperio la miseria abyecta y aun la pobreza misma; pero que en vano lo intentarían Inglaterra, Francia y los Estados Unidos mientras mantengan en vigencia sus instituciones libres.



DESPUES DEL CARNAVAL

Triste cosa! con todas las inmensas ventajas que poseemos sobre los antiguos peruanos no podemos, sin adoptar su sistema de gobierno despótico, hacer, siquiera tanto como hicieron ellos, por el bien material de nuestras poblaciones! Esta confesión de nuestra impotencia es bien humillante.

Podría admitirse que la institución de un sistema colectivista en una democracia tropezaría con dificultades que no existirían bajo la voluntad absoluta de un autócrata; pero lo mismo podría decirse respecto á otras muchas reformas; no se ha pretendido afirmar que un gobierno democrático era incapaz de emprender con éxito una guerra internacional, y no acaban de demostrar lujosamente lo contrario los Estados Unidos de América?

Por qué dudar que la guerra á la pobreza, hecha sin cuartel de un lado y otro del Atlántico, no ha de llegar á los mismos resultados que bajo la dominación de los Incas?

Nuestro siglo tan orgulloso y tan pagado de sus conquistas, tiene por cierto algo que aprender de esos Americanos semi-bárbaros.

Sin duda que sabemos muchas cosas que ellos ignoraban, pero, podremos vanagloriarnos de haber empleado nuestra vasta ciencia en el mayor provecho posible de nuestras poblaciones, como lo hicieron ellos con sus primitivos conocimientos?

Ellos cultivaban la tierra admirablemente y en su provecho, en tanto que entre nosotros, ba-

jo el imperio de las leyes agrarias vigentes, quedan muchos terrenos sin cultivar, y entre el monopolio de los propietarios y el de los ferrocarriles las cosas han llegado á tal extremo que casi no vale la pena cultivar ni cosechar.

Si nosotros les echamos en cara su sumisión indigna á sus reyes y á sus sacerdotes, ellos podrían contestarnos que no menos servilmente nos sometemos nosotros á las exacciones del usurero, del enriquecido y del intermediario.

Los anti-socialistas dirán que el carácter colectivista de las instituciones peruanas demuestra precisamente que ese pueblo era incapaz de elevarse á un grado superior de civilización y verán en ellas lo que un historiador llama el *nivel moral*, el cual llevaría la sociedad por la práctica del socialismo.

El defecto del sistema peruano era su carácter esencialmente despótico, que aniquilaba toda acción individual; pero el problema de organizar un sistema colectivo que respete la libertad de cada individuo no hay razón para afirmar que sea insoluble.

No hay duda que no es el bienestar el objetivo principal de la vida; pero la privación completa de bienestar material á que muchos están condenados no producirá seguramente el mejoramiento de la moralidad pública.

Además, hay una creencia generosa que va ganando terreno día por día y es la de que la miseria y la pobreza no son elementos indispensables para el progreso de la humanidad y que así, como lo fue la esclavitud, debían ser condenadas por todos los países civilizados.

ELÍAS TORO.

PAGINA MUSTIA

En el álbum de Vestalia Terrero.

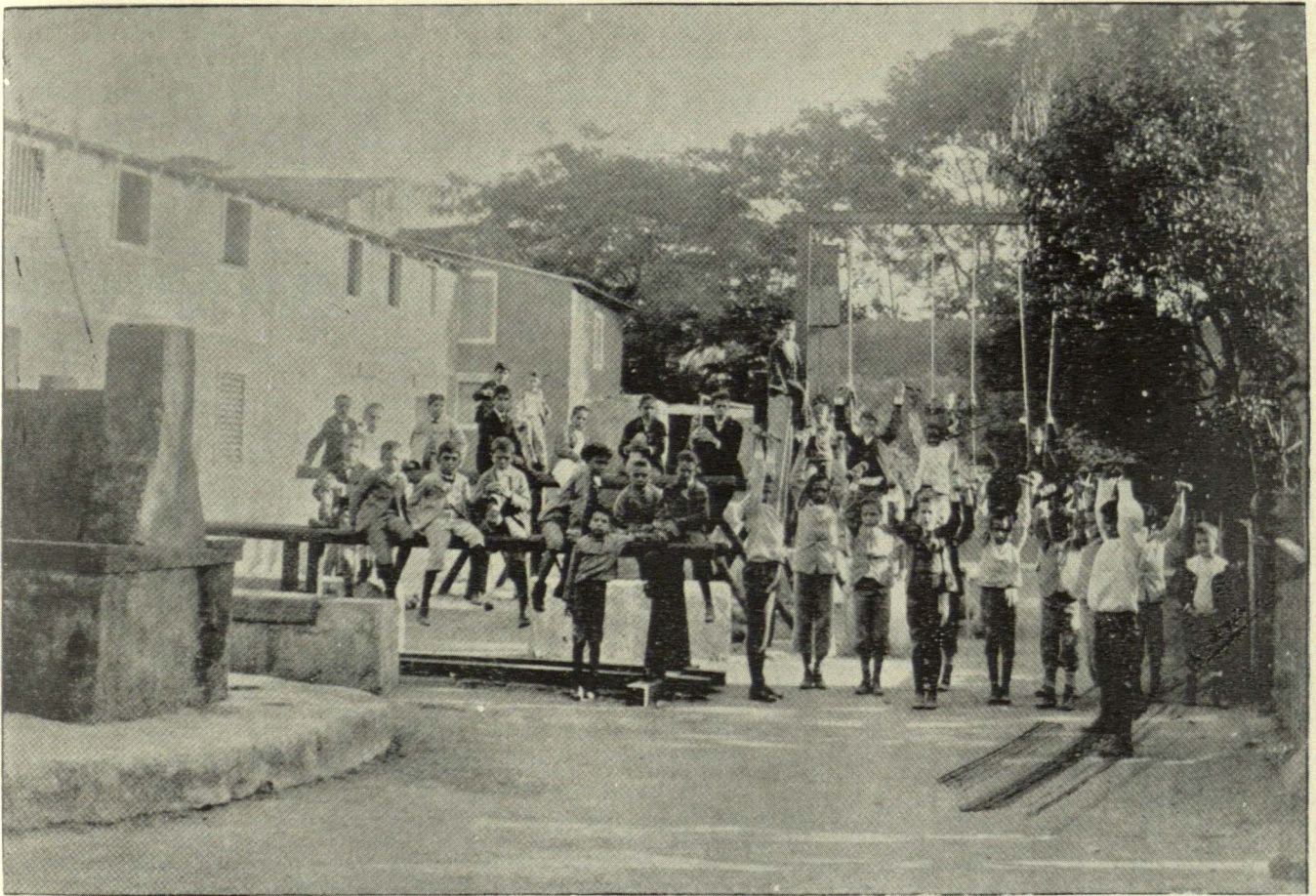
Brota en la cumbre el torrente
Y se despeña bravío;
Luégo sigue por el valle
Murmurando mansamente,
Hasta perderse en el río!

Y cruza el río caudaloso
Por los montes seculares;
Atraviesa las llanuras
Y rugiendo tumultuoso
Corre á perderse en los mares.

Como en la cumbre el torrente
De movable transparencia,
Brota el amor en el alma
Y murmura dulcemente
Hasta perderse en la Ausencia!

Y la Ausencia con sus brumas
Es un mar negro y sombrío,
Donde navegan las almas,
Del olvido en las espumas,
Bajo el viento del Hastío!

JOSÉ IGNACIO VARGAS VILA.



GINNASIO DEL COLEGIO DE "SAN LUIS GONZAGA." — Santo Domingo

A PROPOSITO DE «MIMÍ»

CUANDO Cabrera Malo llegó á Caracas venía de su pueblo para seguir los cursos de Derecho en la Universidad Central. Tan pobre era que á veces si no le faltaba el pan faltábale el libro en que estudiar.

Su cuarto era una guar-dilla estrecha y húmeda en el segundo piso de una casa de huéspedes. Una cama angosta, un baúl desvencijado y una mesa de pino constituía todo su ajuar. Por la ventanilla balastrada divisábanse, como por la claraboya de una cárcel, el árbol raquíutico de un corral vecino, un techo de tejas quebradas por los pasos furtivos y desesperados de los gatos hambrientos, y más lejos las cúpulas de Santa Teresa, pardos vientres de zinc sobre los cuales el agua había dejado como largas huellas de lágrimas; diríanse informes rostros humanos, cólicos y llorosos, vueltos hacia el alto cielo impen-sable.

A la aurora, el canto de los gallos era para el joven estudiante como un nostálgico saludo de su tierra ausente; en sus vigili-as, el ladrido de los perros anunciábale en plena media noche que la luna alzábase sobre las torres y la ciudad dormida como en los tiempos de Salambó.

En la crisis de conciencia de sus diez y nueve años, cuando la campana del cercano templo esparcía sus notas en el crepúsculo moribundo, tal vez rezó su corazón mientras su cerebro aprobaba el raciocinio de los que niegan.....

Ambiente aquel propicio para hacer ger-

minar, en un temperamento imaginativo, quién sabe qué incurables enfermedades del alma, qué complicadas delectaciones del espíritu, qué silenciosos odios, quizás. Pero el huérfano, el provinciano, el estudiante sin recursos supo ornar su soledad y pobreza con mirajes de arte, con entusiasmos estéticos. Su cerebro de voluptuoso y refinado sabía evocar ardientes visiones femeninas, frondas para el amor, horizontes para el beso; en las tinieblas carnaciones soñadas perfumaban su imaginación de adolescente.

Fue en esos días cuando Cabrera Malo comenzó á escribir sus cuentos para el libro *Odor di Femmina*, aún no publicado y hoy olvidado por otros más "oportunos," á juicio del autor. Flor, Angélica, Ofelia y esta misma Mimí, robusta muchacha del trópico ahora, eran entonces frágiles porcelanas, rosas de invernadero que él animaba con su prosa afiligranada y selecta, en un estilo "exótico" que poco ó nada hacía presentir al reciente "criollista" de Mimí.

Entre los escritores venezolanos que aún no han cumplido treinta años fue Cabrera Malo—bueno es recordarlo—uno de los primeros que rindiera culto á lo que una escuela literaria ha llamado la escritura artística, estilo que es semejante á un collar de piedras raras que cantaran al tocarse, buscó el epíteto inédito, las palabras que se iluminaran unas á otras como los anillos de un gusano de luz. Todavía suena en mis oídos su *Canto Nupcial*. ".....Y de Propercio inimitable es el amplio soplo rítmico....." Mas en ese su culto por la forma, la idea desfallecía bajo una aglomeración de imágenes y frases cual una frente débil bajo una cabellera entretegida con gemmas y ceñida por una corona de oro.

A excepción, si no me engaño, de *En el Anfiteatro*, que llevaba esta irónica dedica-

toria: "A los que el Amor enflaquece," hay entre todos los asuntos de sus cuentos una similitud insistente, un aire de familia casi monótono. La obsesión de una figura femenina lo persigue: la virginidad y la pubertad vencidas por la savia de los árboles, por la alegría libre de las aves, por la Hora y la Naturaleza. En el primer capítulo de Mimí, ésta se rinde sofocada por el paisaje y el mediodía lujurioso y más tarde los recuerdos del mismo paisaje y el aliento de su jardín la desmayan de nuevo en los brazos del amado, hechizada por las bellezas y energías dispersas como sus otras hermanas de las cuales ella no es sino una transfiguración.

A pesar de la atmósfera realista que envuelve á los personajes, Mimí sigue siendo para mí un símbolo con que el autor nos deja entrever su visión del mundo: es una tragedia de dos personajes, una lucha entre las razones incógnitas del Cosmos y la voluntad del individuo, entre lo inconsciente y el ser humano, lucha en la cual éste ha de salir fatalmente vencido. Yo clasificaría á Cabrera Malo entre los budistas si su actitud fuera hierática y no se agitara con gestos de orador. Sospecho que en su alma han de darse de cabezadas un fakir y un aspirante á diputado.

Dejando á un lado el irresoluble problema quiero confesar que para mi gusto, las mejores páginas del libro son aquellas en las que el autor falta á su palabra no cumpliendo lo ofrecido en el prólogo, cuando olvida su profesión de fe revolucionaria y obedece á su instinto de poeta. Hay en este libro un orador, un artista y un dilettante de las costumbres populares. El orador es además un abogado y no un abogado que se resigna sino un analizador del Código que pide con violencia reformas morales y sociales.

No quiero ofender á respetables caballeros cuando digo que yo no le creo mucho ni á los oradores ni á los abogados. El orador es un hombre poco más ó menos como los otros en su casa, con su familia ó sus amigos, antes de subir á la tribuna (la cual "no es digno de escalar," según el clásico preámbulo) pero una vez allí suele embriagarse y engañarse con el sonido de su propia voz, con el rumor de la multitud que lo escucha, con el período hecho para ser aplaudido, con las manos que abre y cierra á compás de la oración, con el crujido de su camisa á cada movimiento de los brazos; si es orador de "combate" y está en el deber de encolerizarse contra algo ó contra alguien, cae en el peligro de aprobar al que cree que el hombre en cólera es siempre mentiroso.

Pero á las ideas que Cabrera Malo "orador" dice por boca de Manuel, les presto mayor atención, porque me parece que son ideas que están flotando en el ambiente de nuestra sociedad en solicitud de labios que las enuncien y de brazos que las realicen, y que como son casi casi las nuestras las aplaudimos cuando alguien las expresa en nombre nuestro y de consiguiente las encontramos justas y hasta admirables. Cuando el otro "tiene razón," es porque está de acuerdo con nosotros.

En una novela escrita hace meses y que tiene ya en prensa en Madrid Miguel Eduardo Pardo, hay un personaje que afirma, tal vez con más amargura que el Manuel de Cabrera Malo, opiniones semejantes. En otra novela, también inédita, por Pedro César Domínguez, el sociólogo Carlos Lagrange profesa ideales parecidos á los del amante de Mimi. A diario se divaga en el café, en la tertulia, en el pasillo del teatro sobre los mismos temas. Con tal intensidad nos hemos saturado de las ideas ambientales, que coincidimos hasta en frases, expresando aquellas de una manera similar. Visto con buenas intenciones, puede éste ser un buen signo, un síntoma de próxima salud.

Hagámonos la ilusión de que entramos en una época nueva y que nuestro malestar íntimo se origina de que hemos aprendido á indagar con más sutileza enfermedades que han existido siempre. Nuestras primeras inducciones causan inquietud y pesar y aun echamos de menos nuestra felicidad artificial. Acaso insistiendo en el análisis alcancemos la paz interior deseada por el sabio; cuando menos la indagación de las Causas suavizará la aspereza de los Efectos. El momento es de una crisis moral que la generalidad interpreta como una crisis económica y política. Deseconsolados algunos vuelven los ojos al pasado y piden que las leyes desciendan al nivel de las costumbres de la mayoría incapaz de practicarlas. Perdónese esta paradoja inocente é incidental: las leyes son por lo regular superiores al momento en el que un hombre ó una minoría las concibe; cuando una ley puede ser estrictamente observada por todos, otra más perfecta (é impracticable por todos en ese instante histórico) viene á sustituirla. Desde este punto de vista las leyes son más bien puntos de orientación de las sociedades; el progreso se hace por afirmaciones *á priori*. Los hombres están subordinados á las Ideas, las que tarde ó temprano hacen el mundo á su imagen y semejanza.

Volvamos á MIMI. Cuando de una descripción he pasado de golpe y porrazo á un diálogo entre labriegos, he experimentado una desagradable impresión, analizándola he creído palpar con más claridad que nunca cómo en el seno de nuestra democracia se ha ido formando, merced á una educación y á otras prácticas centralistas, una especie de aristocracia intelectual, á pesar de nuestras constituciones y teorías igualitarias.

Habla Cabrera Malo y cuando habla es

un representante de una raza y una civilización avanzada; habla Pancho, ó Galea, ó Taritari y nos trasportamos décadas atrás, al comienzo de esta centuria, tal vez más allá. El uno y los otros están separados por una gran diferencia de la cultura psíquica y la sensibilidad mental, fuera de un reducido círculo de conversaciones é ideas rudimentarias, difícilmente podrían entenderse y simpatizar. Cuando Cabrera Malo se acerca á los rudos campesinos es cuando se me antoja un diletante de las costumbres populares, sin que ponga en duda que á este gusto por lo pintoresco rústico se mezcle un laudable sentimiento de caridad y justicia.

Mas sobre el orador y el diletante yo sigo admirando "al paisajista." He pasado á prisa por los diálogos reproducidos con repugnante exactitud fonográfica para leer y releer las descripciones de los bosques, cielos y llanuras, la del pueblo de Santa Rosa "sombrija japonesa abierta en la ardiente desolación de la sabana," la del jardín de Mimi, páginas que aroman el volumen.

Quisiera oír la opinión de ese noble y exquisito artista que es Urbaneja Achelpohl, iniciador ó renovador del "eriolismo" entre los recién llegados á la literatura patria, quisiera oír su opinión, digo, sobre el libro de Cabrera Malo. Acaso él estaría de acuerdo conmigo cuando pienso que el "eriolismo" tal como lo interpreta Cabrera Malo en algunas de sus páginas, morirá pronto falto de lectores, ahogado entre las cuatro tapias de un regionalismo intransigente.

El "americanismo" debe estar más bien en el sujeto que en el objeto, es decir, debe consistir en la aplicación de nuestras facultades á la reproducción estética de cosas y seres que no necesariamente han de estar siempre en los límites de nuestra zona. Humboldt es tan alemán describiendo la pampa tropical como Loti francés en sus historias de *mousmés* japonesas.

El perfecto "eriolista" no lo es sino por la sinceridad, puesto que si posee un temperamento verdaderamente americano, sus órganos sabrán recoger las impresiones y su cerebro exteriorizarlas, dándoles el sabor y el color de la raza á que pertenece y el medio en que se ha desarrollado.

PEDRO-EMILIO COLL.

París: 1899.

LA CASA GRIS

I



QUELLO parecía un pueblo de Castores.

La plaza pequeñita y frondosa, cubierta de hierba fresca, estaba rodeada de casitas blancas, iguales, pintadas de colores vivos, y de una arquitectura sencillamente anable.

La blanca torre de la Iglesia sobresalía orgullosa, con su vieja campana de metal sonoro, que resonaba tristemente á la hora del "Angelus" como si en sus sonidos recogiese todas las amarguras del día, y quisiese trasfudir en una suprema vibración todos los dolores humanos!

El pueblecito estaba situado en la sabana de una Serranía; para llegar á él atravesaba el viajero interminables trigales, sementeras inmensas, y verdes plantíos cuidadosamente cultivados.

No muy lejos, las montañas azules levantaban su frente coronada de nieve, y el viento que soplabá entumecía los huesos del pobre caminante!

Los cerros inmediatos—con sus caminos en zig-zag, y sus veredas angostas—aparecían con su lomo de rubios pajonales, como si estuviesen envueltos en un manto imperial de oro sutil!

El camino real cercano que conducía á la

población era ancho y perfectamente plano. Hacía ambos lados un vallado profundo dividía los potreros de Alfalfa y Carretón, donde pastaban los ganados de buena cría.

A derecha é izquierda una hilera de sauces tristes levantaba sus ramas melancólicas, que mecía una brisa helada y penetrante; el rumor de aquellas hojas delgadas y finas, que se estremecían débilmente al soplo de los vientos, semejava algo así como un suspiro vago é indefinible!

Como á seis cuadras del poblado, sobre el dorso de una magnífica colina que dominaba una amplia extensión del horizonte, estaba edificada una casita que más bien parecía un nido de palomas. Por delante una verja de hierro macizo, pintada de gris—obscuro resguardaba el jardín; á la entrada una frondosa y tupida arboleda de manzanos y duraznos, le daba un sombrero melancólico al variado colorido de las flores, que lucían allí sus espléndidas corolas; las rosas blancas, los claveles rojos, los pensamientos aterciopelados, las violetas y los lirios, entrelazaban sus delicados pétalos en deliciosa armonía; y se percibía la fragancia de perfumes exquisitos que embalsamaban el aire.

Los pájaros cantaban el himno cadencioso y grave de las altas montañas, y triscaban alegres enseñando el vistoso color de sus plumajes!

El exterior alegre de aquella casita gris, excitaba la curiosidad de los viajeros, que preguntaban siempre quiénes vivían en esa jaula de ruseñores.

Y cualesquiera de los piadosos campesinos de aquel lugar, contestaba entristecido: esa es la casa de los enfermos; y contaba la historia con todos sus detalles!

II

Diez años atrás, un domingo en la tarde, había llegado á la pequeña población un joven alto, rubio, delgado, que venía de la capital de la República, y decía llamarse Eduardo Florez.

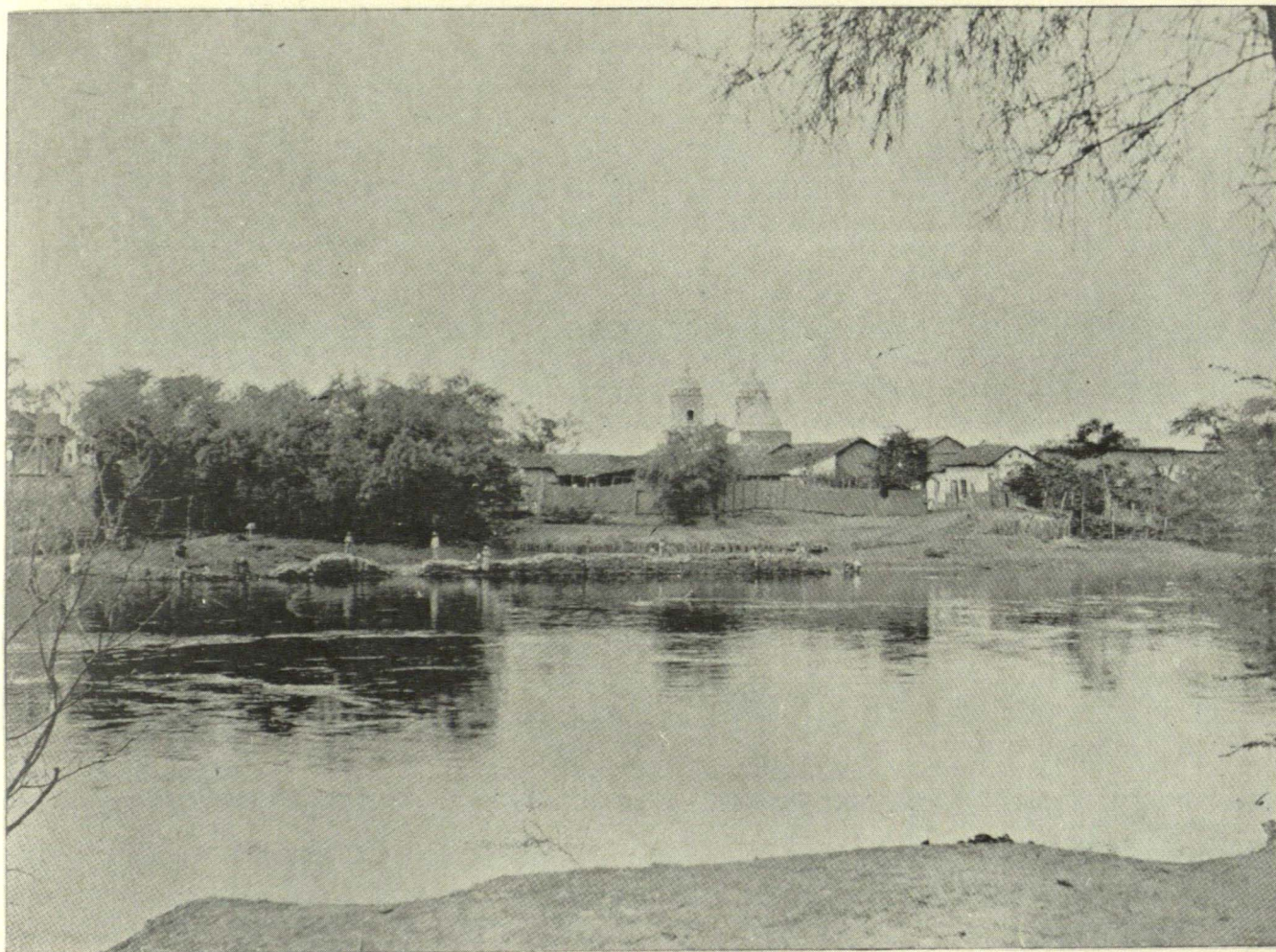
Inmediatamente hizo proposiciones por el terreno cercano, donde estaba situada la colina, lo compró á precio fabuloso, y en él edificó á la mayor brevedad, la casita gris que es de todos los vecinos conocida.

Durante el tiempo que empleó Eduardo en fabricar su quinta, los sencillos labradores del lugar pudieron expiarlo á su completo sabor. Siempre taciturno y triste, no cambiaba con ellos sino palabras cortas y terminantes. Paseaba solo, leía mucho, de noche escribía hasta muy tarde, y su salud se quebrantaba visiblemente. Los días en que el correo le traía correspondencia de la capital se ponía muy nervioso; se encerraba en su cuarto á llorar como un niño.

Una noche llegaron al pueblo dos personas que él recibió en su casa; una de ellas era una joven alta, pálida, morena, y extremadamente hermosa. Al verlo se abalanzó á su cuello, lo miró detenidamente, examinándolo como una madre cariñosa, viéndole las manos, los ojos, los cabellos; lo besaba con emoción profunda y le decía palabras tiernas, muy tiernas! El no hablaba; sus mejillas estaban empapadas en llanto y sus manos temblaban!

Ella lo oprimía suavemente contra su corazón, le daba aliento, le decía que aquello no era nada, que no se impresionara así, que se iba á enfermar; murmuraba á su oído dulcísimas frases de consuelo, que salían de su alma como bálsamo divino; le estrechaba las manos y le aseguraba que no se iría de su lado, que estaba resuelta á no abandonarlo por nada en el mundo, y que así enfermo lo querría más, mucho más!

No, hija mía, no, balbuceaba él! Es imposible! Yo no puedo aceptar de ningún modo ese inmenso sacrificio tuyo. Déjame solo con mi dolor y mi desgracia. Vete! La sociedad tiene derecho á tu juventud y á tu hermosura; yo sólo tengo derecho á la soledad y al abandono. Aquí viviré consagrado á mis libros, únicos amigos que podrán hacerme compañía, y que luego serán vistos con horror, y quemados por haber sido mis compañeros inseparables de insomnios



BARCELONA. — Orillas del Neverf. — (Fotografía de Avril)

y amargura! Y mis versos, ah! mis pobres versos si tendrán larga vida, porque ellos son el grito de mi dolor, y el dolor es eterno!

Tú principias á vivir y no debes sepultar tu belleza en esta fosa que he fabricado para mí sólo; regrésate con tu madre, y convengo en que me quieras de lejos, donde no te envenene con mis besos, ni te corrompa el contacto de mis manos! Y tus cartas, tus cartas queridas serán el bálsamo que alivie mi dolencia incurable, y mi desventurado amor! Sí, hija mía, vete!

Y el poeta juntaba sus manos temblorosas, pálidas, que Evangelina besaba con ternura infinita!

III

Tres días después, el viejo cura de la Aldea bendecía con fervorosa piedad la unión de Eduardo y Evangelina!

El dolor tuvo un momento de descanso y los primeros meses fueron de completa felicidad para los jóvenes desposados, que en su éxtasis de amor olvidaron su desgracia. El campo, la soledad, y más que todo ese afecto purísimo que se profesaban desde niños, los embriagaba dulcemente.

Pero, la terrible enfermedad de Eduardo avanzaba á pasos gigantes; Evangelina le negaba los progresos que el funesto mal hacía en su cuerpo, y él se empeñaba en creer que iba mejor.

Un día que buscaba un libro en su biblioteca, hizo fuerza con la mano para sacarlo, y vio que sus carnes quedaban allí, desprendidas sin dolor, como si fuesen fragmentos de carne muerta.

Principió á desfigurarse de tal modo, que Evangelina hubo de esconder todos los espejos que había en la casa, para que no se viese las

deformidades del rostro. Ella lo cuidaba cariñosamente, como á un niño enfermo, y le curaba las heridas repugnantes con sus manos blancas y suaves como los lirios del jardín.

Jamás vio él en el semblante de Evangelina la más ligera manifestación de sorpresa, ni mucho menos escrupulosidades de contagio, que pudiesen ofenderlo.

Una mañana en que juntos leían entusiasmados un pasaje de amor desventurado—parecido á su amor—tocaron á la puerta, y el cartero puso en manos de Eduardo una carta que traía sello oficial. La abrió Evangelina, y la leyeron ambos con visible emoción de espanto y de sorpresa.

Un rayo que les hubiese caído encima, no les habría causado igual efecto.

El Gobernador del Departamento comunicaba en términos perentorios que al día siguiente irían sus agentes por Eduardo, para conducirlo al Lazareto público, según las prescripciones terminantes de la Ley sobre la materia; aducía razones poderosas relativas á la muy alarmante propalación de la elefancia en las poblaciones de su jurisdicción, y terminaba diciendo que para él era un penoso deber de conciencia que tendría que cumplir inflexiblemente y bien á su pesar.

Con la última palabra de la carta leída, cayó Evangelina desplomada al suelo, víctima de un violento ataque cerebral.

IV

La noche fue terrible. Después que la congestión hizo crisis, Evangelina quedó perfectamente loca; pero, una locura desesperada, rabiosa. Eduardo solo, y agobiado por su inmensa pesadumbre, podía sufrir apenas los excesos de furor que le daban á la enferma; sus pobres

carnes laceradas no resistían la lucha, se le abrían al menor esfuerzo y manaban sangre negra; tuvo que ocurrir al señor cura para que lo ayudase, y con mucha dificultad entre los dos, le ataron las manos á la espalda y la sujetaron en el lecho.

A las diez de la mañana se presentaron en el pueblo los comisarios de policía que debían llevarse á Eduardo.

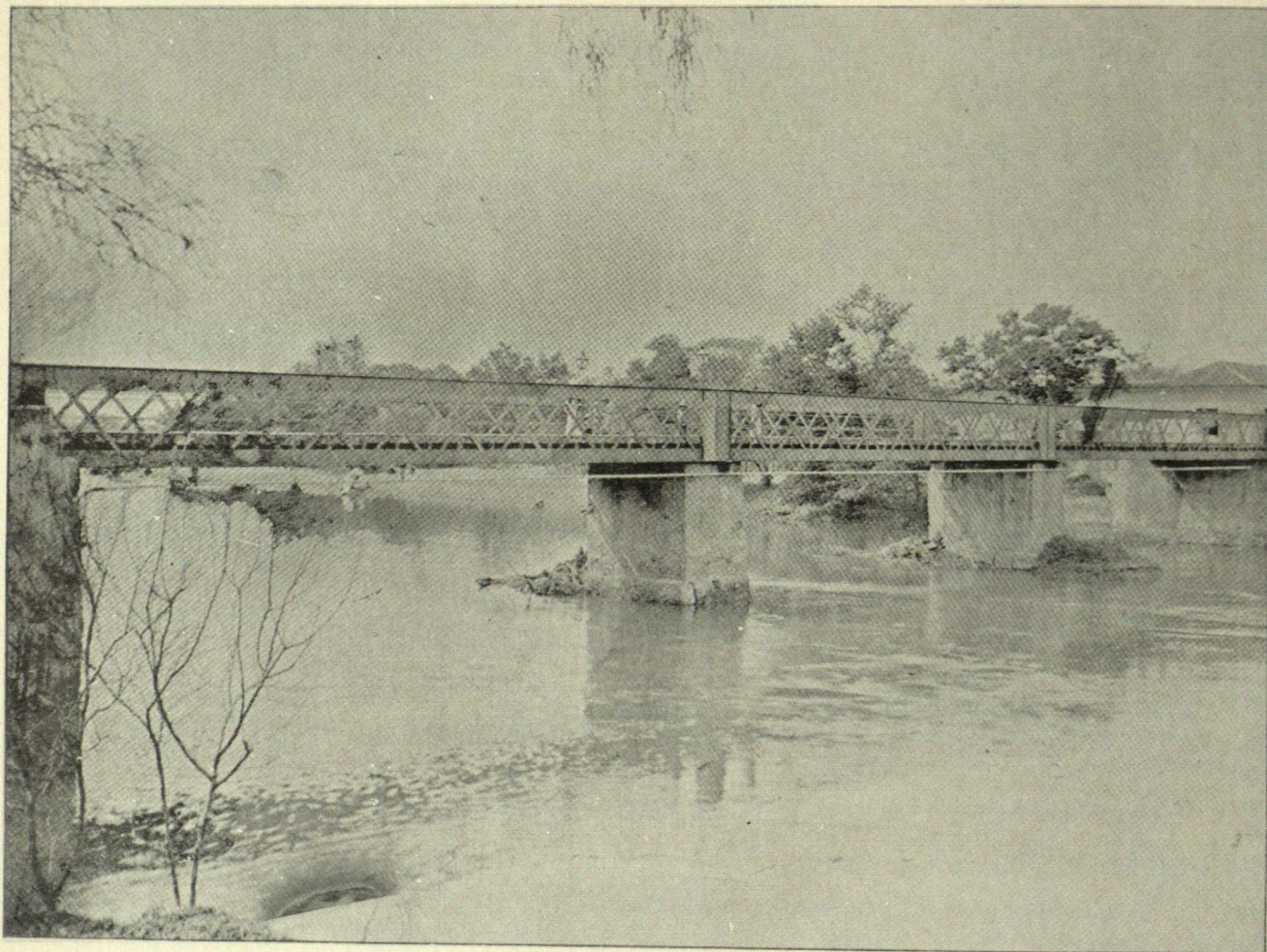
Entraron á la casa, atravesaron la desierta arboleda, y llegaron sin ser vistos á la puerta del dormitorio de Evangelina, donde se detuvieron aterrorizados ante el espectáculo desesperante que se presentaba á sus ojos.

Sobre el lecho blanco se destacaba la figura pálida de Evangelina, con los cabellos negros destrenzados, las pupilas desmesuradamente abiertas, los labios contraídos, y el ademán hostil. Lloraba y reía!

Eduardo como si estuviera dormido no sintió la aproximación de los gendarmes. Estaba lastimosamente horrible! La cabeza apoyada entre sus manos casi sin dedos, tenía una forma siniestra; los pocos mechones de pelo rubio que cubrían su cráneo, caían sudorosos sobre su cuello exuberante de tubérculos rojos; había perdido las narices por completo; el labio inferior estaba comido hasta la barba, y enseñaba unos dientes largos y amarillos; sus pequeños ojos azules, hundidos, giraban tristemente entre sus órbitas profundas!

Cuando Eduardo volvió el rostro deforme, bañado en lágrimas, y quiso hablar, un sonido espantoso salió de su garganta carcomida; cayó de rodillas y juntó sus manos incompletas en actitud suplicante!

La impresión que este cuadro de amarga desventura produjo en el alma de los agentes civiles, fue desgarradora! Retrocedieron espanta-



BARCELONA. — Puente Bolívar sobre el río Neverí. — (Fotografía de Avril)

dos ante la magnitud de semejante desgracia, y se regresaron diciendo que era imposible arrancar aquel tronco podrido, de los brazos de aquella loca sublime!

V

Esta es la fiel historia que cuentan los sencillos labradores del pueblecito de "San Rafael," cuando algún viajero extraviado llega á sus puertas y pregunta quién vive en esa casita gris, tan alegre, que parece un nido de ruiseñores!

JOSÉ IGNACIO VARGAS VILA.

Tristezas

¿ Por qué siempre estoy triste
Y casi nunca río ?
¿ Por qué no ven mis ojos
Sino sombras no más en torno mío ?

Nací en esclavo suelo
Y ruidos de cadenas
Mi niñez arrullaron
Y dieron vida á mis primeras penas.

¡ Ay, he sufrido mucho !
Pasiones prematuras
Mis cándidas quimeras
Trocaron de improviso en amarguras.

Jamás vi realizado
Lo que soñé despierto,
Y si lo vi algún día
Fue mutilado, agonizante ó muerto.

No soy supersticioso
Ni en lo ignorado leo ;
Mas ¡ ay ! que en ocasiones
Algo fatal que me persigue creo.

Los libros y los viajes
Por pueblos de otras razas

Me mostraron al vivo
Del progreso moral las añagazas.

Vi locas ambiciones
Y lucha en todas partes,
Y vi triunfante siempre
A aquél que se valió de malas artes.

¡ El cristianismo ! ¿ Dónde
Está ese cristianismo
Que el perdón recomienda
Y al prójimo querer como á uno mismo ?

Los hombres sus litigios
Dirimen á sablazos
Y los pueblos se matan
Por nacional puntillito á cañonazos.

Las deudas ¿ quién perdona
Y quién desdigna el oro
Y dónde están los ricos
Que parten con los pobres su tesoro ?

Vi hambrienta por las calles
A pordiosera gente,
Mientras en amplio coche
El lujo se paseaba indiferente.

Vi al vicio sin amores,
Senil y adinerado
Meterse victorioso
Y con sigilo en el hogar honrado.

Vi á la canalla imbécil
Que se trepó á la cumbre
Arrastrándose, al genio
Someter á irritante servidumbre.

¡ Cuánta venganza infame
Que el corazón subleva
Vi agitarse en la sombra
Como reptil fámélico en su cueva !

Vi al fuerte siempre arriba
Y al débil siempre abajo,

Al uno sonriente
Y al otro macilento y cabizbajo.....

Ya sé que esta es la vida,
Que es ley que venza el fuerte
Y que á la postre á todos
Por un rasero medirá la muerte.

Mas yo que tengo el alma
Ferviente y compasiva,
¡ No puedo ver, no puedo
Tanta miseria con mirada esquiva !

¡ Y á quién volver los ojos,
Y á quién pedir justicia,
Si el cielo está vacío
Y en la tierra no hay más que oro y codicia !

EMILIO BOBADILLA.

QUIERO SOÑAR

Soñé el placer, me despertó el hastío;
Soñé el amor, pasó fugaz . . ensueño!
Soñé el poder, y péfido beleño
Trocó mi corazón en mármol frío.

Y como fue inmortal el sueño mío
A la gloria aspiré con loco empeño;
Mas, fue buscar dolor, que el fiero ceño
Se nubló más de mi destino impío.

Pero, anhelo soñar . . ¿ qué importa herida
El alma luégo á su pesar despierte,
Si del que sueña más es la partida ? . . .

Y puede ser que con la dicha acierte,
Que al no soñar el sueño de la vida
Quiero soñar el sueño de la muerte.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA



PLAYAS DE MACUTO

TIC..... TAC.....

Todos los vecinos de los barrios bajos que tienen reloj, y por consiguiente necesidad de echarle á menudo unas medias suelas (porque los relojes se aburren de un modo soberano en las casas de préstamos y enferman de permanecer mucho tiempo en ellas), conocen al maestro López, el relojero, un viejecillo habilidoso en su arte, un poco gruñón, arrugado como una pasa y bizco del ojo derecho, no por el ojo

que sano y bien trazado se lo dio la Naturaleza, sino por la maldita costumbre de aplicarle la lente. Los ojos de los sabios y de los relojeros, ó sea de los que por necesidad ó por amor al estudio quieren ver demasiado en los mecanismos ó en las almas, se tuercen intaliblemente.

Posee López una tiendecita como un puño en la calle del Ave María, pero, eso sí, con su escaparate y todo. Las paredes de la tienda están cubiertas de relojes que andan. Relojes de péndola que tienen ésta en constante movimiento. La relojería parece una jaula de gorriones; allí todo se mueve y todo canta. Tic-tac, hace un reloj; tic-tac, le contesta otro; tic-tac, murmuran los demás, y el que tiene la esfera cuadrada, con un tejadito encima, y el que tiene la esfera redonda y sin techar, y el que ostenta en ella figuritas de colores, y el humildísimo que pasea, como un cesante, sus horas en blanco,

todos, al impulso de sus respectivos mecanismos, mueven acompasadamente sus péndolas, como las aguza-nieves sus colas, y todos cantan ese hermoso himno de la vida y del trabajo que en el telar, en la rotativa y en el reloj, sólo tienen dos notas: tic-tac. ¡Ah, y en el corazón también!

El maestro López está casado (lo estaba el pobre) y era la maestra una mujercita inquieta como un reloj que adelanta, mucho menos gruñona que su marido, limpia como el agua de rosa y más hábil casi que López en el difícilísimo arte de la relojería.

Cuando llegaba á manos del maestro para su compostura uno de esos relojes neuróticos (valga la palabra modernista) que sin lesión aparente en su mecanismo y como por obra de los malditos nervios, ya adelantan, ya atrasan, ya se paran, sin que el práctico acierte con la razón de por qué ha de andar mal un reloj que debe de andar bien, "mira Eugenia, le dice López á la mujer, este reloj *tiene alma*. Arrégalo tú."

Y ella, con sus manos nerviosas y un poco temblorosas, cogía el reloj rebelde, el reloj "que tenía alma," según su marido, y con cuatro mimos lo arreglaba. ¡Para estas empresas, amigo López, no hay como las manos de las mujeres! ¡Boca abajo todos los relojeros!

En los primeros años de casados tuvieron varios hijos los esposos López. No granó ninguno; todos los relojerillos entregaron á Dios sus almas infantiles en medio del alegre tic-tac de la tienda, que les animaba á vivir inútilmente. Sin duda les llamaba desde el espacio otro tic-tac más poderoso, el que producen al moverse los astros que oyó Pitágoras y confunden

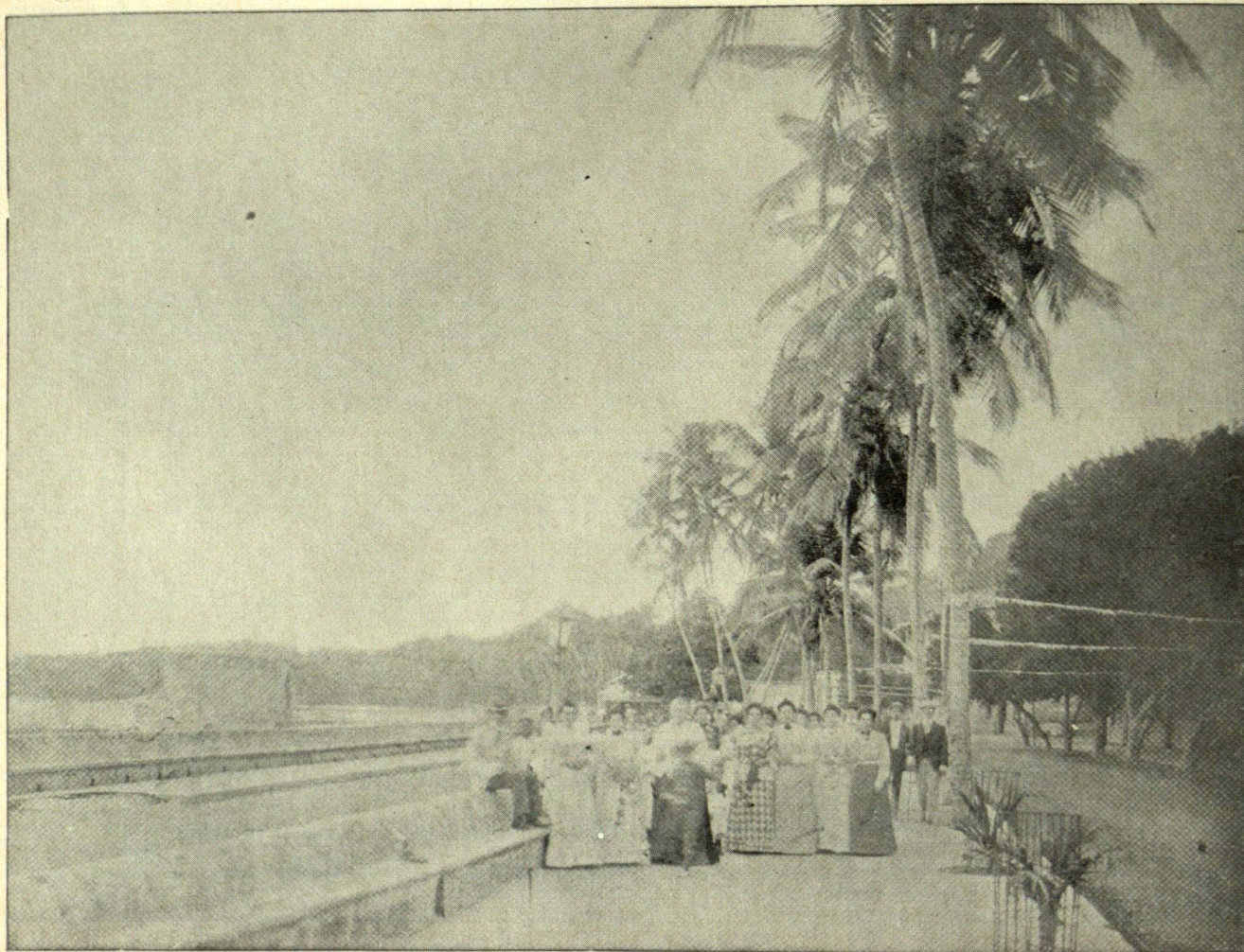
tantos niños con el balanceo de sus cunas. ¡Así se van al cielo desde ellas!

Tristes, pero resignados, quedan en la vida los esposos López como un espejo cubierto de otro espejo; pues de tal suerte eran gemelas sus almas, que la imagen que en una se reflejaba la reproducía la otra. Queríanse como deben quererse las dos piedras sillares de un puente bajo del cual pasa un río. La misma frescura las baña, la misma ondulación las acaricia; si cae una piedra en el centro del agua, el mismo círculo se abate en ellas, y si pasa bogando una lancha, las dos sienten con igual intensidad el chapoteo de los remos.

Años y años disfrutaron de ese dulce paralelismo de sus almas; años que López media por los relojes de pared de la tienda y su mujer por otro humilde reloj de plata, que López le regaló el día de su boda. Un reloj, ¡ah, pícaro, que adelantaba como su dueña, y, de vez en cuando, se permitía el lujo de tener alma!

No debieran jamás regalarse relojes los enamorados. Si éstos siguen queriéndose, se pararán aquéllos; si se olvidan, corren como locos. De todas maneras salen muy caprichosos esos relojes, y se ríen á toda máquina de la garantía del fabricante.

Entermó la maestra de mal de años, según decían en la vecindad. Un mal que no tiene cura. La pobre viejecilla fue perdiendo su inquietud, su movilidad, su sonrisa apacible, su mirada viva. En los ojos se le iba muriendo el alma, y se agrandaban, se agrandaban, como se agranda todo lo que toca la muerte. López preguntaba ansiosamente al médico: ¿Pero no habrá remedio para ella? Y el doctor respondía, bajando la cabeza: ¡Si pudiéramos, maestro, suprimir el tiempo! ¡Pero ya ve usted cómo se mueven las



PLAYA DE MACUTO

péndolas de todos esos relojes! . . . ¡Contra eso no hay ninguna medicina! . . .

Eran los últimos días de diciembre. ¡Pobre amigo mío, le decía una tarde la desdichada viejecilla á su marido, mientras los cien relojes de la tienda cantaban como pájaros su alegre tic-tac, pobre amigo mío, qué sólo va á encontrarte el Año Nuevo!

Los ojos de López se llenaban de lágrimas: ¡no, no es posible—exclamaba sollozando—y los relojes, los malditos relojes, servidores del tiempo que todo lo devora, decían terca y monótonamente: si es, si es!

¡Fue posible, en efecto! Al sonar las diez de la postrera noche del año expiró la santa mujer. López, abrazado á su cadáver, lloraba las últimas lágrimas, esas pocas lágrimas que quedan en los ojos de los viejos para que no cieguen del todo. Apartóse al fin del lecho después de arreglar sus ropas para que la muerta descansara, y salió de la alcoba á la tienda para sollozar sin que le oyese la que dormía.

En el silencio de la noche, ¿y cómo lo diré?, en el silencio de la muerte, el tic-tac de los relojes de la tienda resonaba como golpes de barrenadores que horadaban la peña á punta de hierro.

López recordó entonces la exclamación profética de la infeliz, ¡qué solo va á encontrarte el Año Nuevo! ¡El Año Nuevo que llegaba al rápido correr de las manecillas en todos aquellos relojes!

¡No, no vendrá para mí, exclamó mirándolos rencoroso y trágicamente; el tiempo te mató á tí, pobrecita mía, yo mataré al tiempo!

Y viérais al infeliz viejecillo convulso, tembloroso, con ojos de fiebre y manos crispadas ir

parando las péndolas de todos los relojes de la tienda, que iban á saludar la aparición virginal del año naciente. A cada zarpazo del viejo moría un tic-tac; y lo que había sido rumor de bandada de pájaros tornábase en murmullo de colmena, después en débil estremecimiento de hojas, hasta que con la última péndola detenida acabó el último tic-tac, y en la tienda, antes tan llena de vida, reinó, como en la alcoba próxima, el hondo silencio de la muerte.

¡Y el año que iba á nacer se asomaba á todas aquellas esferas muertas, cuyas manecillas paradas fingían un gesto de terror!

Pero cuando volvió el infeliz relojero junto al cadáver de su esposa, después de haber matado sin vengarla al tiempo, aún oyó otro tic-tac, muy tenue, muy suave, que parecía salir de las mismas ropas del lecho.

¡Será mi corazón!—exclamó estremecido.—No era su corazón, era el relojillo de plata, el regalo de boda, que desde un mueble próximo sonaba como diciendo: ¡Yo vivo aún!

Cogiólo López y lo contempló llorando. ¡Ya había nacido, según vio en su esfera, el Año Nuevo!

Llevó desde ésta la triste mirada al pálido y sereno rostro de su muerta idolatrada, y aquel rostro le dijo confirmando el nacimiento del Año Nuevo: ¿No ves mi vida nueva?

¿A qué matar al tiempo? ¡Por muchos relojes cuyas máquinas paren nuestras manos, nacerán los Años Nuevos ¡ay! y con ellos vendrá la nueva vida!

JOSÉ DE ROURE.

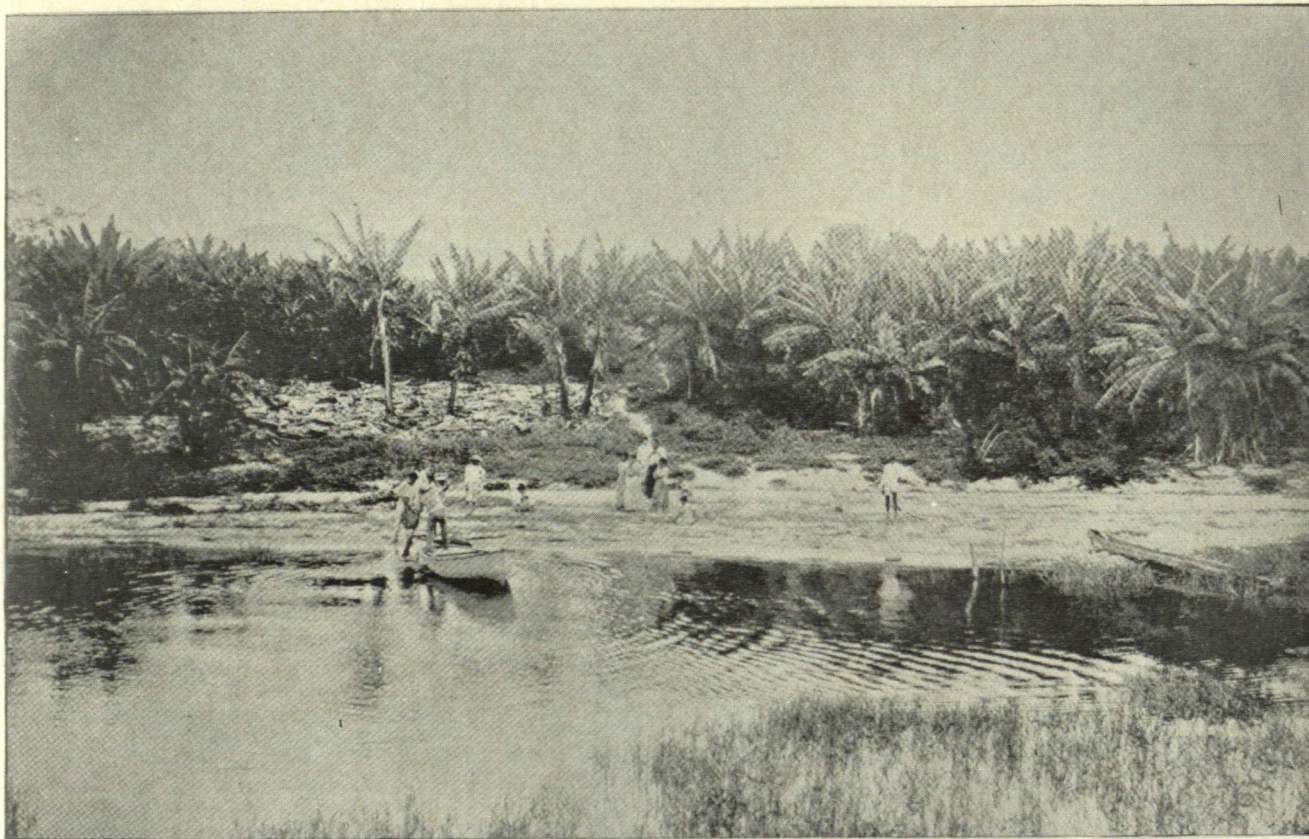
JUGUETES DE NIÑOS

Creo en el alma inmortal de Polichinela. Creo en la majestad de las muñecas y de los marionetas.

Sin duda, no hay nada de humano según la carne en esos diminutos personajes de madera ó de cartón; pero hay algo de divino, por pequeño que sea. No viven como nosotros, pero viven la vida de los dioses inmortales.

Si yo fuese un sabio me esforzaría por constituir su simbólica, como intentó Guignaut, después de Creutzer, la simbólica de las divinidades de la antigua Grecia. Seguramente, las muñecas y los marionetas son dioses muy pequeños, pero son dioses.

Ved: se parecen á los diminutos ídolos de la antigüedad. Se parecen aún más á las groseras figuras con que los salvajes tratan de representar lo invisible. ¿Y á qué otra cosa podrían parecerse sino á ídolos, puesto que lo son? Su función es absolutamente religiosa. Llevan á los niños la única visión de lo divino que puede serles inteligible. Representan toda la religión accesible á la edad más tierna. Son la causa de nuestros primeros ensueños. Inspiran nuestros primeros temores y nuestras primeras esperanzas. Pierrot y Polichinela contienen tanto antropomorfismo divino cuanto pueden concebir cerebros apenas formados y ya terriblemente activos. Son el Hérmes y el Zeus de nuestros bebés. Toda muñeca es una Proserpina, una Cora para nuestras hijitas. Desearía que se tomaran estas palabras en su sentido más literal. Hovelacque y su concejo municipal no ven dioses en ninguna parte. Los niños los ven en donde quiera. Hacen de la naturaleza una interpretación re-



ORILLAS DE LA LAGUNA DE VALENCIA

ligiosa y mística. Aun diría que tienen más relaciones con los dioses que con los hombres, y nada tendría de extraño si se piensa que, siendo desconocido lo divino, es su idea la primera que debe ocupar el pensamiento naciente.

Los niños son religiosos, lo cual no es afirmar que sean espiritualistas. El espiritualismo es la suprema elegancia del cerebro ya decadente. La humanidad comenzó por el fetichismo: los niños recomienzan la humanidad. Son profundos fetichistas. Qué digo! Se remontan más alto que la humanidad misma. Reproducen no solamente las ideas de los hombres de la edad de piedra, sino aun las ideas de las bestias, que son también ideas religiosas. San Francisco de Asís adivinó, en su hermosa alma mística, la piedad de los animales. Basta observar por poco tiempo á un perro, para comprender que su alma está llena de terrores sagrados. La fe del perro es, como la del niño, un fetichismo pronunciado. Sería imposible quitar del espíritu de un gozquejo que la luna es divina.

Como los niños nacen religiosos, tienen el culto de sus juguetes. Les piden todo lo que se les ha pedido siempre á los dioses: el contento y el olvido, la revelación de las armonías misteriosas, el secreto del sér. Los juguetes, como los dioses, inspiran el terror y el amor. Las muñecas, que las jóvenes griegas llamaban sus Ninfas, ¿no son las vírgenes divinas de la primera infancia? Los diablos que surgen de las cajas, ¿no representan, como la Gorgona de los helenos y como el Belcebú de los cristianos, la alianza simpática de la fealdad sensible y del mal moral? Es cierto que los niños son familiares con sus dioses; pero los hombres, ¿no han blasfemado siempre contra los suyos? Los niños rompen sus polichinelas; pero ¿cuáles son los ídolos que no ha roto la humanidad? El niño, como el hombre, cambia incesantemente de ideal. Sus dioses son por necesidad imperfectos porque proceden siempre de ese ideal.

Ese carácter religioso, inherente á los juguetes, sobre todo, á los juguetes antropomorfos, está reconocido de una manera implícita, no

sólo por los niños, sino también por algunos adultos en quienes persiste la simplicidad de la infancia. Las personas que me leen conocen mi respeto por las cosas sagradas. Puedo decir, sin temor de que se me acuse de irreverente, que simulacros por completo pueriles toman parte hoy en ciertas ceremonias de la Iglesia y que á veces las almas buenas y piadosas asocian con el mayor candor sencillos juguetes á los misterios del culto. ¿No están llenas de muñecas litúrgicas las tiendas de la calle San Sulpicio? ¿Qué son los establos que se colocan en las iglesias en la Noche-buena sino piadosos juguetes? No hace muchos días penetré en una capilla abierta para los católicos ingleses en el barrio de la Estrella y vi, en el fondo del ábside, la escena de la Natividad, representada por figurillas vaciadas. Buenas mujeres iban á arrodillarse ante aquellos dominguillos. Reconocían con fruición la gruta de Bethlém, la Santa Virgen, San José y el Niño Jesús, abriendo, desde su cuna, los brazos al mundo. Prostrados á los pies del Niño-Dios, los tres reyes magos presentaban el oro, la mirra y el incienso. Se distinguía á Melchor con su barba blanca, á Gaspar con su aire juvenil, al buen Baltazar con la cándida expresión de su rostro negro como la noche. Sonreía bajo un enorme turbante. No eran más grandes que un puño; los pastores y las pastoras, del tamaño de un dedo, ocupaban los bordes de la gruta. Había también camellos, un puente sobre un riachuelo y casas con ventanas de vidrieras á las que se iluminaba de noche con bujías. Aquella escena respondía exactamente á las necesidades estéticas de una niña de seis años. Mientras permanecí en la iglesia oí los sonidos de una caja de música que ayudaba á la contemplación.

Las inocentes mujeres estaban abstraídas ante aquel aprisco. Era necesario, para producir tales emociones, que aquellas imágenes semi-cómicas, semi-sagradas, tuviesen un alma, un alma pequeñita de juguete. Si denunció la parte de fetichismo que entra en esta ortodoxia no es para menospreciarla. Sé por Pierre Lafitte, el generoso jefe del positivismo, que el

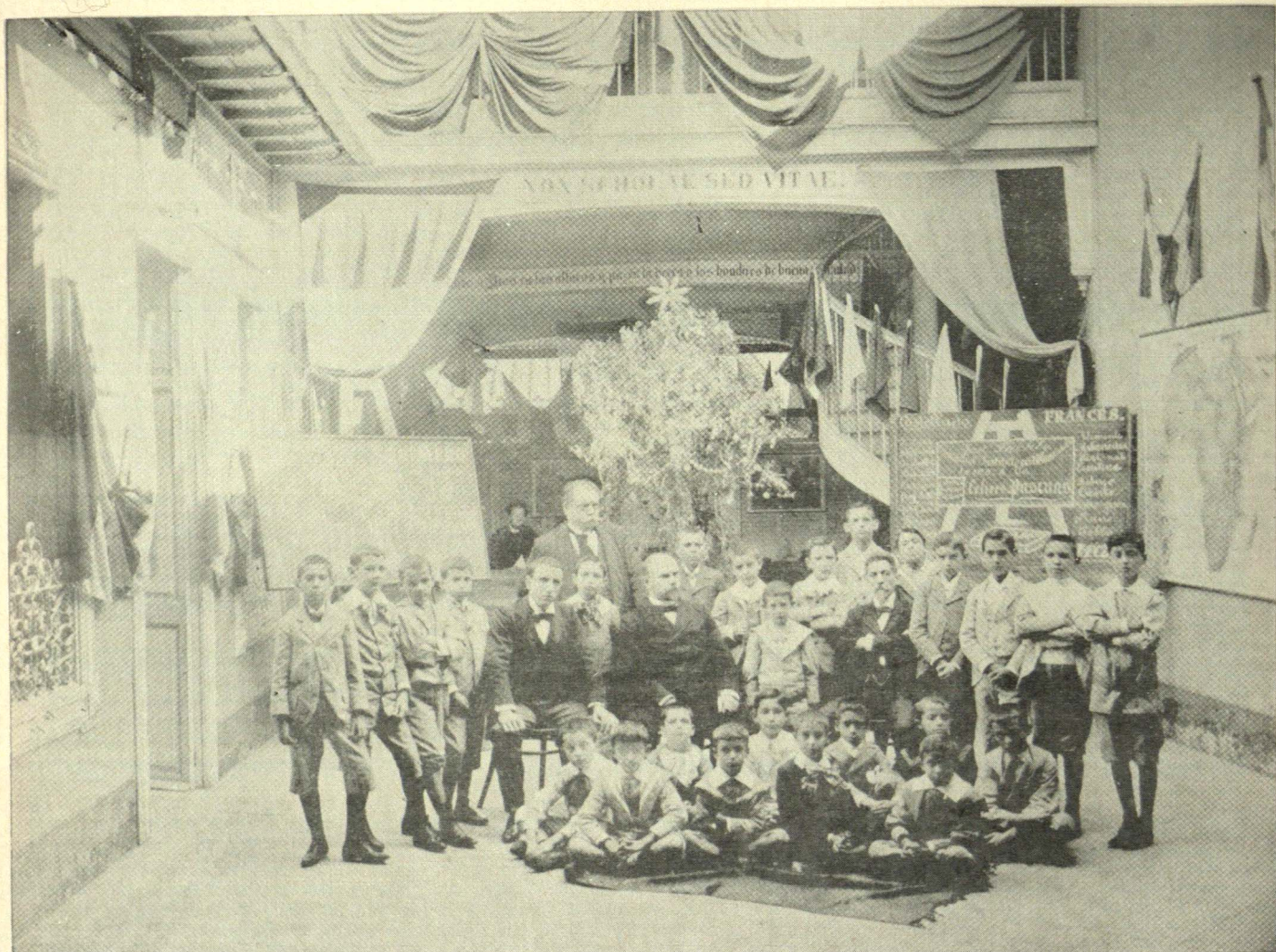
culto de los fetiches es el más encantador, y creo, por mi parte, que no hay verdadera religión sin un poco de fetichismo. Todo sentimiento profundo lleva á la antigua religión de los hombres. Fijaos en los jugadores y en los enamorados: tienen sus amuletos.

Acabo de mostraros el juguete en el santuario. No me sería difícil mostrároslo en los umbrales del museo. Pertenece á la vez á los dioses invisibles y á las musas. Porque el juguete es religioso y es artista. Los cultos y las artes proceden de una misma inspiración. Del nene que organiza y dispone sus soldados de plomo sobre una mesa, al venerable M. Ravaissou, agrupando con entusiasmo en las salas del Louvre la *Venus Victrix* y el *Aquiles Borghese*, no hay sino una gradación de sentimiento. El principio de ambas acciones es el mismo. Todo chiquillo que combina sus juguetes, es ya un esteta.

La muñeca es el esbozo de la estatua. En presencia de ciertas figurillas de la necrópolis de Mirrina, el sabio Pottier vacila, no sabiendo si está ante una muñeca ó ante un ídolo. Han perecido las muñecas que en los días de belleza oprimían contra el corazón las niñas de la santa Hélade, porque eran de cera y se fundieron al sol. No han sobrevivido á los brazos amantes que después de haberlas llevado, se abrieron al amor ó se crisparon en la desesperación para helarse en la muerte. Yo lamento esas muñecas de cera ya idas: me imagino que el genio griego le había dado gracia á su fragilidad. Las que nos quedan son de tierra cocida, pobres muñecas encontradas en tumbas de niños. Sus delgados miembros están articulados como los brazos y las piernas de los títeres, lo que constituye un carácter que falta considerar.

Si la muñeca procede de la estatuaría por la plástica, debe á la ligereza de sus articulaciones otras propiedades preciosas. El niño le comunica gestos y actitudes, la niña la hace hablar. Hé ahí creado el teatro! ¿No se ha dicho: *muñecos y canciones ya es casi todo Shakespeare?*

ANATOLE FRANCE.



INSTITUTO CATOLICO ALEMAN

PAGINAS + CORTAS

La leyenda del poeta Leopoldo Díaz

(POR RUBÉN DARÍO)

Este era un mancebo con aspecto de garzón de cuento nobiliario, ojos hermosos y tupido y negro toisón.

Tenía una lira de que Dios le había hecho merced, y con ella salía á aprisionar—tal el antiguo padre Orfeo, según se cuenta—las bestias y los pájaros de los bosques. Daba á las rosas los buenos días, y ellas le contestaban con la mejor voluntad.

Como Jules Renard sale á cazar imágenes, él salía á cazar temas para sus armoniosas imaginaciones. Así, prefería las cosas raras por el solo hecho de ser raras. “Un unicornio!” decía, y aprisionaba un unicornio; ¡un escramor! y aprisionaba un escramor. Se embriagaba de verbo. Amaba á las mujeres como todo varón de tuétanos y como todo poeta lírico. Era amigo de los gnomos, de los feos enanos amansadores de tarántulas, de osos polares, y de la linda Aleira y de la gallarda y blanca Yolanda.

Yo le dije un día:—Ten cuidado, poeta. Noto que tu toisón disminuye, esbozándose vagamente una claridad ebúrnea sobre el horizonte de tu cráneo.

Y era que el amor y los sueños le iban clareando la selva negra; y sus ojos hermosos se ponían tristes.

Su campo imaginativo resonaba al galope

del tropel de unicornios, amigos de las vírgenes. El trovaba de amores y ensueños, soñaba glorias ideales y poemas azules, y bocas lindas, del color de la centifolia.

Enjaulaba un escramor, el cual por gozar de libertad le enseñaba el camino de las Islas de Oro; y le revelaba la blanca torre de la princesa ártica que amaba el albo oso encantado; y la vida fatal del bello hermafrodita Belphegor, de nombre de ídolo.

Cuando él volvía á la tierra, yo le tomaba del brazo, y le decía:—Vamos, poeta, á respirar el aire de Dios, ó á ver en su balcón á Aleira ó á saludar á la blanca y gallarda Yolanda.

Tres poetas argentinos

(POR NICOLÁS AVELLANEDA)

En los últimos cuarenta años, la República Argentina ha producido tres poetas notables. Es necesario apenas nombrarlos.—Estos poetas son: Echeverría, de 1835 á 1850; y Gutiérrez y Andrade que pertenecen á una generación posterior.

Echeverría.—Hay un verdadero contraste entre Echeverría y sus dos sucesores en el orden del genio poético y de la gloria que los versos producen.

Echeverría tiene un gran talento poético: anima, crea y posee la facultad inventiva de producir ideas en presencia de cualquier objeto.

Echeverría siente la naturaleza, no tanto en sus aspectos exteriores como en sus relaciones con el espíritu. De ahí la novedad

de la *Cautiva* y de las poesías de esa época que se hallan impregnadas de su genio inspirador. Es la naturaleza argentina, no precisamente vista, sino sentida por vez primera y traducida en cuadros que van del interior al exterior.

Pero el talento de Echeverría es estético: no es oratorio. Su poesía es íntimamente bella, como un alma que se recoge á pensar.

En Espronceda hay los detalles de una inspiración viva. En Heredia hay las manifestaciones de un sentimiento más profundo.

La composición del poeta español tiene pensamientos muy elevados, pero no es en su conjunto sino un fragmento retórico. Puede ser la obra de un brillante alumno que termina sus cursos de humanidades.

En la del poeta cubano no aparecen ni el retórico ni el alumno, pero se siente el hombre. El tono de la composición desmaya á veces, pero encierra mayor verdad que la del poeta español. No ha sido como la de éste, escrita en un gabinete de estudio, sino bajo los ardores de la zona tórrida.

Hay algo de símbolo en *El Sol* de Espronceda. Es para él “el padre de la luz.”—Para Heredia es el astro que quema.

En el movimiento más levantado de la composición, el poeta español parece decir:—“Quiero al sol por su luz.” El poeta cubano dice resueltamente:—“Lo quiero por su calor que enciende las pasiones y fecunda el universo.”—Espronceda dice admirablemente, dirigiéndose al sol:

Vívido lanzas de tu frente el día

Y te elevas triunfante

Corona de los orbes centelleantes....



NOCHE DE PASCUA. — Cuadro de Franz Guillern

Ha nacido bajo las alas silenciosas de aquel Angel que Klopstock coloca en los confines del cielo y de la tierra, abismado en meditaciones eternas, que los ruidos subidos de la tierra ni las armonías que bajan de las esferas alcanzan á turbar.

Echeverría tiene el sentimiento íntimo, la percepción poderosa, la idea variada y profunda, pero le faltan las dotes de la manifestación exterior. Su producción es angustiosa. Le cuesta arrancar la voz del pecho. Gobierna mal la palabra y sufre el embrazo del metro y de la rima.

La *Cautiva* está escrita en el octosílabo de callejuela (no por simplicidad, sino por esterilidad de expresión). Echeverría es por fin un pensador más que un poeta; pero es el americano que haya dejado tras sí una obra poética más extensa, á pesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su producción, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de *bronce* que le tocaron en suerte.

Olegario Andrade.—En Andrade sobran las imágenes, faltan las ideas. Es un poeta externo. No es un poeta interno, y mucho menos un poeta íntimo. Es un pincel, el más rico tal vez en colorido, que haya producido la América: no es un alma..... Me equivoco: es á veces un alma, pero no para sentirse y oírse pensar en sí misma, sino para transparentar en frases inimitables los estados del espíritu que los objetos exteriores suscitan. Nada es casual en la producción poética, cuando es espontánea y obedece solamente al capricho ó á la inspiración.—Andrade no ha escrito *versos de amor*.

Gutiérrez.—Gutiérrez no se halla dotado igualmente dotado de un talento poético extenso, en tanto se entiende éste como la facultad de penetrar el sentido de las cosas más diversas y de arrancarles ideas nuevas.

La poesía de Gutiérrez no tiene sino una nota íntima, profunda, dolorosa; su verso es un gemido! Y qué gemido! Sólo en los labios de Byron hemos escuchado otros iguales. Pero su poesía no piensa, no inventa, no crea. Es siempre la misma, aunque no fatigue en ocasiones á pesar de su repetición, por su intensidad profunda. Todos sus cantos son un canto. Su verso está admirablemente modulado para dar expresión á un grito de dolor.

Ricardo Gutiérrez tiene su antecesor en la poesía, y es Tomás Gray, el autor del *Cementerio de Campaña*, composición única, eterna, y que pertenece hoy á todas las literaturas. Ciertos individuos llevan consigo un caudal poético, intenso y profundo, pero estrecho, y cuando se le ha abierto paso en un canto, la nota vibra inmortal en el mundo. Pero el poeta ha pasado, y sólo le queda la triste tarea de sobrevivir á sí mismo.

El fin del poema

(POR RAFAEL ANGEL TROYO)

Allá, en el lejano barrio de torcidas callejuelas, vivía en su destartelado cuartucho el pobre *Mirlo de París*. Su pequeño cuarto era un nido de hambre y de poesía á donde llegaban los ecos distantes y alegres de la gran ciudad. Allí en su apartado rincón, el poeta cantaba el himno á la luz y creaba la rima bella y potente.

Hacia ya algún tiempo soñaba con el pujante vuelo de las aves. Oh! amaba las alas que cruzan la gran inmensidad y conducen hasta el azul. Su sueño, en el que también se mezclaban los horrores de la miseria, era un poema, y ese poema, con su parvada de versos locos y sublimes, le llenaba el

cerebro á manera de pájaros bravos y cautivos.

Y aquella noche de crudo invierno, con el estómago vacío y las manos ateridas y heladas, miró fijamente por el ventanillo de su buhardilla hacia allá, hacia el riñón de la gran ciudad donde emergían los palacios iluminados, y dijo: "Para vosotros, ricos potentados que ahora, en estos momentos de mi tristeza, os calentáis á la lumbre de la estufa y lleváis el estómago satisfecho, para vosotros, los poderosos que despreciáis el harapo y os reís del verso sensible que canta el dolor, sí, para vosotros, voy á abrir la puerta de la jaula á mis fieros aguiluchos: ya sentiréis el mordisco de su corvo pico." Y agarrando la pluma puso este título: *La Miseria*.

La buhardilla enmudeció y en medio de aquel silencio se oía el arañar de la pluma sobre el papel y á veces un nervioso castañetear de dientes.

Las cuartillas se amontonaban una tras otra, garrapateadas á la ligera por el galope incansable de la pluma. Las horas pasaban y pasaban.

Fuera, la nieve con su monótona canción y dentro, la loca fiebre olvidada del hambre y del sufrimiento. Ya el poema iba á concluirse cuando de pronto un grito desesperado: "No hay tinta!" y el poeta se irguió como un loco. Y aquel eco, que resonó en las tinieblas como un gemido, era el grito del soldado que quiebra su espada en el combate, la maldición del mendigo á quien se le arrebatase el último pedazo de pan que come; y entonces, como un león que se vengara á sí mismo, se hundió la pluma en un brazo y empapándola repetidas veces en la roja tinta de sus venas, escribió triunfante, sus últimas estrofas, bellas y atrevidas como bandadas de soberbios águilas!

(Costa Rica.)

UN DUELO AL PIANO

(TRADUCCIÓN)

Hubo un tiempo en que el piano era una especie de religión. Cuando moría el viejo Field, sus amigos, que rodeaban el lecho, no sabían á qué sacerdote dirigirse para prepararlo en el último trance.

—Sois papista ó calvinista? le preguntaron.

—Soy... pianista! contestó el moribundo.

Entre los adeptos de ese nuevo culto, los dos más célebres han sido, indiscutiblemente, Liszt y Chopin.

Mucho se ha censurado las pretensiones de Liszt, su increíble orgullo, su charlatanismo grandioso, sus actitudes de héroe de novela, sus extravagantes teorías musicales. A pesar de todo, la superioridad del artista hace olvidar las debilidades del hombre. Liszt ha sido el verdadero *lion* del piano. Todos los grandes artistas á quienes hemos interrogado á este respecto, nos han contestado, á excepción de Chopin:

—Oh! Liszt ha sido el maestro de todos nosotros!

Se han visto talentos más puros, más perfectos, más simpáticos; pero ninguno que haya poseído al mismo grado esa electricidad, ese magnetismo musical que apasiona y arrastra la multitud.

Acontecía á veces que Liszt tocaba medio-cemente, cuando estaba distraído, indisputado ó presa de alguna excitación; pero cuando quería tocar, cuando concentraba todas sus fuerzas para dar un gran golpe, y, teniendo su poema musical en la cabeza, en el corazón, en los dedos, en los nervios, se lanzaba como el rayo sobre el público delirante y enardecido, llegaba á efectos que ningún otro produjo, á excepción quizás, de Paganini. Schumann decía de él, con una mezcla de admiración é ironía:

—Brilla como un relámpago, estalla como el trueno, y deja detrás de sí un fuerte olor de azufre.

A menudo, y durante largo tiempo, hemos oído á Liszt y Chopin; pero nunca habíamos gozado de su talento con tanta plenitud como durante el verano de 184...

Era en un castillo de N..., cerca de un lugar llamado "El Valle negro."

La dueña de la mansión, mujer entre todas ilustre por su genio y por su talento, pero más amada aún que admirada por los que conocían la suprema bondad de su corazón, daba entonces hospitalidad á Chopin, á quien realmente había arrancado de las garras de la muerte. Lo rodeaba de cuidados maternales, y seguramente debemos á la solicitud de aquella dama las últimas composiciones de un genio tan puro y tan bello.

Hubo en aquel año en el castillo de N..., una reunión de artistas como rara vez se encuentra. Liszt fué allí, acompañado de una estrella del mundo parisiense, muy noble mujer, tan espiritual como bella, llamada por entonces Arabella, la misma que después, bajo otro nombre, conquistó puesto muy distinguido en la literatura. Podía verse, en ese tiempo, á la sublime cantatriz Paulina V... con su marido; Paulina, que todavía conserva la expresión ideal, la maestría incomparable de su talento; Eugenio D..., el ilustre pintor romántico, el poeta del color; B..., el gran actor, y varias otras celebridades; sin contar los hijos de la castellana, un hijo y una hija, adorables ambos; un sobrino y una sobrina, y algunos amigos de la ciudad cercana, con sus mujeres: todo joven, entusiasta y franco como el oro.

Tal era la colonia que se encontraba en el castillo de N...

La hospitalidad era confortable y la libertad absoluta. Había fusiles y perros para los que gustasen de la caza; bateles y cañas para los entusiastas por la pesca; un magnífico jardín para paseo. Cada cual hacía lo que á bien

tuviese: Liszt y Chopin componían; Paulina V... estudiaba su papel del *Profeta*; la dueña de la casa escribía una novela ó un drama, y así los otros. A las seis, nos reuníamos para comer, y no nos separábamos hasta las dos ó las tres de la mañana.

Aquí no referiremos todos los placeres improvisados que nos hacían parecer tan corto el tiempo; solamente queremos hablar de la música y sobre todo, de los dos pianistas rivales.

Chopin tocaba rara vez. No se resolvía á hacerse oír sino cuando estaba seguro de la perfección. Por nada en el mundo hubiese consentido en tocar medianamente.

Liszt, al contrario, tocaba siempre, bien ó mal.

Una tarde del mes de mayo, entre las once y media noche, nos habíamos reunido en el gran salón. Las amplias ventanas estaban abiertas, hacía un hermoso claro de luna, cantaban los ruiseñores, un perfume penetrante de rosa y de resedá entraba á bocanadas en la sala. Liszt tocaba un nocturno de Chopin y, según su costumbre, lo bordaba á su manera, intercalándole trinos, trémolos y calderones que no se encontraban en el original. Varias veces Chopin dio señales de impaciencia; hasta que, no pudiendo más, se acercó al piano y le dijo á Liszt con toda su flemma inglesa:

—Te ruego, querido, que cuando me hagas la honra de tocar alguna cosa mía, toques lo que está escrito y no otra cosa: solamente Chopin tiene el derecho de variar á Chopin.

—Bien ¡toca tú mismo! dijo Liszt, levantándose un poco amostazado.

—Con mucho gusto! replicó Chopin.

En aquel momento, una mariposa atollon-drada, vino á quemarse las alas en la lámpara y la extinguió.

—No, al contrario, exclamó Chopin cuando acudieron á encenderla; apagad todas las luces;—me basta el claro de luna.

Entonces tocó... tocó toda una hora.

Deciros cómo lo hizo no es posible. Hay emociones que se sienten y no pueden expresarse. Los ruiseñores se callaban para escuchar; las flores bebían como si fuese un rocío divino, aquellos sonidos que del cielo venían; el auditorio, en éxtasis mudo, osaba apenas respirar, y cuando el mágico concluyó, todos los ojos estaban bañados en lágrimas, sobre todo los de Liszt. Fué hacia Chopin y lo estrechó contra su pecho, exclamando.

—Amigo mío! tenías razón! Las obras de un genio como el tuyo son sagradas: es una profanación tocarlas. Eres un verdadero poeta: yo no soy sino un saltimbanquis.

—Vamos! interrumpió con viveza Chopin; cada cual tiene su género, hé ahí todo. Tú sabes que nadie en el mundo puede tocar como tú Weber y Beethoven. Ahí tienes, te ruego me toques aquel adagio en *ut* sostenido menor de Beethoven; pero hazlo seriamente como lo sabes hacer cuando quieres.

Liszt ejecutó el adagio y puso en él toda su alma, toda su voluntad. Entonces se manifestó en el auditorio otro género de emoción; se lloró, se sollozó; pero no eran las dulces lágrimas que había hecho derramar Chopin; eran las *cruelas lágrimas* de que habla Otelo. La melodía del segundo artista no se insinuaba suavemente en el corazón; se hundía en él bruscamente como un puñal. No era una elegía: era un drama.

Sin embargo, Chopin creyó haber eclipsado á Liszt aquella noche. Y se jactó de ello diciendo: "Cómo lo he vejado!" (*Textual*). Liszt supo la frase y se vengó del artista como artista.

Cuatro ó cinco días después nos encontrábamos reunidos casi á la misma hora que en la vez anterior; esto es, hacia media noche. Liszt le suplicó á Chopin que tocase. Después de muchos ruegos, Chopin accedió. Liszt pidió entonces que se apagasen todas las lámparas, to-

das las bujías y que se corriesen todas las cortinas, á fin de que la oscuridad fuese completa. Era un capricho de artista y fue complacido. Pero, en el momento en que Chopin iba á sentarse al piano, Liszt le dijo algo al oído y tomó el asiento. Chopin, que estaba muy lejos de adivinar lo que iba á hacer su camarada, se sentó, sin hacer ruido, en la butaca vecina. Entonces Liszt tocó exactamente todas las composiciones que Chopin había ejecutado en la memorable *soirée* de que hemos hablado, pero supo hacerlo con tan maravillosa imitación de estilo y de manera, que era imposible no equivocarse. El mismo encanto, la misma emoción se renovaron. Cuando el éxtasis llegó al colmo, Liszt frotó rápidamente un fósforo y encendió las bujías del piano. En la sala hubo un grito de estupefacción.

—Cómo! sois vos?

—Como lo veís!

—Pero nosotros habíamos creído que era Chopin!

—Tú, qué dices? le preguntó Liszt á su rival.

—Digo como todo el mundo: creí también que era Chopin.

—Ya ves, replicó Liszt levantándose, Liszt puede ser Chopin cuando quiere; pero ¿podrías tú ser Liszt?

Aquello era un reto; pero Chopin no osó aceptar.

Liszt estaba vengado.

A veces se representaban comedias ó dramas *improvisados*. Había un lindo teatrillo y toda una guarda-ropía. Solamente se indicaba el argumento de la pieza y la distribución de las escenas: los actores debían improvisar el diálogo.

Liszt y Chopin constituían la orquesta. Sentados á sendos pianos, debían improvisar, siguiendo la pieza, todos los preludios según las peripecias del drama.

Una vez más nos reconocemos impotentes para expresar lo que oímos. Ambos artistas, dotados de una memoria prodigiosa, conocían todas las óperas italianas, francesas y alemanas, tomaban de ellas, simultáneamente, con tan admirable prontitud los motivos que pudieran convenir á la situación y los desarrollaban con tal *verve*, con tan ardiente emulación de superioridad, que los actores, quienes por su parte hacían prodigios, se veían obligados á gritar: "Basta! basta! son demasiadas bellezas perdidas!"

Aquellas nobles diversiones terminaban siempre con una magnífica y alegre cena.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

La hechura en boga—Túnicas y sobrefaldas —Capítulo de abrigos—Más detalles elegantes—Regalos de Año Nuevo—Dijes y flores—Caldo y vainilla—Una cena aristocrática—La Reina y los niños pobres—; Noche Buena!—Contrastes de la vida—Honor á la mujer.

Madrid: enero de 1899.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Con todo y hallarnos en plena estación invernal, la moda no depone ni por un momento su actividad prodigiosa, tratando de transformar de una manera radical, el modo de vestir moderno. Y acaso para esas transformaciones, más se atienden las exigencias probables de primavera y verano, que las de la presente temporada. El traje hechura *princesa*, de día en día cobra mayor favor, pero con una innovación muy plausible: la de abrocharse falda y cuerpo por atrás, mediante doble hilera de botones pequeños, facilitando así, infinito, la colocación de los adornos que obedecen á un gusto proporcionalmente artístico y bello.

Aparte de la hechura mencionada, en los más elegantes círculos europeos se delinean un tanto la túnica ó sobrefalda, como quiera

llamársela, destinada, si prospera, á obrar una total revolución en la indumentaria femenina. ¡Estamos tan sedientos de novedades, los hijos de este siglo, que con nada se calma esa abrasadora fiebre, y todo transformo nos parece poco, así en lo frívolo como en lo serio y trascendental!

Las levitas entalladas, de irreprochable corte, de largos faldones, y solapas variadísimas, puede decirse que se llevan la palma entre la suprema elegancia este invierno. Se adaptan más, mucho más que *redingots* y esclavinas, á pesar de ser los primeros de última novedad y las segundas indistinguiblemente arosas; la levita presta una distinción y una esbeltez á la figura, que en vano se solicita de otros abrigos; por eso predomina entre la gente elegante, á largas temporadas, que á veces se cuentan por años.

Mayor fantasía no es posible, de la desplegada en los cuerpos escotados de sociedad. Por igual se admira en ellos la fantasía del adorno que la artística combinación de dos tegidos y de dos matices. Los escotes puntiagudos gozan de más resuelto favor que los redondos; bien es cierto que prestan mayor gallardía al busto, y en cuanto á las bertas, que los embellecen, no cabe decir en su elogio más que, remedo encantador de otras edades, prestan á nuestras damas reflejo y sabor de tiempos llenos de poesía, que no es dable olvidar dentro del triste prosaísmo moderno.

Los regalos ofrecidos á las damas en las pasadas Pascuas y Año Nuevo, han sido dijes y flores. De dijes tenemos una verdadera inundación: se cuelgan de las pulseras, de las gargantillas, de los relojes y de las cadenas de oro con perlas, que largas más de dos metros, caen como una cascada deslumbradora sobre el pecho. Hay reina de la moda en Europa, que, pendientes de esas cadenas, lleva más de veinte dijes diferentes. Esto nos parece una exageración y presumimos que la moda á que nos referimos prevalecerá poco. Es casi seguro, pero como ahora impera en toda la línea, nos es preciso consignarla en estas *Páginas* destinadas cariñosamente al bello sexo venezolano. Respecto á los regalos de flores, antes mencionados, importa decir que para ellos se han elegido las especies más raras en corta cantidad sí, pero adornándolas con tantos encajes y lazos, que las cándidas hijas de la naturaleza, con todo y ser de costosa adquisición durante la época de los fríos, han resultado baratas al compararlas con el excesivo precio de los encajes y de las cintas. Estos refinamientos del gusto en las grandes capitales es ruinoso, pero atractivo, puesto que nadie, al tratarse de una dama, quiere ser ruin y á todos nos gusta distanciarnos de lo vulgar y adocenado.

Otro capricho elegante y de abolengo netamente parisién, acaba de sentar sus reales en los centros aristocráticos europeos: el de tomar una taza de caldo, aromatizado con vainilla, antes de ponerse á comer. No es nueva la costumbre, pues estuvo en auge durante el segundo Imperio, pero como nosotros no la hemos conocido antes, la aceptamos con todos los caracteres propios de la novedad, que tanto seduce y atrae.

En Madrid contadísimas han sido las cenas de Noche Buena celebradas este año, porque la tristeza que reina en Palacio, con motivo de las recientes desdichas patrias, trasciende á las nobles familias que rodean el trono de prestigio y amor. Sólo la marquesa de Squilache, dama ilustre, cuyos saraos y fiestas apareja siempre con espléndidos donativos á los pobres, reuniera la noche que nació Dios, á sus constantes amigos, celebrándose en la capilla de su señorial mansión, la *Misa del gallo* con una sencillez patriarcal y un sabor cristiano, que no siempre se ofrece ocasiones se trata. Durante la misa, las damas de-

votamente de rodillas, ocultando bajo los pliegues de la mantilla el fulgor de sus diamantes parecían un mágico conjunto arrancado de la realidad por el soberano pincel de Goya. Después que la ceremonia religiosa hubo terminado, ostentaron todas con genial donaire sus espléndidos atavíos, sentándose en las pequeñas mesas al efecto dispuestas, para la opípara cena.

La Reina Regente con sus angustiosos hijos, el día de Noche Buena acudió á la Plaza Mayor según tiene por costumbre todos los años, comprando á los pobres vendedores, que la aclamaban y rodeaban cariñosamente, centenares de juguetes que al día siguiente se repartieron entre los niños de las casas de Beneficencia madrileñas. María Cristina es madre amorosa, y á pesar de los graves negocios de Estado que amargan sus horas, se acuerda de la infancia pobre y desvalida para reflejar sobre ella su inagotable ternura.

¡En tantos hogares han transcurrido tristes las horas de la pasada Noche Buena! España ha perdido en las guerras coloniales que acaban de terminar, una gran parte de su juventud briosa y entusiasta: el vacío se ha de notar, primero en el corazón de las madres, después en todas las manifestaciones de la vida social, que tan vigorosamente retratan á los pueblos.

De las ilusiones cifradas en la Lotería Nacional, no hablemos, porque, tantos fueron los que se dejaron arrastrar por ellas, como son todos los años, sin que los desencantos de ayer sirvan de escarmiento para mañana. Doce millones es una cifra tentadora para muchos que, olvidando hasta qué punto sólo es dable confiar en los positivos solaces proporcionados por el trabajo.

Enero se distingue en sus comienzos por apacibles, casi primaverales días; el cielo ostenta su hermoso azul, el sol brilla con iguales fulgores, que si nos halláramos en plena Andalucía, y escasamente á lo lejos se distinguen nieves, en los picachos del Guadarrama y con dificultad nos enteramos, los que en Madrid vivimos, de los temporales que en los pasados días azotaron nuestras costas, reproduciendo una vez más los tristes dramas del mar, que cuestan la vida á tantos míseros pescadores.

El torbellino de la existencia, la lucha á que nos obliga forzosamente, tiende á sustraernos, si no en absoluto, de un modo relativo, á la contemplación de las ajenas desdichas, y dominada por el egoísmo la humanidad acabaría por no prestarse entre sí mutuo apoyo y calor, si la mujer desde el hogar, compenetrándose de los acontecimientos que se suceden en el mundo, no fuera el lazo de unión, el hada bienhechora, que repartiendo sin cesar sonrisas y bondades, mantiene incólume la idea de paternidad y amor, única garantía positiva del mejoramiento y de la dicha futura de las razas.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

TROVADORES Y TROVAS

POR RUFINO BLANCO FOMBONA

EDICION DE LA EMPRESA "EL COJO"

"Si no todo, mucho de lo mejor de su prosa está en la consagrada á sus *Trovadores* predilectos. Es prosa culta, sabia, musical, sembrada de imágenes digna de trovadores.

Blanco Fombona trabaja su verso como un esteta. Aún más escrupuloso en el verso, no quiere nada común, ni falso, ni ajeno en su obra. Cultivador capaz y afortunado, quiere jardín propio y propias flores."—PROLOGO.—M. Díaz Rodríguez.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

B. 3 EL EJEMPLAR

REVISTA DE REVISTAS

LOS ESCRITORES INGLESES JUZGADOS POR LOS ACADEMICOS DE FRANCIA

M. Douglas, el corresponsal del *Morning Post* en París se ha dirigido á los miembros de la Academia Francesa, preguntándoles cuál es su autor favorito en la literatura inglesa.

El gran diario de Londres trae en una de sus últimas ediciones las siguientes respuestas de los inmortales franceses.

ERNEST LEGOUVÉ

"Me parece que no hay vacilación posible: Shakespeare."

EL DUQUE DE BROGLIE

"Lamento no poder contestaros como lo deseáis. Soy grande admirador de la literatura inglesa, pero no estoy suficientemente versado en los detalles y en el conjunto de los grandes escritores que la honran, para creerme con el derecho de decir al público mis preferencias."

EMILE OLLIVIER

"Mis dos admiradores son Shakespeare y Macaulay.

"Shakespeare, inmenso como el mar, como él profundo y tempestuoso, infinito como el cielo del que tiene toda la suavidad.

"Macaulay, amplio, elevado, elocuente, fluido como la corriente de un gran río."

ALFRED MÉZIERES

"Shakespeare, al cual he consagrado diez años de mi vida y tres grandes volúmenes."

GASTON BOISSIER

"No os había contestado, porque no tenía nada que deciros. Estoy habituado á no hablar sino de las cosas en que soy competente. Sé muy poco inglés, apenas lo suficiente para comprender las obras de ciencia y erudición. En cuanto á las obras literarias, no he podido leerlas sino en traducciones y como sé lo que éstas valen, no me permito tener y expresar opinión en literatura inglesa."

VICTORIEN SARDOU

"Me sería fácil contestaros si me preguntárais cuál es mi autor de preferencia en un género determinado.

"Así, á quien más admiro en el arte dramático es á Shakespeare; en la novela histórica, Walter Scott; en la novela de costumbres, Carlos Dickens.

"Si queréis saber á cuál de los tres prefiero, os contestaré: á todos tres!"

SULLY PRUDHOMME

"No conozco las obras maestras de la admirable literatura inglesa sino á través de traducciones; mi apreciación, por consiguiente, sería muy superficial é incompleta, sobre todo, en lo que se refiere á la poesía.

"Los recursos de la versificación inglesa, la libertad que en ella tiene el poeta de crear palabras perfectamente adaptadas al objeto de su pensamiento, impiden que una traducción francesa equivalga al texto original.

"Me cautivan, según lo que puedo presentir, las poesías de Sivburne y de Shelley. Lamento sinceramente no poder asimilarlas las composiciones poéticas de Elizabeth Barrett Browning: recuerdo la profunda admiración de Taine por *Aurora Leigh*.

"Me hace sufrir mucho la imposibilidad de relacionarme lo suficiente con los poetas extranjeros, por medio de traducciones."

VICTOR CHERBULIEZ

"Me es imposible contestar categóricamente á la pregunta que me hacéis. No veo en el vasto y rico jardín de la literatura inglesa ninguna planta á la que pueda sacrificar todas las otras. Tengo por los rosales frondosos todo el respeto que les es debido; pero un rosal pequeño puede producir flores admirables de exquisito perfume y es preciso un poco de todo para hacer un jardín.

"Creo saber y sentir todo lo que valen Shakespeare, Shelley y Byron; admiro á Coleridge, Wordsworth, Burns; me conmueve Browning cuando llego á comprenderlo; y no me parece, lo confieso con rubor, que Pope sea un poeta despreciable. Me gustan mucho Thackeray y George Eliot; pero he leído tres veces *Coningsby* y hay días en que siento un extremo placer en correr por los grandes caminos y las posadas de la Inglaterra del siglo diez y ocho, en compañía de mi viejo amigo Fielding."

FRANÇOIS COPPÉE

"Soy apasionado por el inmenso Shakespeare. Permanezco fiel á lord Byron y á Walter Scott, un tanto desdichados, se me dice, y olvidados en su patria.

Pero mi preferido, mi autor favorito, es el inolvidable y delicioso Dickens: lo he leído y releído diez veces. Es uno de los maestros de la risa y de las lágrimas, un verdadero socialista cristiano, una fuente inagotable de *humour* y de sensibilidad."

OCTAVE GRÉARD

"Mi autor predilecto es Shakespeare."

CONDE D'HAUSSONVILLE

"Como poeta, Shakespeare; como prosador, Maucaulay."

JULES CLARETIE

"En absoluto, la respuesta será única: Shakespeare."

"Relativamente en el siglo diez y ocho, Swift y Stern; en el presente siglo, Dickens."

MELCHIOR DE VOGÜÉ

"Vuestra pregunta lleva en sí la respuesta: Shakespeare. Saliendo de esa inmensa fuente de vida y viniendo á tiempos más próximos, os diré: George Eliot satisface mejor á mi espíritu; Shelley seduce más mi imaginación. Sin embargo, si no pudiera conservar sino uno sólo de vuestros libros, guardaría la *Aurora Leigh* de Elizabeth Browning."

PIERRE LOTI

"Estoy muy poco al corriente de la literatura inglesa para contestaros."

H. DE BERNIER

"Shakespeare."

THUREAU-DANGIN

"Mis últimas lecturas me han hecho encontrar en Newman un interés y un encanto que raras veces he hallado en otros."

FERDINAND BRUNETIÈRE

"Así como á un italiano le contestaría: Dante, á vos os digo: Shakespeare."

"Si me permitís nombrar varios, os confieso que siempre me ha gustado Swift; y entre los contemporáneos, Shelley, Newman (el cardenal) y George Eliot. Pero ¿cómo no agregar á esta corta lista el nombre de Ruskin?"

ALBERT SOREL

"El libro inglés que más he leído y más me ha gustado es *Robinson Crusoe*."

JOSÉ-MARIA DE HÉRÉDIA

"Entre los antiguos, Shakespeare."

"Entre los modernos, el poeta de *Endymion*, el Andrés Chénier de Inglaterra. Keats."

PAUL BOURGET

"Mi autor es aquel que ha tenido la rara fortuna y el raro genio de ser á la vez profundamente de su tierra y de todas las tierras, tan inglés, tan insular como es posible, y al mismo tiempo tan vasto, tan universalmente humano: Shakespeare."

HENRY HOUSSAYE

"La respuesta no es difícil, desde luego que ha existido un Shakespeare, que es por sí solo toda una literatura maravillosa, sublime, múltiple, infinita."

JULES LEMAITRE

"Los escritores ingleses de mi preferencia son: Shakespeare, Shelley, Dickens, George Eliot."

GASTON PARIS

"Shakespeare es el Rey y lo será siempre."

ANDRÉ THEURIET

"Admiro profundamente á Shakespeare, pero tengo un culto particular por Jhon Keats; siento ternura por Burns; admiro á ciertas horas á Dickens, así como las obras maestras de George Eliot."

GABRIEL HANOTAUX

"Bacon."

DESEOS DE EMINENCIAS

El *Morning Post* exigió á algunos eminentes escritores franceses le dijese cuáles eran sus votos de Año Nuevo.

Son muy curiosas las respuestas que se han dado, si se tienen en cuenta los esfuerzos que hacen los contemporáneos ilustres para aparecer á la altura de su reputación, por más que se conozca que representan su comedia. Trabajan por demostrar grandeza, generosidad, sublimidad; esto es, se adaptan á su leyenda.

Si á todos los eminentes se les pregunta qué desean para el Año Nuevo, no lo dirán; pero en el fondo desean más condecoraciones, más bombo, más puestos, acaso también más amores, y, principalmente, más dinero.—¿Quién puede saber los oscuros, ocultos, mezquinos, tal vez abominables deseos que surgen en el fondo del corazón de todo hombre? ¿Ni quién osará confesarlos?

Pero en estas pesquisas no se trata de sinceridades porque nadie puede hacerse hoy,—quizá nunca—no-

table á poder de sincero. Si así fuese, se vería realizada prácticamente la sentencia evangélica: *los últimos serían los primeros*.

Véase cómo los grandes escritores franceses contestan al *Morning Post*, con un fondo de altruismo encantador.

Rodin dice que "ojalá del exceso de mal de este año resulte el bien del año próximo." Benjamin Constant desea que "seamos activos sin agitación, orgullosos sin vanidad." Jules Claretie: "que 1899 nos permita realizar las esperanzas de 1901."

Rocheport, Drumont, el barón Legoux tienen esperanzas más precisas y más conciliables entre sí.

El último recuerda que hubo un Napoleón al principio del siglo, otro á mediados: que lo natural es que haya otro á fines. Razón de simetría.

Falta saber si la Providencia podrá colmar tantos votos y ajustarse, para bien de la Francia, á tan buenas indicaciones...

PRENSA AMERICANA

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA.—Hemos recibido los números correspondientes al 1º y 16 de noviembre del año próximo pasado.

En el último nos encontramos con un largo artículo necrológico relativo á Bolet Peraza, acompañado del retrato de éste. "En toda América, dice, es conocido su nombre y sus escritos literarios, su labor fecunda de periodista, su actividad de propagandista incansable en pro de las ideas que enardecieran su corazón generoso y activaran el movimiento de aquel cerebro organizado para la lucha, diéronle puesto de primera fila é hicieron recordar á cada paso su fama de polemista irresistible, que tocó y manejó todos los resortes honestos del periodismo moderno, haciendo sobresalir siempre su buen gusto literario, su claro talento y su ingenio perspicaz.—Ha muerto después de una labor meritisima...."

Vive, á Dios gracias, el distinguido compatriota, honrado con alto encargo de las Repúblicas centro-americanas. El generoso necrólogo de *La Ilustración* habrá de recibir galante esquila de gratitud, procedente de *West 84 St.*, 5, en donde reside, en Nueva York, el escritor venezolano.

EL MERCURIO DE AMÉRICA trae, entre las notas literarias, algunos apuntes de Berisso, de los cuales insertamos los siguientes conceptos:—"Lo rubricado en París é impreso en esa lengua universal, tiene un influjo decisivo, hasta sobre el criterio de los espíritus más ponderados. Recordaré al respecto, un caso singular: Hace dos años, Pedro Emilio Collenvió á Buenos Aires un volumen suyo, intitulado *Palabras*. De los estudios críticos que contenía, llamaron mi atención los dedicados á los Goncourt, á Bourget y al poeta colombiano José Asunción Silva. Como los encontrara buenos, lo manifesté así á varios compañeros, los cuales los juzgaron malos. El envío venía de Caracas. Recientemente, el mismo Coll, que escribe hoy en el *Mercurio de France*, reprodujo en esa notable revista, dicho artículo, sin quitarle ni agregarle una coma; y ¡oh influencia de París, sobre los cerebros americanos!—ello sólo le ha valido la consideración y el respeto de sus antiguos aristarcos."

Publica también *El Mercurio* el artículo que insertamos á continuación, relativo á Arturo Michelena:

"Le conocí en París en 1885, en el taller—que yo no hice sino atravesar empujado por la suerte—del Maestro Jean Paul Laurens, en compañía de su compatriota el venezolano Cristóbal Rojas y del escultor chileno Arias, Eduardo Sívori fue su compañero de estudios.

Ninguno de estos cuatro estudiantes de arte, que representaban tres regiones sud-americanas en el taller de Laurens tan eminentemente francés, ha quedado en la oscuridad, pero dos han muerto ya en plena juventud como suelen morir nuestros artistas. No parecía sino que en esta raza en formación, las escasas flores del alma, abrieran sus corolas para perfumar por un momento la verja del sepulcro! Y efectivamente toda civilización está compuesta de innumerables tentativas, de un aluvión de aspiraciones arrojadas como un tributo á la voracidad de la sima; es lógico que la fosa se nutra de cadáveres.

De todos los artistas de nuestro continente, Arturo Michelena ha sido el primero en alcanzar la celebridad europea. La suerte le deparó esa justicia ya que sus días estaban contados. En realidad el pobre muchacho lo merecía! Era bueno, de una bondad sin tregua ni motivo, de la que le he visto sufrir hondamente pues compartí durante dos años la intimidad de su existencia. Si carecía de ilustración y de personalidad, poseía en cambio un magnífico temperamento de pintor; su retina era el instrumento de precisión perfecta al servicio de sus sensaciones, y

la técnica adquirida junto al Maestro Laurens no tenía nada que envidiar á otra técnica cualquiera. Cuando en 1887 expuso en el *Salón* sus dos cuadros "*Enfant malade*" y "*La visite elettorale*," dos obras de índole europea y esencialmente francesa, llamó tan poderosamente la atención del Jurado, que le arrancó por unanimidad una altísima recompensa, la segunda medalla, distinción rara que le colocó de golpe entre el grupo privilegiado de los artistas fuera—de—curso.

Algún tiempo antes me manifestó su inquietud conversando juntos con Cristóbal Rojas, amenazado de igual perjuicio; el asunto era sud-americano sencillito; el Dictador, que á la sazón se había hecho cargo de la salud del pueblo, hallándose en París, en algún "puésto de sacrificio," en el que alimentaba la sátira del "*Figaro*," no podía dejar de inmiscuirse en la conciencia y el estudio de los pensionados de Venezuela; su excelencia consideraba que era imposible estudiar pintura fuera de la clásica Italia—hubiera argumentado, si lo apuran, con el fresco testimonio de Rafael,—y hallaba que aquellos muchachos inexpertos perdían lastimosamente el tiempo en la más disoluta de las capitales; ambos artistas fueron á saludarle y recogieron esta amenaza: "Si no dejan París para ir á Italia se les suprimirá la subvención."

Michelena y Rojas no hallaban á qué santo encomendarse; el ridículo capricho les traía una perturbación terrible en sus estudios; ellos sabían cuán inconveniente sería dejar aquella enseñanza para enseñar orientarse de nuevo en Italia.—Pero ustedes no le han explicado? les dije.—Me miraron con lástima. "Fulanito no oye; ordena."—Y ustedes, qué van á hacer? salir de París?—"No, eso es imposible; desapareceremos por algún tiempo á ver si nos olvidan."

Ignoro dónde fueron; dejé de verles momentáneamente; sé que siguieron estudiando con ahínco y los dos tuvieron su recompensa; como si hubieran querido desmentir las previsiones del dictador, Rojas consiguió en el *Salón* de 1886 una Mención Honrosa y en el de 1889 su hermoso cuadro "Dante y Beatriz en la orilla del Leteo" fue premiado con Tercera medalla.

A pesar de estos repetidos triunfos, me temo que Michelena al menos perdiera la pensión, porque volvió á verle luchando con las contrariedades materiales de una vida difícil. Sé que durante largo tiempo un argentino residente en París, un estanciero con alma de caballero y gustos de artista, el señor Felipe R. Piñeiro—en cuya hospitalaria casa he conocido algunas celebridades—fue su providencia. (*) Piñeiro le ayudó eficazmente comprándole su cuadro "*La visita electoral*," y durante tres años consecutivos más que un amigo fidelísimo fue un verdadero padre, oportuno, tolerante y afectuoso.

Recuerdo que antes del último triunfo de Michelena en la Exposición Universal de 1889, este muchacho pasó por un momento de verdadera angustia....

Su amigo y protector vino en su ayuda con la oportunidad de siempre y lo embarcó con rumbo á Venezuela: el cambio de aire le fue propicio.

Entretanto su talento de artista le protegía: la última obra expuesta en la Exposición Universal de 1889 "Carlota Corday yendo al cadalso," ganaba los sufragios del Jurado y obtenía una Primera medalla, el premio más elevado al que pueda concurrir un extranjero.

Ignoro lo que opinaba entonces el dictador de marras, sobre aquellos jóvenes que trabajaban á pesar suyo tan eficazmente por la gloria y el provecho de Venezuela.

Aquel episodio novelesco de la historia de Francia, debía estar bien interpretado y sólidamente pintado para que en París, un jurado francés, votara la medalla de oro al pintor extranjero, que desde el fondo de la América venía á caracterizar la dramática figura de la audaz patriota.

El triunfo de Michelena era realmente completo.

Su cuadro histórico estaba ingeniosamente compuesto, el dibujo era suelto, fácil, lleno de espontaneidad, la coloración fresca y armoniosa. Un detalle dirá con elocuencia la fertilidad de su imaginación de pintor.

El cuadro representaba el momento en que Carlota Corday sale de la celda, después de haber posado para el joven oficial que obtuvo el singular permiso de retratarla antes del suplicio. La obra estaba hecha y Michelena no encontraba el modo de indicar al espectador, que Carlota había tenido la presencia de ánimo de examinar su retrato en aquel duro trance; al fin halló el recurso que resolvía victoriosamente la dificultad; supuso que Carlota había pisado un resto de

(*) Lo fueron también otros notables venezolanos residentes en París.—N. E.

pintura azul, de las que el pintor tenía en el suelo junto al caballete de viaje, y el rastro de su pisada iba desde el taburete del pintor hasta la puerta de la prisión en donde ella se disponía a salir. Ese detalle indicaba de la manera más evidente que Carlota se había acercado al retrato antes de abandonar el caballete.

El viaje de Michelena a Venezuela le resultó favorable en todos sentidos; precedido como iba de una excelente reputación de artista, fue acogido con entusiasmo por la sociedad venezolana; le llovieron encargos de retratos y de otras obras; demoró un año y la reacción fue tan completa, que volvió casado a París. Las altas recompensas obtenidas, le aseguraban una existencia desahogada á cubierto de la mala fortuna. Siguió trabajando con éxito; pintó allí otro cuadro hermoso que fue aplaudido por la crítica: la "Muerte de Penthesilea reina de las Amazonas" asunto decorativo que le dio ocasión de demostrar su maestría en el desnudo.

Ilustró algunos libros para importantes casas editoriales; entre otros, le vi hacer las ilustraciones para una edición de lujo de *Hernani* de Víctor Hugo.

Ultimamente, su salud quebrantada—nunca fue floreciente—le obligó á refugiarse en las montañas natales, en donde ha fallecido rodeado del cariño de los suyos y de la admiración de sus compatriotas.

Arturo Michelena ha muerto á los cuarenta años, cuando estaba en situación de producir descansadamente; al menos, su planta de artista, deja como el pie de Carlota la huella azul en la senda espinosa del arte por el alma sud-americana.

Corresponde ahora á los compatriotas de nuestro amigo, reunir su obra entera, como ejemplo de la toma de posesión de las regiones serenas del arte por el alma sud-americana.

Eduardo Schiaffino."

EL SOL DEL DOMINGO, DE BUENOS AIRES.—En él nos encontramos con un artículo titulado *El Cojo Caraqueño*, en el que á vueltas de algunas digresiones que denuncian á Rubén Darío, hay los siguientes párrafos que insertamos con gusto:

"Pero con estas digresiones he perdido de vista al Cojo; vuelvo á él. Ya os lo he dicho: no se trata de un Cojo ignorante; se trata de un Cojo Ilustrado. Afortunadamente su cojera no es crónica; cojea por temporadas. Suele pasar una ó dos quincenas sin dejar traslucir su defecto orgánico; pero de repente vuelve á las andadas.....

Que no es un cojo vulgar de los tantos que pululan por estas calles, lo prueba su enorme biblioteca, especie de arca de Noé, donde están los más raros ejemplares de la flora literaria. En ella se codean clásicos, románticos y modernistas. Al lado de la *Biblia*, de la *Divina Comedia* y de los *Dramas* de Shakespeare; el *Manual de Literatura* de Gil y Zárate, el *Diccionario de Galicismos* de Baralt y las populosas estrofas de don Abigail Anémico, digo, Lozano. Junto á las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, los discursos demagogos de Andueza; Rachilde, frente á doña Mercedes Cabello; Voltaire y Valbuena dándose la mano con Saint Beuve y Pedro Pablo Figueroa. Después sigue una pila enorme de diccionarios, de gramáticas, de apuntaciones críticas al lenguaje, de textos de retórica y métrica:—Cuervos, Caros, Marroquines, toda la familia de etimólogos y filólogos que comienza en Coll y Vehí y remata con Eduardo de la Barra. Y coronando la cúspide grotesca, sobre el estante superior, "sobre todas las liras, saludado con el fervor de todas las alabanzas, más alto, más alto," con el mote en letras de oro de LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR, se destaca el Diccionario de la Real Academia. Cada vez que se suscita una discusión filológica ó gramatical se apela en última instancia al mamotreto. El Cojo trepa ágil por la escalera de pino fabricada expresamente, lo baja con sumo cuidado, tal como el sacerdote la sacra custodia, y después de sacudirle bien el polvo, se lo pasa á Calcaño, el cual, colocándose las gafas y arrellanándose en la poltrona, lo abre solemnemente y pronuncia su fallo inapelable: "PRETENSIVO, nó, sino PRESUNTIVO." Y satisfecho de su victoria se suena con estrépito.

De las paredes sombrías de esta biblioteca, y haciendo digno pendant con el vetusto mobiliario, negro como sotana de fraile, cuelgan las efígies de Canete, Grilo, Velarde, el Conde de Cheste y demás megaterios. Allí se reúnen los Calcaños, los Gutiérrez Coll, Güell y Mercader, doña Josefa Pujol de Collado y Polita de Lima, quienes acorralan al Cojo y le echan en cara su debilidad al dar entrada en una revista seria á los *decadentes*, "esos desgraciados, esos locos, esos chiflados imitadores de los del barrio latino, que están prostituyendo el arte americano y la hermosa y sonora lengua castellana."

Contiguo á este salón gris, hay un pequeño gabinete azul, adornado con un busto en mármol, de Víctor

tor Hugo, cuadros de Gustave Moreau, dibujos de Schneider y Felicien Roops y retratos de Verlaine, D'Annunzio, Huysmans, Mallarmé y Remy de Gourmont. Este es el cánculo donde se reúnen los jóvenes que reflejan allí el movimiento artístico moderno: Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés Mata y Rufino Blanco Fombona, quienes á su vez interpelean seriamente al Cojo por sus veleidades retrógradas, amenazándole con una desersión en masa, si no excluye de sus columnas á todas esas momias pedagógicas.

Las quejas se suceden casi diariamente. Los jóvenes protestan cada vez con más energía; los viejos permanecen empotrados en sus tradiciones seculares. Se inicia la lucha del espíritu nuevo contra el viejo. Surgen discusiones agrias; las voces se alteran; las protestas suben al diapason del grito; menudean los sarcasmos; víase la frontera divisoria; á las palabras sucedense los gestos amenazantes; el Cojo empalidece, presintiendo una catástrofe; y, aturrido, consternado, tambaleante, corre de un punto á otro, dando explicaciones, calmando los ánimos, para tener la fiesta en paz. Pero *alea jacta est*, la suerte está echada, y todos sus esfuerzos son impotentes para dominar la refriega. Las amenazas se convierten en hechos; salen á relucir las armas; la juventud, teniendo de su parte la agilidad y la fuerza, lleva la ventaja. Los libros se cruzan como balas; Calcaño grita con voz afónica: DECADENTES!; Mata con su voz de clarín, le responde: FOSILERS!; y la lucha se empeña en toda la línea. Blanco Fombona arroja la *Gramática* de Bello al vientre de Güell y Mercader y dá en el blanco; Mata enarbola el *Diccionario de Galicismos* de Baralt y lo sacude sobre las espaldas de Calcaño, hasta dar con él en tierra, y mientras un sólido libro de Mauricio Barrés, esgrimido por la mano certera de Díaz Rodríguez va á revolver en la cabeza hueca de un académico venezolano, que suena como un parche de tambor, Pedro Emilio Coll derrumba de sus estantes los setecientos volúmenes de Cuervo. Los combatientes quedan sepultados bajo esa avalancha de infolios, en medio de un huracán de voces y de gritos.....

Al siguiente día, el Cojo, como si nada hubiera pasado, vuelve á circular muy orondo por las calles de Caracas, reflejando el pensamiento de Matas y de Cuervos."

Quedamos agradecidos al autor, á quien correspondemos su mención festiva, con notas de la misma índole, que desde luego irán á cargo de nuestro amable colaborador señor E. Villamediana, antiguo Redactor de VELIS NOLIS.

LA ILUSTRACIÓN NAVAL Y MILITAR, de Buenos Aires, revista quincenal dedicada á la armada y al ejército, y la *Revista de Quito*, también nos han venido por el paquete del Pacífico.

EN HONOR DE LAS LETRAS AMERICANAS

Con gusto publicamos á continuación dos cartas dirigidas á nuestro asiduo colaborador Sr. Luis Berisso; la una es del notable crítico francés Remy de Gourmont, y la otra del insigne poeta español Gaspar Nuñez de Arce.

París, 28 de Octubre de 1898.

He sido muy feliz, señor, al recibir vuestro *Pensamiento de América*.

He encontrado en él los más preciosos datos sobre la marcha de la literatura y del arte en un vasto país cuyos esfuerzos intelectuales nos son tan mal conocidos.

Habéis querido agregar á esta bella obra, vuestra notable traducción de *Belkiss*, y por ello también os doy las gracias.

Estoy igualmente muy reconocido por los sentimientos que me expresáis, así como por el recuerdo muy benévolo de vuestro amigo el Sr. Víctor Pérez Petit, á quien os ruego déis las gracias de mi parte. Creed, Señor, en las vivas simpatías literarias de vuestro afectísimo colega,

REMY DE GOURMONT.

Sr. D. Luis Berisso.

Buenos Aires.

Muy distinguido señor mío:

He recibido los dos libros que ha tenido usted la bondad de enviarme, *El Pensamiento de América* y la traducción de *Belkiss*, del poeta portugués Eugenio de Castro.

El estado de depresión de mi ánimo, producido por las desdichas de mi patria, y mis múltiples ocupaciones, no me han permitido contestar á usted antes dándole gracias por su muy estimado obsequio.

Hoy lo hago gustoso cumpliendo con un deber de gratitud y para felicitarle por sus trabajos, en que

revela usted sus grandes condiciones de escritor enérgico y brillante.

He tenido viva satisfacción en leer sus obras y no es menor la que siento al manifestárselo con la sinceridad que me es propia.

De usted afectísimo y seguro servidor,

Q. B. S. M.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Madrid, Noviembre 4 de 1898.

CRIMINALOGÍA

LOS PROCESOS CRIMINALES DEL SIGLO.—Las grandes causas criminales tienen su destino, como los libros y el ruido que hacen no siempre está en razón directa de su interés dramático, de la importancia de sus víctimas ó acusados, ni aun de la influencia que han tenido sobre la época en que se han desarrollado.

Un ejemplo: no hay en la historia atentado más inaudito, más abominable, más lleno de horror trágico que el asesinato de la Emperatriz de Austria por Luccheni; sin embargo, el proceso de ese miserable ha pasado casi inadvertido. Y todo porque el universo entero está preocupado en saber si un capitán de artillería francesa, no hace mucho obscuro oficial, ha entregado ó no documentos á una potencia extranjera.

Nunca asunto judicial ha hecho tanto ruido. ¿Se debe á la importancia del condenado?—Seguramente que no.—¿A la infamia del crimen?—Tampoco; las traiciones son muy raras, pero el caso de Dreyfus no es único en los anales franceses. En esa agitación inaudita, internacional, universal, hay algo de misterioso, de fatídico, casi de fantástico.

La prueba de que ciertas causas hacen más ruido que el que merece su interés intrínseco, es que el proceso criminal que ha provocado más polémicas, hecho ennegrecer más papel, suscitado las discusiones más vivas y más acerbas en este siglo, salvo el proceso Dreyfus, ha sido el de Lafarge.

Un coleccionista original ha empleado treinta años en recopilar los escritos inspirados por esa cuestión, tan banal en sí misma; y ha reunido once mil piezas! artículos de periódicos, folletos, libros de todos los formatos...

Mme. Lafarge, mujer joven, escéntrica, romántica pasablemente *detrachée*, como si dijéramos, neurótica, casó por intermedio de una agencia, con un herrero del Limousin, un burdo burgés, de los que comen sopa con tenedor y cuchara y guiñan el ojo, frotando el pulgar contra el índice, cuando hablan de dinero. Un día murió envenenado y los médicos le encontraron arsénico en los intestinos. Mme. Lafarge fue acusada y llevada ante el tribunal de Tulle. Había tan poco, tan poco arsénico en el cuerpo del difunto, que se la ila á absolver cuando intervino M. Orfila y declaró que la cantidad infinitesimal de veneno descubierta laboriosamente por sus expertos era suficiente para envenenar á un herrero normalmente constituido.

No hubo sabio en las cinco partes del mundo que no abordase á este respecto las más delicadas cuestiones de toxicología.

Mme. Lafarge fue condenada á prisión perpetua, pero inmediatamente gentes de todo rango y de todo valor se interesaron por rehabilitarle: al principio fue un joven abogado, después ilustre, Mr. Lachaud, que estaba perdidamente enamorado de aquella extraña criatura, espiritual, seductora, más que bonita... Fue luego el célebre Raspail, quien veía arsénico por donde quiera y que se ofreció á probar que había tanta cantidad de esa sustancia en el sillón del presidente del tribunal de Tulle como en las entrañas del desdichado Lafarge.

Mme. Lafarge se hizo tan interesante, que su prisión se convirtió en perpetuo veraneo, hasta que el Emperador la agració en 1859.

—Después de este proceso el que hizo mover más plumas y más caracteres de imprenta fue el de Tichborne.

Un joven se presentó en Inglaterra como heredero de un nombre honorable y de una gran fortuna. Otros herederos denegaron su estado civil y afirmaron que abusaba de una semejanza: era un falso Tichborne, así como Mathurin Bruneau y Naundorff eran falsos Luis XVII. El triunfo del "pretendiente" le habría asegurado una suma inmensa; por tanto, encontró inmediatamente numerosos partidarios. Hubo meetings, como si se tratase de la salud de Inglaterra. Los abogados del pretendiente injuriaron al *lord-chief* de justicia, lo que jamás se había visto en el Reino Unido; otros debieron su fortuna política al papel que representaron en el asunto.

—Hace como cuarenta y cinco años, un gentilhomme belga puso en movimiento á todo el mundo científico con la muerte de su cuñado, á quien envenenó con nicotina. El crimen en sí mismo era dramático; M. de Bocarmé había hecho tomar á la fuerza el veneno á

su infortunada víctima, enferma y estropeada, y la sustancia era tan corrosiva, que la lengua y las entrañas del infeliz presentaban el aspecto de materias calcinadas; el gran interés del asunto estaba en que por primera vez se empleaba la nicotina como instrumento de un delito. De allí tomaron pie los detractores del tabaco así como sus apologistas para emprender una verdadera campaña de denuestos é injurias.

—Ha habido también en el siglo grandes é inolvidables procesos políticos, como el del Mariscal Ney, el de Labédoyère, los de los ministros de Carlos X y tantos otros, pero se habló de ellos fuera de Francia mucho menos que de algunos juicios de derecho común, como el de Fualdès,—que citamos en uno de nuestros números anteriores,—y el de Léotade.

El primero, un asesinato cometido por un burguesillo en una aldea del Aveyron, conmovió de tal manera á los pueblos civilizados, que se ocuparon de él todas las canchillerías y todas las cortes.

Por ahora, el *record* de todas estas causas pertenece á la de Dreyfus: probablemente dentro de un año nadie pueda explicarse cómo ha producido tan monstruosa resonancia.

PANAMA-NICARAGUA

El aviso que ha circulado por el mundo de que los Estados Unidos se preparan á tomar á su cargo la apertura del canal de Nicaragua, ha conmovido á la prensa francesa y ha venido á agregar nuevo motivo á las exaltaciones que va para un lustro traen agitados á los diaristas de la patria de Lesseps.

Georges Thiébaud ha tomado en *Le Gaulois* la iniciativa de la nueva campaña, en favor de los intereses é influencias de la Francia. Advierte que desde hace quince meses que el asunto Dreyfus se ha arrojado á la trivialidad de unos y á la incontinencia de los otros, la Francia no presta atención á otra cosa. Acontecimientos que en otro tiempo habrían tenido cierta importancia, pasan, como hechos de crónica ligera, casi inadvertidos. Apenas si el incidente de Fachoda, tan grave en sí, ha rizado la superficie del pueblo, de ese pueblo que decae á la posta, sin que se dé cuenta de su mengua.

Hoy, continúa Thiébaud, en tanto que Marchaud y Baratier, oprimos por la ira del corazón y llenos de lágrimas los ojos, toman la retirada desesperados de ver flotar el pabellón británico en donde ayer no más flameó el pabellón que ellos clavaron al precio de tanto heroísmo inútil, otro desastre de la influencia francesa se elabora y se prepara bajo otros cielos. Se trata del canal interoceánico de Nicaragua, cuya apertura está á la orden del día en las resoluciones del Congreso norte-americano.

La apertura del canal de Nicaragua por los americanos es el abandono definitivo del canal de Panamá, "tan cobardemente abandonado por el gobierno francés."

Cuando habría bastado un poco de energía para concluir aquella grande obra, como bastó antes para terminar á Suez, por un instante tan comprometido como la empresa de Panamá, el gobierno francés, siempre asediado por sus sempiternos magistrados, sacrificó como de costumbre los intereses permanentes de la Francia á las necesidades inmediatas de sus áulicos.

Pronto llegará la hora en que sea necesario retirarse de Panamá como se retiró la Francia de Fachoda.

El proyecto de apertura del canal de Nicaragua es lo que en el juego de pócker se llama un *bluff* á la americana.

Los yanquis no han tenido la intención formal de emprender esa obra, infinitamente más difícil y más aleatoria que la conclusión pura y simple del Panamá, ya abierto más que á la mitad y que tiene en pie todo lo necesario á la apertura definitiva.

El canal de Nicaragua tendría una longitud mínima de 175 kilómetros; el canal de Panamá no tiene sino 72. En el primero se aprovecha el lago del mismo nombre, al que la intransigente naturaleza ha colocado á cuarenta metros de altura sobre el nivel de los océanos; Panamá puede perforarse á nivel, para lo cual no se necesita sino dinero, que es lo que les sobra á los Estados Unidos.

El canal de Nicaragua tiene obligadamente que contar con el río San-Juan-del-Norte, cuyo curso es más caprichoso é indisciplinado que el del río Chagres, ya afluente de Panamá.

Nicaragua necesitaría, de urgencia, crear dos puertos terminales en cada océano; mientras que Panamá tiene Colón sobre el Atlántico y Panamá y la rada de las islas Naos en el Pacífico.

Nicaragua tendría que luchar con la Cordillera, en una sección en que las explosiones volcánicas y los temblores de tierra son en extremo frecuentes y constituyen un peligro permanente para una gran vía de navegación; Panamá está situado en un punto en donde la Cordillera no es más alta que Montmartre.

El clima de Nicaragua no cede en nada al de Panamá; el régimen de las lluvias y del sol es tan pernicioso á los grandes trabajos y á la obra de mano, en uno y otro punto, como en los peores cenagales.

En Nicaragua, la instalación de una empresa de perforación, con todo su material, cuarteles, talleres, almacenes, vías férreas absorbería como en Panamá la mayor parte del capital; en tanto que en el último punto todo está listo: no falta sino dar ordenes y pagar.

¿Podrían vacilar los Estados Unidos?

El plan yanqui es fácil de penetrar, porque no han tenido otro desde hace diez y siete años.

Consiste en amedrentar á los franceses, con la amenaza de una concurrencia en Nicaragua, á fin de arrebatarles á Panamá por un pedazo de pan.

Los Estados Unidos, después de haber arrojado á España de la América Central, piensan que el momento es precioso para rechazar á su vez á la Francia.

Vamos á sufrir el *hodie tibi cras mihi* anunciado por los profetas.

Ya en 1885, á propósito de una sedición que estalló en las canteras del canal, por un asunto de salarios, los Estados Unidos se abrogaron el derecho de intervenir "en nuestra propia concesión" y desembarcar tropas en Panamá, en donde permaneció durante varias semanas á pretexto de mantener el orden, un cuerpo de artillería.

"En 1885, el prestigio de nuestro país estaba seguramente debilitado, menos desacreditado, menos desprezado ay! que ahora."

Piénsese si cejarán los Estados Unidos, cuando embriagados por el triunfo sobre España, ven retroceder al mundo latino ante el mundo anglo-sajón y presencian la lamentable delicuescencia del Estado francés, cabeza y brazo de la gente latina en ambos hemisferios.

Sin embargo, concluye el redactor de *Le Gaulois*, el hecho de habernos propuesto el *bluff* irónico de Nicaragua, es todavía una muestra de consideración que nos da nuestra grande hermana la gran república.

Unos días más, y acaso algún congresista de Washington lance la idea de que hay que entrar en negociaciones con la Francia para que evacue á Panamá.

Ya los grandes periódicos de Nueva York, que no se paran en gastos cuando se trata de un buen reportaje, han enviado hace algún tiempo relatores especiales al istmo de Panamá, con el objeto de que relaten el verdadero estado de las cosas.

"Y, entre tanto, nosotros, constituidos en nuestros propios detractores, arrastramos á las gemonías á los infelices ingenieros que perdieron la primera batalla, tratando de llevar el nombre francés al Nuevo Mundo....."

NUMEN (*)

La noche blanca;
la noche blanca, con un siniestro blancor de hielo.
La noche muda;
la noche muda cual las auroras de un mundo muerto.
La noche triste;
la noche triste como el ambiente de un cementerio.....
La noche blanca, la noche muda, la noche triste sobre la angustia de mi cerebro!

Y en esa noche, sobre la nieve,
—efústica y fría como el desprecio—
con el delirio de los horrores en las ideas,
con el martirio de las asfixias dentro del pecho,
yo caminaba
—¡siempre subiendo!—
con vacilante paso angustioso,
con angustioso paso muy lento.

(*) El original que se nos ha remitido dice: "Para El Cojo ILUSTRADO"; pero ya sabemos que fue también "Inédita" para otro periódico de Buenos Aires, en el cual hemos visto publicada esta misma composición.

Estaba solo,
y allá á lo lejos
iba marchando la caravana,
la caravana de mis ensueños.....
Iban marchando como fantasmas sobre la nieve!
Iban marchando siempre adelante, siempre más lejos!...

Cuando de pronto,
(¿fue una quimera que se forjaba
la fiebre intensa de mi cerebro?)
cuando de pronto, bajo el espanto de aquella noche,
sobre el sudario de aquel desierto,
apareciste.....
Tú, que violabas así el misterio
de tu sepulcro!
Tú, que á mi encuentro
fuiste avanzando, pálida y bella,
como solas allá en tu sala y en otro tiempo!

Pusiste en mi hombro tu mano suave,
tu cariñoso brazo en mi cuello;
junto á mi boca
tu ardiente aliento.....
Sentí la vida que circulaba
robusta y ágil entre mi cuerpo!

Con paso breve,
con paso breve seguimos luégo.
Y así salvamos todas las cimas;
y así llegamos del viaje al término.....
Fue un viaje largo;
fue un viaje inmenso.
Y atrás dejamos la caravana,
la caravana de mis ensueños.....
que allí quedaban como fantasmas,
que allí quedaban, siempre más lejos,
agonizando bajo el espanto de aquella noche,
agonizando sobre el sudario de aquel desierto!

DARÍO HERRERA.

Buenos Aires—1898.



El retrato del Cristo

M. Boyer cree haber descubierto un retrato de Cristo, casi contemporáneo del mismo Redentor.

Está en una medalla que compró en Roma, por dos centavos, en un remate de objetos viejos.

El descubridor hace la siguiente descripción de la medalla.

"En el anverso está inscrito el nombre de Jesús, en hebreo. En el reverso, también en hebreo, se lee esta leyenda: *El Mesías, el Rey, vendrá en paz: él es la luz de los hombres, encarnada, viviente.*

¿Vendrá esta medalla de los tiempos de la primitiva Iglesia? Por lo menos, esa es la impresión que produce aquella cabeza, tan divina, que en nada se parece á los tipos alterados que nos dan pinceles y buriles de maestros que no han reproducido sino sus propios sentimientos personales. Sin duda que es éste un documento auténtico, directo y prototípico. Toca á los sabios resolver la cuestión:

Y los sabios se han ocupado de ella.
M. Lebrain ha examinado los caracteres hebraicos que llevan ambas caras de la medalla, y ha notado ciertos errores que no habría cometido ningún artista que conociese bien el hebreo. Si al reverso se lee: *El Mesías, el Rey, venido por la paz; él es la luz...*, el resto no se comprende: se diría que el artista ha copiado los caracteres sin entenderlos y que, por tanto, los ha desfigurado.

"Si yo me atreviese á dar una opinión, de ligero, diría que esta medalla me parece bonita como un producto del Renacimiento."

M. Eugenio Muntz es todavía más preciso:
"Para mí no hay duda, es una medalla del siglo XVI. No hay que olvidar que la edad media no acuñó medallas. Sería, pues, necesario admitir que ésta pertenece á los primeros tiempos del Cristianismo; y las medallas de aquella época son muy diferentes."

Es, pues, necesario resignarse á suponer que ese retrato no es reproducción de ningún documento prototípico.

Influencia de los fenómenos cósmicos en la historia de los pueblos

En un curioso artículo que publica una revista alemana de ciencias naturales, el autor trata de probar que no solamente los episodios guerreros de la vida de los pueblos, sino también sus conquistas intelectuales, científicas y literarias, están sometidos á la influencia del clima y de la temperatura, que dependen á su vez del movimiento periódico de las manchas del sol.

Esta tesis no tiene nada de inaceptable, pues todo el mundo admite que las diversas manifestaciones de la vida, sobre nuestro planeta, tienen su origen en el calor que recibimos del sol, principio de toda fuerza.

Aplicando esta noción general á la crítica histórica, el autor recuerda que el gran período solar se produce bajo la acción de los planetas Júpiter, Saturno y Urano y que su duración es de ciento once años. Y, según las estadísticas que han sido practicadas en toda la serie de la historia, los ciento once últimos años encierran dos períodos artísticos y científicos producidos más ó menos cada veinte y siete años.

Particularmente en la historia de Francia, el autor ha trazado una curva ondulada que responde exactamente á la curva de las manchas solares; y prueba que las épocas de guerra y de paz han sido de veinte y siete años.

Teniendo en cuenta, que además de estas cuatro subdivisiones del período de ciento once años, hay también, en el mismo intervalo, pequeños períodos menos importantes, de once años cada uno, se obtiene una cifra de veinte y dos años para la vuelta alternativa de las épocas en las cuales la actividad nerviosa de los pueblos les induce á la guerra ó los hace desear la paz.

Hé aquí un nuevo principio de psicología social. Esperamos que algunos historiadores, seducidos por esta aplicación de la astronomía á la vida de nuestro mundo sublunar, tratarán de probar, ó de contradecir la ley por el estudio de los hechos.

En busca de Andrée

¿Qué ha sido de la expedición Andrée? han perecido en alta mar ó entre los hielos del polo los valientes exploradores que no vacilan en lanzarse á la más aventurada de las empresas sólo por el progreso de la ciencia? ¿viven aún perdidos en el inmenso desierto de la zona ártica, alimentándose penosamente por prodigios de industria y gracias al producto de la pesca? La ausencia prolongada de noticias autoriza los más siniestros pronósticos. Andrée partió el 11 de Julio de 1897 y hasta ahora no se ha recibido sino un mensaje auténtico del audaz aeronauta, mensaje fechado el propio mes. Aquel día el globo se encontraba á 225 kilómetros del Spitzberg. Desde entonces el misterio más completo envuelve la expedición y hay que atenerse á los datos que la ciencia suministra.

Según M. Ekholm, Andrée no ha salido de la zona ártica. Las leyes atmosféricas y la dirección seguida por el aerostato durante los dos primeros días del viaje inducen á pensar que el globo no ha avanzado hacia el norte sino describiendo una serie de zig-zags. Se calcula en treinta y tres días el tiempo necesario para atravesar el casquete polar, admitiendo la velocidad constante de 110 kilómetros por cada veinte y cuatro horas, velocidad obtenida en los dos primeros días del viaje. De las observaciones de M. Ekholm se desprende que el globo no podía flotar más de seis días, y sacrificando la barquilla diez y seis ó diez y siete: esta hipótesis parece confirmada por los hechos. Si Andrée hubiese abordado la región vecina al estrecho de Behring estaría de vuelta desde hace tiempo. Desembarcando á fines de Agosto de 1897 sea en el nordeste de la Siberia, sea en el nordeste de la América, habría encontrado los Tchou, tes ó los Esquimales que lo hubieran transportado á las primeras estaciones rusas ó americanas. El ingeniero sueco Stalling ha recorrido gran extensión del litoral norte de la Siberia sin encontrar rastro de los aeronautas. De la América boreal no hemos recibido ninguna noticia. Si contrariando la hipótesis de M. Ekholm, Andrée ha llegado al Asia septentrional ó al norte del Canadá, hay que temer que perezca de frío ó de inanición antes de juntarse á los indígenas, como aconteció en la desembocadura del Lena á los tripulantes de la *Juanita*.

Por otras regiones los pronósticos no son más favorables. Según la dirección de los vientos reinantes en el Spitzberg septentrional se cree que durante el 13 de Julio de 1897 el globo fue arrojado hacia el nordeste. Se presumía que Andrée alcanzase antes del invierno la estación de víveres del cabo Flora en la costa meridional de las tierras de Francisco José; pero la inquietud se apodera de los ánimos al saber que por estos parajes no hay rastro de los valerosos aeronautas.

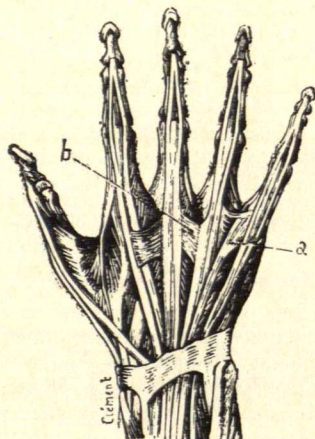
Del Spitzberg no son mejores las noticias. Durante el último verano una misión sueca dirigida por el Dr. Nathorst ha explorado este archipiélago examinando escrupulosamente las playas con la esperanza de encontrar los esqueletos de palomas viajeras vueltas á su albergue con algún despacho de los aeronautas.

Estas islas famosas en la historia de las exploraciones presentan actualmente el espectáculo de la má-

triste devastación. El cobertizo donde el globo fue inflado se encuentra destruido por las tempestades y sus ruinas cubren el suelo con aterrador aspecto.

Para terminar la revista de las tierras polares diremos que ni en la Groenlandia se ha señalado la presencia de Andrée. Hacia este lado debe volver pues, como lo demuestra el célebre viaje del *Fram*, los hielos polares son arrastrados, por una lenta deriva de las aguas, del surdeste al noroeste de las islas de la Nueva Siberia en la Groenlandia oriental, y arrojados en seguida hacia el sur de esta última tierra. La corriente que baña la costa este de la Groenlandia es el exutorio de la cuenca ártica, que ha restituido los despojos de la *Juanita* y acaso nos dará algún día la llave del doloroso misterio que nos angustia.

CHARLES RABOT.



Los dedos de los pianistas

Para adquirir el talento de la ejecución, el músico debe poseer una gran ligereza en la mano y gran destreza en los dedos. El aprendizaje se hace duro, penoso y largo. Para el violín y los instrumentos similares la mano izquierda es la que mayor agilidad requiere; pero para el piano la requieren ambas manos. Se necesita, pues, comenzar con tiempo el aprendizaje y someter diariamente á los niños á tan penoso ejercicio, para poder conseguir que sean, cuando no prodigios, por lo menos pasables ejecutantes.

Algunos, fuera de toda aptitud musical, se muestran rebeldes á este ejercicio; después de muchos años conservan siempre la mano torpe y los movimientos de los dedos no llegan á ser jamás completamente independientes.

El doctor Forbes, médico de Filadelfia, ha ideado para remediar ese inconveniente, una pequeña operación.

Algunas líneas de anatomía la harán comprender mejor.

Los movimientos de los dedos están asegurados en la flexión por dos músculos, uno superficial y otro profundo: el flexor común superficial y el flexor común profundo, los cuales nacen en el antebrazo y terminan en los cuatro últimos dedos.

El pulgar, por razón de sus movimientos de independencia y de oposición, tiene músculos propios en la faz palmaria y en la faz dorsal.

Estos dos músculos flexores terminan en tendones que se insertan en la concavidad del carpo y van á los dedos: los tendones del flexor profundo pasan á través de la división terminal de los tendones del flexor superficial y llegan hasta la última falange.

El movimiento opuesto, que es el que nos interesa, se efectúa por medio de un músculo, el extensor común de los dedos, el cual sale del antebrazo y termina en tendones independientes para cada uno de los últimos cuatro dedos. El pulgar tiene también, en la faz dorsal, músculos propios. El meñique tiene, por su parte, un músculo suplementario, el extensor propio del meñique, cuyo tendón se ata al del extensor común. Estos diversos músculos tienen por objeto, como lo indica su nombre, extender la tercera falange sobre la segunda, ésta sobre la primera, la primera sobre el metacarpo y la mano sobre el antebrazo.

La independencia del movimiento de cada dedo, que parece bien asegurada por un tendón distinto, no lo está, sin embargo. Entre estos tendones terminales y sobre todo, entre el meñique, el anular y el medio, existen tendoncillos accesorios que se ligan unos á otros (a y b). Hay también pequeñas lengüetas anastomóticas que pueden sufrir un desenvolvimiento exagerado y formar entre los tres tendones una unión íntima, por medio de una especie de lámina fibrosa.

Es esta disposición anormal de los tendones accesorios, frenos aponeuróticos, la que ha señalado Forbes como causa seria de obstáculo al movimiento perfecto de flexión, de extensión y sobre todo á la independencia del anular. Suponiendo los tendones accesorios dobles, como se ven en el grabado, si se doblan el índice y el medio, el anular casi se ve obligado á seguir el mismo movimiento. Para evitarlo, Forbes hace una pequeña operación muy sencilla, una sección sub-cutánea de estos frenos.

Con precauciones de asepsia, siempre le ha dado excelentes resultados en multitud de individuos que se han sometido á ella.

Altura de las nubes

En la Conferencia meteorológica de Munich, en 1891, se formó un comité para el establecimiento y la dirección de estaciones especiales, con el objeto de observar las nubes, y algún tiempo después, en la reunión del Comité internacional de meteorología de Upsala, se decidió que se harían observaciones regulares durante un año á partir de mayo de 1896.

M. Hildebrandson, director del Observatorio de Upsala, acaba de publicar las observaciones hechas durante este período, y que comprenden cerca de tres mil medidas de las alturas y de las velocidades de las nubes, hechas por medio de la fotografía.

Estas observaciones muestran que la variación anual de la altura media de las nubes es muy pronunciada, con un máximo durante los meses de junio y julio, y un mínimo en invierno.

En el verano, la altura media de los cirrus es de 8.176 metros, y la de los cúmulos de 1.635 metros. Las nubes superiores ó intermediarias son más bajas que en el Observatorio de Blue-Hill (Massachusetts) pero las formas bajas se mueven casi en el mismo nivel.

La velocidad de las nubes superiores es mayor que la de las bajas y la velocidad de todas las nubes en general es mayor en el invierno que en el verano.

El puerto de Londres

En un artículo de *Leisure Hour*, sobre "el mayor puerto del mundo," M. Gordon da algunas cifras que asombran.

En la utilidad total de las aduanas inglesas, que es de 550 millones de bolívares, 240 son producidos por el puerto de Londres, es decir que da tres veces más que Liverpool, seis más que Bristol, ocho más que Glasgow y veinte más que Belfast.

Londres importa 3.890 millones de bolívares de mercancías, en tanto que la cifra correspondiente á Liverpool, no es sino de 2.620 millones. Es verdad que Liverpool exporta 2.250 millones, y Londres no exporta sino 2.075 millones.

En Londres, el principal producto de importación es la lana, que representa anualmente un valor de 450 á 600 millones, y en seguida el té con 250 millones de bolívares.

El telescopio de 1900.

En una revista francesa publica M. A. W. Dérrery todos los detalles relativos al telescopio gigantesco que constituirá una de las maravillas de la próxima Exposición de París y que realizará, en cuanto sea posible, el proyecto de "la luna á un metro," en cuya efectividad se ha esforzado tanto M. Deloncle.

"Todavía no veremos la luna á un metro—dice sonriendo M. P. Gautier, el sabio ingeniero que dirige los trabajos de la Exposición,—pero pronto habremos de verla.

"Efectivamente, con este telescopio apenas cien kilómetros nos separarán de nuestros satélite; distancia ínfima, si se piensa en los espacios incommensurables, en las prodigiosas dimensiones de los planetas que divisamos á simple vista. Para llegar á tan maravilloso resultado, ha sido preciso fijarse definitivamente en el siderostato de Foucault, provisto de un anteojo cuya distancia focal no tiene menos de 60 metros.

El siderostato se compone de un pie de hierro fundido sobre el cual se ha montado un espejo móvil y animado de un movimiento regulado de relojería, el cual permite seguir el movimiento de los astros. De esta manera el anteojo permanece inmóvil, lo cual constituye el punto capital.

Hay que hacer girar en todos sentidos un enorme tubo de acero de 1.50 m. de diámetro y que pesa 21.000 kilogramos, lo que constituye el anteojo, cuyos objetivos tienen 1.25 m. de diámetro, dispuestos en cilindros que pesan 900 kilogramos.

Por las cifras dichas, puede calcularse el aspecto monumental del aparato y las dificultades materiales que hay que vencer para llegar á un completo resultado.

El espejo del siderostato, sobretudo, es una verdadera maravilla. Ha sido fabricado en las espejerías de Jeumont, con precauciones infinitas y ha sido necesario un horno especial para la inmensa masa de vidrio que lo constituye. Esto sin contar con los cuidados que requiere el pulimento de tan ancha superficie

Cristalización de la albúmina

La albúmina, cuyo papel es tan importante para la vida animal y para la vida vegetal, había sido considerada por todos los sabios como un principio mal definido, de diversos cuerpos incristalizables. Y así, como la gelatina, la albúmina y cuerpos análogos (legumina, caseína, etc.) no parecía susceptible de cristalizarse.

M. Hofmeister anunció, hace algunos años, que había obtenido albúmina cristalizada, pero es necesario confesar que este trabajo pasó casi inadvertido, pues albúmina y cristalización parecen dos cosas incompatibles.

Este procedimiento fue simplificado y perfeccionado por M. M. Hopkins y Pinkus, y ahora todo el mundo puede hacer muy fácilmente albúmina cristalizada.

El procedimiento se resume en lo siguiente: acción sobre las claras de huevo de una solución saturada de sulfato de amoníaco con una pequeñísima cantidad de aceite acético. Se produce un precipitado de albúmina formado de finas agujas bien definidas, sin materias amorfas. Se disuelve de nuevo en el agua y se repite varias veces la misma operación.

El producto cristalizado representa el 40 p₁₀₀ del peso de la albúmina contenida en las claras de huevo empleadas.

La máquina de pulir desgasta el vidrio con mucha lentitud, apenas un milésimo de milímetro; el mismo obrero que trabaja en ella, retiene el aliento, por temor de remover la atmósfera que influye sobre la textura.

En semejante telescopio podrán fotografiarse con toda comodidad los paisajes de la luna, puesto que el aumento es 10.000 veces mayor que en los telescopios que se conocen hasta ahora.

Nuevo fusil austriaco

En el ejército austro-húngaro se ha adoptado un nuevo fusil de ocho milímetros de calibre y que no pesa sino 3,3 kilos.

Cada soldado llevará, con esta nueva arma, 103 cartuchos.

La bayoneta es más corta y más liviana que la del fusil modelo 1888.

Los perros de guerra en Africa

El último *Bulletin de la Société protectrice des animaux* publica una comunicación de su correspondiente de Londres en que da interesantes informes presentados por el teniente Kurf-Johannes, sobre los servicios que los perros de guerra han prestado durante las diversas expediciones hechas por las tropas inglesas al Suroeste de Africa.

Han sido empleados en las avanzadas, donde señalaban la aproximación del enemigo, desde varios centenares de metros. En las marchas, particularmente en los barrancos y malezas, estos preciosos auxiliares eran exploradores más seguros y más hábiles que los soldados. Después de los combates, sabían descubrir los muertos y los heridos y llevaban provisiones a estos últimos en unas especies de bizazas.

Este último servicio les ha merecido el nombre de perros sanitarios. *Stanitäts hunde*. Esto recuerda los servicios prestados por los célebres perros del monte San Bernardo.

**OJOS NEGROS**

Ojos negros, relucientes,
Abiertos y soñadores,
Ojos negros, tentadores
Como el mar resplandecientes;
Vuestras pupilas ardientes
Brillan con raras fulgores,

De adormecidos amores
Y de pasiones calladas;
Tenéis fuego en las miradas
Ojos negros, tentadores!

J. I. VARGAS VILA.

*

OJOS VERDES

Un beso de la Esperanza les dejó á tus pupilas
verdes lampos que hacen soñar con países muy
distantes, casi imposibles; como son imposibles
los países de esmeralda, tapizados de renuevos
y de mirtos.

ELOY G. GONZÁLEZ.

*

OJOS AZULES

Así,—profundo, inefable, sereno, como un lago
de ensueños con riberas de turquesas,—
idealmente azul como tus ojos, así es el Cielo!

ELOY G. GONZÁLEZ.

*

CABELLOS RUBIOS

Cuando contemplo una cabellera rubia, perfumada
y luminosa como una floresta de oro; siento una
inquieta extraña, y ansío abismar en ella mis manos,
mi rostro, mi alma y besando el oro puro de sus hebras,
gozar el turbador placer de los avaros!

T. M. CESTERO

*

OJOS NEGROS

Tus ojos negros oh! linda trigueña! han dado
á beber á mi alma un divino filtro embrujador;
pero piadosos, me guían, bella hechicera! por la
ruta radiosa del Ensueño.

T. M. CESTERO

*

TUS OJOS

Tus ojos son como dos azules lirios de agua, sin tallo,
inmóviles sobre los estanques.

Tus ojos son, á la sombra de tus pestañas, como
dos lagos profundos, bajo negros ramajes.

PIERRE LOUYS

*

AZUL COMO TUS OJOS

Lohengrin en amante desvarío,
pasar te ha visto, entre flotantes tules,
sobre su cisne blanco, por el río;
y ha visto que halagando sus antojos
no son tus ojos como el cielo azules,
sino el cielo es azul como tus ojos!

J. S. CH.

*

TUS CABELLOS

Tus cabellos son como un enjambre de abejas
posado en un árbol. El viento cálido del sur los
penetra con el rofo de las luchas de amor y el
perfume húmedo de las flores de la noche.

Tus cabellos son como un río infinito en la pradera,
donde la tarde inflamada desfallece.

PIERRE LOUYS.

*

TU SONRISA Y TU MIRADA

En tu sonrisa se estremece el sello
de un beso del Amor á la Hermosura;
y en tu mirada trémula fulgura
la vibrante apoteosis del destello.

J. S. CH.

*

A UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,
si me volvéis á mirar,
porque es malicia á mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

R. DE CAMPOAMOR

*

TU RISA

Como espera en la cítara la nota
la hábil mano que pase resbalando,
el amor en mi sér está esperando
la fresca risa que en tus labios brota.

SALVADOR RUEDA

*

Preguntas qué es amor? Es lo que siento
Cuando me besas con tus labios rojos;
Es la luz de pasiones adormidas
Que ardiente irradia entre tus negros ojos.

**

Preguntas qué es ausencia? Blanca nave
Que vemos á través de la distancia;
Los que en ella se van, no vuelven nunca,
Naufragan en el mar de la inconstancia!

**

Preguntas qué es olvido? Inmenso lago
Donde el amor humedeció sus plumas;
Y en él bate el dolor sus negras alas
Sobre el terso matiz de las espumas!

J. I. VARGAS VILA

*

OJOS NEGROS

Como la noche de las promesas, son tentadora-
mente negros tus ojos; y tienen relámpagos que
ofuscan, como si fuesen noches de tempestad.

ELOY G. GONZÁLEZ.

*

NEGRO, ROJA, BLANCO

“Robó el ébano el lustre á tu cabello
y á tu boca el coral la sangre pura;
ostenta el mármol como tú su alburia;
y el cisne arquea como tú su cuello.”

J. S. CH.

**

Ojos de suaves pestañas
Y de espejismos cambiantes,
Ojos claros y radiantes
Como el sol de las montañas;
Reflejaís luces extrañas
De ternuras desbordantes,
De promesas delirantes
Y de besos incendiados;
Estáis de amor impregnados
Ojos claros y radiantes!

J. I. VARGAS VILA.

SUETOS EDITORIALES

Trovadores y Trovas.—Está ya en circulación el libro de Blanco Fombona, editado en nuestros talleres. Seis cantos en galana prosa á algunos trovadores queridos por el autor y veinte y dos poesías forman el volumen, en donde aparece la íntima personalidad artística de Blanco Fombona, original, nervioso, independiente de las comunes fórmulas. El brillante prólogo de Díaz Rodríguez, que en este número insertamos, dará á los lectores completa idea de la obra y sentimientos de uno de los más delicados representantes de la escuela modernista en América.

Coronel José María Pachano.—Desapareció de entre todas las caricias y todos los afectos que le rodeaban, arrebatado trágicamente en hora infausta, en días en que á su juventud, á sus aspiraciones y á sus ensueños abría la esperanza su gran cáliz de promesas gloriosas.

Al padre, nuestro distinguido amigo el general Jacinto R. Pachano, y á la familia del joven muerto enviamos la expresión sincera de nuestra condolencia.

El Español.—Los últimos números de diciembre y los primeros del mes pasado han llegado á nuestra Redacción.

El nuevo colega fue fundado en el mes de diciembre retropróximo, en Madrid, por don J. Sánchez Guerra, distinguido escritor político, activo, joven y circunspecto.—Su diario está llamado á figurar,—por lo selecto de su cuerpo de redactores y la importancia de los asuntos de que se ocupa,—entre los más notables de la prensa política y noticiosa de la Península.

Duelo.—El día primero de este mes falleció la señora *María Rodríguez de Eraso*. Joven, bella, dotada ricamente por la naturaleza con todos los dones del espíritu, muerta en lo más hermoso de sus días, deja en el hogar tiernos seres á los que transfundió su vida, como si el cielo, en designio piadoso, hubiese querido conservar al doliente viudo el alma de la dulce compañera.

A los señores Henrique Eraso y José María Rodríguez Supervie, esposo y padre, respectivamente, de *María*, enviamos nuestra más cordial expresión de condolencia.

La Mala Real.—El señor David T. Pardo, agente para Caracas y La Guaira, de los vapores de la Compañía *Mala Real*, nos ha remitido el itinerario que ha de regir en el primer trimestre de este año, tanto en las líneas trasatlánticas como en las intercoloniales.

Damos las gracias al señor Pardo.

Pésame.—El día 3 de este mes falleció el señor doctor PABLO A. LIENDO, Médico Director del Hospital Vargas y Vice-Presidente de la Junta Administradora de los hospitales del Distrito.

Enviamos nuestro pésame á su esposa, hijo y hermanas.

Prensa europea.—Entre los canjes de Europa nos han llegado: *Mercure de France*, como correspondiente á enero, y *L'Economiste français* hebdomadario redactado por M. Leroy-Beaulieu, Miembro del Instituto de Francia.

Periódicos recibidos.—*La Revista Ilustrada*.—Bogotá.—Director, Pedro Castro Manrique.—*El Sumapaz*, de Fusagasugá (República de Colombia).—*El Correo del Valle*.—Calí.—Director, Blas S. Searpetta.—*La Revista Nueva*.—Calí.—Director, Emiliano Vernaza.—*El Diario*, *La Unión*, y *La Gaceta*.—Tegucigalpa (Honduras).

Narraciones.—Es el título de un libro del Sr. Juan C. Blanco Acevedo, editado en Montevideo con un prólogo de José Enrique Rodó.

En los párrafos de éste, que insertamos á continuación, está contenido el juicio del libro del señor Blanco Acevedo, á quien enviamos las gracias por el ejemplar que nos dedica.

“Debemos calificar de feliz la elección de los rumbos que al desenvolvimiento de su vocación literaria ha fijado de estas NARRACIONES. Y llegando á la apreciación del desempeño, debemos empezar por alabarle una condición cuyo valer y significado quizás él mismo no avalore suficientemente todavía, pero que es la que da carácter á su libro, y la que, más que ninguna otra, nos permite presagiarle una fisonomía literaria original, si es que el andar del tiempo no modifica las inclinaciones nacientes de su gusto.

Me refiero á la completa inmunidad de todo artificio y de toda afectación que ha logrado mantener en páginas escritas en medio de las influencias tenaces de una época de artificio; aludo al vivo sentimiento de la sencillez que transparentan su estilo y su manera de narrador.

Un crítico sagaz me escribía, tal vez no infundadamente, hace poco: “Todo libro juvenil que no esté penetrado hasta la médula por algún alambicamiento de mal género, significa un hallazgo en la presente bibliografía americana.”—Y cualquiera que sea para nosotros la hipérbole de esa afirmación, es imposible desconocer que vivimos literariamente en una época de bizantinos.—La escuela literaria que hoy domina en América, como un compuesto extraño de mil influjos diferentes, nos lleva á una inmoderada avidez de la sensación, de la impresión nunca gastada, de lo artificial en el sentimiento y en la forma; y éste es tal vez su único carácter de uniformidad.—Nos hemos olvidado de que lo artificial es mal remedio del hastío,—tanto más cuando el hastío es prematuro; hemos vuelto la espalda á la Verdad; y por una injustificable aberración, constituimos un grupo literario que desconoce la impresión franca de la vida, escribiendo en medio de la incipiente embriamaría de nuestras sociedades y frente á las vírgenes galas de nuestra Naturaleza.—Tenemos en la realidad un mundo nuevo, en el que resplandece todavía,—como la humedad del hálito creador—la frescura de las cosas; y llevados por nuestro afán de falsificar sobre él la pátina del tiempo, lo hemos cambiado, en una verdadera permuta de salvajes, por un mundo de convención. Nuestros ojos hastiados no se satisfacen ya sino con las irrisaciones raras del crepúsculo, en que el prisma parece ebrio; las voces graves y sencillas con que la naturaleza habla al sentimiento de los hombres, han dejado de tener encanto para nuestro oído; nuestro entusiasmo es menos por lo bello que por lo excepcional; y á pesar de las protestas de nuestro gusto, sentimos que nuestro espíritu se va irresistiblemente tras el juglar que invente la contorsión mas atrevida y más extraña.—Hemos querido formarnos para el arte una organización de aventureros y un paladar de sibaritas. Hemos llegado á la insensatez en el propósito de hacer nuestro ese calumniado decadentismo literario, que adquiere tintes de parodia al combinarse con los rasgos aldeanos de nuestra literatura; árbol exótico trasplantado á un tiesto pigmeo, como el boabad de Tartarín.—No debemos arrepentirnos de haber contribuido á propagar lo que ha pensado y sentido el alma contemporánea después que el naturalismo vio pasar sus “tiempos heroicos,” y por mi parte encuentro intacto mi entusiasmo para recoger y difundir, como antes, la buena simiente del espíritu nuevo; pero la sinceridad nos obliga á reconocer que, por haber prosperado menos la simiente buena que la mala, la cultura literaria de nuestros pueblos va en camino de convertirse en lo que llamaría Guyau una literatura de *insociales*, de neurópatas, de degenerados..... Hay una entrañada enferma en esta novísima literatura de América, pávida y precoz, que ha gustado á destiempo todas las quintaesencias y todas las intem-

perancias de la vida; y es necesario que la regeneremos por la virtud del aire puro y le devolvamos el sentimiento de la sencillez.

En tiempos de deliberada rareza literaria, ser original es ser sencillo; la nota personal se manifiesta entonces renunciando á las vesanías y las extravagancias que haya puesto en moda el Panurgo de la época, de la manera como suele manifestarse el buen tono por la renuncia á las galas que se han hecho patrimonio de la vulgaridad. Un libro ingenuo y penetrado del sentimiento de lo sobrio y sencillo, esconde, con relación al gusto de nuestro tiempo, la verdadera sorpresa, *el temblor nuevo*, el verdadero golpe inesperado; y es un espíritu suficientemente dotado de energía para resistir al rasero del ambiente el espíritu capaz de escribirlo.—Si en la “manera” de estos cuentos puede descubrir, frecuentemente, un espíritu observador, el anuncio de una *personalidad*, lo deben á que no se parecen en nada á los que, torturando desesperadamente la forma, la sensación y el sentimiento, incuban todos los días las tendencias en boga, y á que los defectos que en ellos señalaría cualquier falsificado *boulevardier*, de los que pululan en nuestras revistas de América, son precisamente el germen de las cualidades que, vigorizadas por la definitiva constitución de aquella personalidad, preservarán al autor del contagio de las afectaciones que constituyen hoy el “mal de muchos.” Este es un libro sano que viene á ocupar su puesto en una época literaria en que abundan libros enfermos, y en que las obras de los hombres nuevos de América suelen dejarnos esa impresión de desconveniencia que causa ver la palidez de la fiebre en la frente de los niños.

“El Cojo Ilustrado.”—NOMBRE DE ESTA REVISTA.—En Venezuela todos conocen los motivos á que ha obedecido el título de esta Revista, y, en consecuencia, no causa ninguna extrañeza.

Pero del Exterior nos llegan insistentemente, de manera pública, ó bien privada, manifestaciones tales como la que contiene una importante publicación sud-americana, de la cual tomamos las siguientes líneas: “*Francaamente no sabemos á qué atribuir en un órgano serio un título semejante. A cualquiera se le antojará, leyendo este nombre, que EL COJO ILUSTRADO es algo así como un «Blanco y Negro» ó un «Madrid Cómic».* Pero *afortunadamente y para mayor gloria de la bibliografía americana, nada de esto tiene la publicación mencionada..... EL COJO ILUSTRADO abunda en excelentes materiales y es una revista digna de la reputación de que goza.*”

Nos ocurre, pues, para que cese la curiosidad ó la extrañeza, explicar á los señores lectores del Exterior, los motivos por los cuales lleva este nombre nuestro quincenario:

El año de 1873, por iniciativa del señor Agustín Valarino, y en sociedad con el señor M. E. Echezurúa, se fundó en esta capital una fábrica de cigarrillos, á la que se dio el nombre de “El Cojo,” por ser cojo el señor Echezurúa. A medida que prosperaba esta fábrica fue extendiendo sus negocios á diferentes ramos industriales, los cuales, como pertenecientes á la misma sociedad, eran conocidos y nombrados como de la naciente empresa de “El Cojo.” Esta fundó, entre otras cosas muy beneficiosas al país, el tranway de Maracaibo é introdujo otras innovaciones y creó otros géneros de comercio.

Entró luego á formar parte de la sociedad Herrera Irigoyen; y se estableció, como órgano de la casa un periódico de pequeñas dimensiones, el cual se distribuía gratis y al que se dio, como era natural, el nombre de “El Cojo.” Ensanchada la empresa; fundadas: una tipografía especial, la fábrica de sobres, que no existía en el país, la fábrica de libros en blanco, que tampoco existía, el

periódico de la casa circuló con grabados traídos del Extranjero; y, muerto el señor Echezuría, los socios sobrevivientes, en acatamiento a la tradición y respeto al origen primitivo de la casa y sus negocios, continuaron llamando a éstos Empresa «El Cojo». y, por consiguiente, EL COJO ILUSTRADO al órgano ya exornado con ilustraciones, como ya hemos dicho, importadas.

Años después, al regresar del extranjero el señor Herrera Irigoyen, se fundó por primera vez en Venezuela, por la Empresa «El Cojo», el taller de fotograbado; y con tal oportunidad renació el periódico, al cual, por las razones ya apuntadas, dieron sus fundadores el mismo nombre de EL COJO ILUSTRADO.

Dueño hoy de la Empresa Herrera Irigoyen,—excepto de la fábrica de cigarrillos «El Cojo»—ha estimado un deber de consecuencia y de respeto dejar a la revista el mismo nombre.

Con ese nombre está ya acreditada y conocida, recomendada y vulgarizada entre todos los públicos lectores del continente.

Esperamos, pues, tomen nota de los motivos que tenemos para conservar el nombre de nuestra Revista, los lectores que nos favorecen en el Extranjero. Allí es conocido EL COJO ILUSTRADO, reputado como excelente, alabado por él nuestra Patria, y creemos que eso es lo esencial.

Por supuesto que no llegaría a ser bien conocida fuera de Venezuela esta explicación, si la diésemos por una sola vez: hemos dispuesto, por tanto, que quede en nuestras columnas a título de *permanente* por todo el tiempo indispensable a que se hagan tan generales y corrientes, como lo son en Venezuela, el origen y causa del nombre de EL COJO ILUSTRADO.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

LA VERDAD

Verum est id quod est.
SAN AGUSTIN.

I

Ardua empresa es por cierto la que nos imponemos: escribir sobre la verdad. Tema sublime que requiere pluma maestra para ser tratado dignamente, y sobre el cual la nuestra, insuficiente y desmañada, no hará otra cosa que trazar a la ligera someros rasgos, dictados más por el deseo y la meditación que por el estudio.

A fin de facilitar nuestra labor principiaremos trasladando, a manera de epígrafe, algunas líneas extraídas del Diccionario de la Lengua castellana por la Real Academia Española.

“LA VERDAD es la total correspondencia ó conformidad de lo que se dice ó expresa con lo que interiormente se juzga, ó con lo que en sí son las cosas”.

“Es la certidumbre de una cosa que se mantiene siempre la misma sin mutación alguna. En este sentido, Dios nuestro Señor, es la suma y eterna verdad; y de las demás cosas se dicen por correspondencia a su idea divina”.

“LA VERDAD es virtud que consiste en el hábito de hablar siempre sin mentira ni doblez, y de corresponder a las promesas”.

“HOMBRE DE VERDAD es el que siempre la dice y tiene opinión y fama de eso”.

“LA VERDAD AFLGZA, PERO NO QUIEBRA: proveyo que enseña que por más que se quiera sutilezar y ofuscar con astucia y mentira, la verdad siempre queda resplandeciente y victoriosa”.

Hasta aquí la Academia Española.

II

La verdad es lo más sublime que conoce el hombre, de tal suerte que ha llegado a decir: “Dios es la suma y eterna verdad.”

Jesucristo dijo: “yo soy la verdad” y no “yo soy Dios,” acaso porque valdría lo mismo decir una cosa que otra.

La verdad es la reina de las buenas cualidades, así como la rosa es la reina de las flores; por eso ambas tienen espinas y punzan, hasta ensangrentar en ocasiones.

La verdad, como tal reina, es más sabia que la sabiduría, más hábil que la habilidad, más perspicaz que la perspicacia, más sutil que la sutileza, más viva que la viveza, más astuta que la astucia, más artificiosa que el artificio, más seductora que la seducción, y mejor calculadora que nadie.

De modo que al decirse que un hombre es *veraz*, queda comprendido en síntesis que es sabio, hábil, perspicaz, sutil, vivo, astuto, artificioso, seductor y calculista; todo esto en buen sentido y sin mezcla de mal alguno.

Todas las cualidades que acabamos de enumerar pueden ser malas, pueden estar erradas, pueden falsear; y nada valen si no las acompaña é ilumina la verdad; mas la verdad siempre es buena y siempre vale de por sí sola.

III

Un scbio francés, Mr. Alfonso Toussennell, ha dicho estas notables palabras: “La línea recta (esto es, la verdad) es el *nee plus ultra* de la habilidad”.

Dedúzcase, pues, de lo que antecede lo grande y provechoso que es ser veraz. Pero, hay un inconveniente, y es que la veracidad es un don que no lo posee ni puede practicar en perfección sino aquel á quien el Cielo se lo concede.

A los siete dones del Espíritu-Santo que trae la doctrina cristiana, pudiera agregarse el don de *verdad*, como el principal de ellos y que los comprende todos.

La mayor gracia que el hombre puede pedir á Dios: la mayor súplica que puede hacerle, es decirle: “Señor, concédeme el don de *verdad*”.

IV

¿Qué fácil es ser veraz; y sin embargo, qué difícil al mismo tiempo!

Pero, si la verdad es un don que no lo posee ni puede practicar dignamente sino aquel á quien el Cielo se lo concede, ¿qué hará el que no ha tenido la dicha de recibir este don?

Si tan difícil es ser veraz, ¿cómo vencer esta dificultad?

Con la voluntad decidida, con la aspiración perseverante á ser veraces, que esto sí podemos siempre, y es ya mucho; pues la voluntad, que es una de las potencias del alma, suple los dones, y la aspiración perseverante conduce á obtenerlos.

Esto nos trae á la memoria el siguiente pasaje del catecismo de Ripalda: ¿Y el que de todo esto se siente faltar, qué ha de hacer?—Procurarlo y perseverar en hacer lo que pueda”.

V

El hombre veraz posee las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

Posee las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

Posee las cuatro cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La verdad es lo contrario de la mentira, de la falsedad, del engaño, del disimulo, del fingimiento, de la hipocresía. Ella destruye todo esto, y á ella nada puede destruir; la verdad siempre triunfa. *Venit veritas.*

Los hombres que rinden culto á la verdad pueden tolerar todas las faltas, defectos, culpas y hasta crímenes de la humanidad; lo que no pueden tolerar es la falta de verdad, el engaño, la hipocresía.

El hombre veraz tiene que ser *severo*, como parece que lo indica la misma palabra; pues *severo* equivale á *es vero*, ó lo que es lo mismo, *es verdadero*.

VI

La verdad es sinónima de honradez, rectitud, pureza, candor; y como todas estas cualidades se encuentran en la verdad, el hombre veraz las posee.

La verdad es opuesta á los siete pecados capitales; y en consecuencia, el hombre que la profesa no puede ser soberbio, avaro, sensual, iracundo, guloso, envidioso, ni perezoso; pues estos pecados son el error y la mentira.

Por el contrario, el hombre veraz es humilde, generoso, casto, paciente, sobrio, caritativo y diligente.

“El temor de Dios es el principio de la sabiduría”. Y el hombre veraz teme precisamente á Dios; porque como Dios es la suma y eterna verdad, él teme faltar á ella.

El mayor elogio que puede hacerse de un hombre es decir de él que es veraz. En este elogio quedan resumidas todas las virtudes y excluidos todos los vicios.

Mas ¿quién será digno de tan elevado y honroso calificativo?

¡Feliz, mil veces feliz, el hombre que llegare á merecerlo!

Este hombre gozará de la ventura mayor que es concedida á los mortales en la tierra; y de la que más se aproxima á la que gozan los inmortales en el Cielo!

VII

La verdad es hija de Dios, él la creó y no creó la mentira; ésta no es sino la falta ó negación de la verdad.

Jamás debe faltarse á la verdad, pues faltar á ella es mentir, y el que miente ofende á Dios, autor de la verdad; agravia á los demás hombres de quienes se burla; y se ultraja á sí propio, menoscabando su decoro.

Por eso: “La mentira es aborrecida de Dios y de los hombres”. Y por eso: “El mentiroso vive sin honor y le persigue por todas partes la confusión y el desprecio universal”.

Es cualidad inherente á la verdad ser comunicativa. Ella, como la luz, propende á difundirse en torrentes por todas partes, á fin de que todos gocen de los beneficios que derrama. El hombre egoísta no puede ser veraz.

“Cual el Sol da luz á la Tierra, tal la verdad ilumina el entendimiento”.

La verdad es la luz; la mentira son las tinieblas.

El hombre que habla verdad, está inspirado de Dios; el que miente está poseído del error.

VIII

Debe amarse á Dios sobre todas las cosas; y siendo la verdad lo que más nos representa á Dios en este mundo, debemos amar la verdad sobre todo lo de este mundo. El que no ama la verdad sobre todo lo de este mundo, tampoco ama á Dios sobre todas las cosas.

De consiguiente, debemos amar la verdad más que á la patria, más que á nuestras madres, más que á nuestras esposas y nuestros hijos; porque si no es así, es mentiroso todo amor que se ostente á la patria, á la madre, á la esposa y á los hijos.

Nada ennoblece más que la verdad; nada envilece más que la mentira.

Un hombre ha ejecutado grandes y muy nobles acciones: pues de seguro que no es más noble que el veraz. Otro ha cometido grandes ruindades y vilezas; pues de seguro que no es más vil que el mentiroso.

La verdad es Dios; la mentira es Satanás.

IX

Para concluir trazaremos un parangón entre la VERDAD y VENUS.

La Verdad, símbolo y representante de la belleza moral; Venus, diosa y sinónimo de la hermosura física. ¿Qué diferencias tan esenciales median entre la una y la otra!

En la imagen de la primera resalta la belleza moral; y la expresión de su fisonomía inspira confianza, é indica el cumplimiento fiel de sus promesas.

En la efigie de la última resalta la hermosura física; y su expresión inspira desconfianza y duda de todo cumplimiento.

La imagen de la Verdad es imponente y majestuosa; la efigie de Venus es risueña y halagadora. Aquella puede amargar al principio; pero después es dulce. Esta, á la inversa, es dulce al principio; pero después amarga.

En la belleza de la primera hay severidad; en la hermosura de la última, voluptuosidad.

La belleza de la Verdad es espiritual y divina; la hermosura de Venus es sensual y profana.

Sólo en un punto coinciden por oposición. Ni la una ni la otra consienten ropajes. Entrambas brillan y lucen mejor en completa desnudez. Sus bellezas respectivas aparecerían atenuadas bajo las más ricas vestiduras; pues ninguna habrá que puede igualarles en esplendor y magnificencia.

Empero, sin la Verdad nada hay verdaderamente bueno ni bello.

“Rien n'est beau que le vrai”.

Caracas, 1874.

Textos: “Dejad que alcance la verdad aquel que quiera vivir bien; y entonces y no antes, cesarán sus pesadumbres”. (PLATÓN).

“Libre es el hombre á quien la verdad le ha hecho libre; comparados con él, los demás son esclavos”. (COWPER).

“La honradez es la verdad, y la verdad es la honradez”. (SAMUEL SMILES).

“El que es capaz de mentir, es indigno de que se le cuente en el número de los hombres”. (FENELÓN).

“El hombre que tiene, hasta para las cosas más pequeñas, horror á la mentira y aun al disimulo; está, por lo mismo, distante de la mayor parte de los vicios, y preparado para todas las virtudes”.

“El hombre no está obligado á decir todo lo que siente; pero sí á sentir todo lo que dice. La ingenuidad es una virtud, la veracidad una obligación”. (FEDERICO BALART).

“Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir ¿que se saca,
Sino infamia y menosprecio?”

(DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN).

“Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te estima,
Y quien te adula te agravia”.

(MELÉNDEZ).

BALDOMERO RIVODÓ.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

La Emulsión de Scott es un excelente alimento de ahorro, y un modificador poderoso de la nutrición.

El infrascrito, Doctor en Medicina y Cirugía.

Certifica: Que la preparación denominada Emulsión de Scott es, por el aceite de bacalao que contiene, agente termógeno de primer orden, y *excelente alimento de ahorro*, y por los hipofosfatos, *modificador poderoso de la nutrición*.

La he administrado con frecuencia en casos de debilidad general, raquitismo, escrófula, tisis pulmonar, etc., etc., siempre con resultados satisfactorios.

Y para que los Sres. Scott & Bowne hagan de esta manifestación el uso conveniente, la expido en San Germán, Isla de Puerto Rico, á 28 de junio de 1894.

D. LOPEZ.

NUESTROS GRABADOS

Tulio M. Cestero

La aparición de su retrato en esta Revista constituye un aplauso entusiasta al autor de *Notas y Escorzos* y una manifestación de simpatía a la nueva generación literaria de la antigua ciudad del Ozama, apreciable grupo en el cual figura Cestero con personalidad propia. "Su libro—dice Garrido—es un triunfo no vulgar, porque es el triunfo de un artista adolescente. Su perdurabilidad no habrá de radicarse en el mérito de sus páginas ingenuas "manejo de verbenas y rosas blancas aljofaradas por el rocío primaveral," sino en la rica esperanza con que acaba de encaminarse con ellas al porvenir, el talento indiscutible de su joven autor."

Alegoría de Carnaval

Sustraerse a la tradición es tan difícil como destruir las leyendas seculares. Hé aquí por qué también EL COJO ILUSTRADO paga tributo a la diosa Alegría y recuerda a los dios de la burla y de los chistes, hijo de la Noche, hermano del Sol, y a quien los antiguos representaban con una máscara y un muñeco en la mano.

Mañana, cuando comience la fiesta de los trajes abigarrados, de las caretas indecifrabiles, de las voces fingidas, de los "confetti" y de las "serpentina," no faltará quien participando de ella con la sonrisa en los labios, traiga también a los labios el romance del poeta:

—Mascarita, ¡te conozco!
Tú eres aquél perillón
que iba a los toros conmigo
y a los bailes con mi frac.
Para quien no tuve nunca
cerrados bolsa ni hogar,
siendo sus penas las mías,
la suya mi voluntad.
Aquél que con cuantos quise
trató de ponerme mal,
y hasta me robaba versos,
si eso se llama robar:
deja, pues, la broma a un lado,
porque a mí no me la das.

Barcelona

La capital del Estado del mismo nombre, fundada por Juan de Urfín a fines de 1637 en la falda del Cerro Santo, fue trasladada, 34 años después, por Sancho Fernández de Angulo a las riberas del Neverí, el cual aparece hoy partiendo la ciudad en dos mitades. Río de cuarto orden, en parte navegable, contribuye poderosamente al embellecimiento de la ciudad por las piraguas que lo surcan, los verdes islotes que besan sus aguas azules y la oscilante arceda de los árboles que pueblan sus riberas.

Una tradición, no desmentida, hace célebre el puente sobre el Neverí. Como lo comprueba la Historia, Bolívar y Bermúdez estuvieron refugios hasta el año 17, época en que se encontró el primero sitiado en la Casa Fuerte por las tropas realistas. En ese trance, la única esperanza de Bolívar era Marifío. Este, dice el historiador, no vaciló ni un momento en ponerse en marcha para salvar a su jefe y amigo; pero temía que Bermúdez, acordándose de sus pasados resentimientos con Bolívar, le abandonase con la división que mandaba. Todo fue al contrario: Bermúdez se prestó inmediatamente y acompañó a Marifío con el mayor gusto, porque deseaba la oportunidad de probar a Bolívar que era su más fiel amigo y que cuando se interponían los intereses nacionales, todo debía posponerse y despreciarse. Loco de contento marchó Bermúdez para Barcelona, y tuvo la gloria de ser el primero que se vio con Bolívar. Estos dos compañeros se abrazaron cordialmente. No se hablaron una palabra siquiera en muchos minutos; pero las lágrimas que derramaron representaron bien a lo vivo cuán poderosa es la relación que se adquiere en la adversidad, y cuáles los lazos que unen a los defensores de una causa justa.

En medio de esas lágrimas fue cuando Bolívar dijo a Bermúdez, en el puente sobre el Neverí:—"abrazo al libertador del Libertador."

Instituto Católico Alemán

La fotografía representa el local del Colegio, tal como fue preparado para la fiesta escolar que allí se celebró el día 25 de diciembre último. Habla en favor del crédito del plantel el hecho de que fundado el 1º de junio de 1898 con 10 alumnos, cuenta hoy el número de 63. El método empleado por su Director, el competente y honorable señor José Liechty, es exclusivamente objetivo, así como cariñoso el trato que reciben los niños. Los resultados que ha dado el Instituto, supo apreciarlos el público que asistió a la referida fiesta de Navidad, donde se vio a los alumnos recitar con precisión en alemán, francés, inglés y español.

Valencia

En las páginas del presente número aparece una nueva y pintoresca vista de las orillas del Tacarigua, hermoso lago al cual deben los ricos Valles de Aragua su fertilidad, pues la constante evaporación proporciona aquella humedad necesaria a la vida vegetal, dándole vigor para su desarrollo y mitigando la fuerza del sol de los trópicos.

Oviedo asegura que el Tacarigua distaba sólo media legua de Valencia; pero la experiencia de casi un siglo ha probado que no es constante el nivel de las aguas y que falta ya el equilibrio entre el producto de la eva-

Es mejor precaver . . .

Cuando hay que remediar, la Emulsión de Scott de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa se ha estado usando por un cuarto de siglo, con el resultado más satisfactorio en todos los casos indicados por su composición. Como reconstituyente es la preparación favorita de los médicos. Medicina a la vez que alimento, es difícil encontrar en el arsenal terapéutico un arma de igual eficacia para combatir tantas enfermedades.

En cuanto toca a precaver, ¡cuántas vidas no se salvarían si se aplicara a tiempo una medicina que como la Emulsión de Scott fortalece el cuerpo contra los ataques de las enfermedades! Un cuerpo sin fuerzas para resistir cualquier simple afección, cae al primer ataque de la gripe ó de cualquier otra dolencia de que aún las personas robustas son víctimas.

El catarro es una enfermedad constitucional de la sangre, que sólo se cura extirpando la infección escrofulosa, la anemia y la debilidad. La EMULSIÓN DE SCOTT es el remedio en tales casos.

Exíjase la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. Rehúsenle las imitaciones y las "preparaciones sin sabor" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao, pero que no lo contiene.

De venta en las Boticas. **SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.**

poración y el de las aguas que alimentan el lago. Este se halla actualmente á dos leguas de Valencia. Antes, para ir á Güigüe, se pasaba por las tierras de los Aguacates, por las cumbres se iba al valle de Noguera, y por la cresta de la serranía que mira al lago, se llegaba á aquel pueblo; lo cual prueba, según Codazzi, que los terrenos hoy cubiertos de haciendas y caseríos, estaban entonces ocupados por las aguas.

Como el terreno que rodea el lago es sumamente plano y liso, resulta que la disminución de algunas pulgadas en el nivel de las aguas deja en seco un vasto trecho de suelo, cubierto de limo fértil y de despojos orgánicos. A medida que el lago se retira, los labradores adelantan hacia el nuevo borde, y á la retirada progresiva de las aguas se deben las hermosas y ricas propiedades de San Joaquín, Guacara, Los Guayos, Valencia, Güigüe, Magdaleno, Santa Cruz, Cagua y Maracay.

Hace cosa de dos años comenzó á navegar en el lago un lindo buque de vapor.

Macuto

Aunque la temporada se acerque á su término, como sucede hoy, y la bulliciosa legión que mantiene el prestigio de la vida smart regrese á Caracas con el propósito de participar de las fiestas del Carnaval, siempre tendrá Macuto encantos para atraer y alegrías que repartir: su mar, de aguas azules, temblorosas de júbilo al beso ardiente del Padre Sol; su río cristalino y bullanguero, poéticamente sombreado; su parque, su atmósfera suave, su brisa cargada de aromas campestres y sus caminos diariamente frecuentados.

Santo Domingo

El Colegio de San Luis Gonzaga, del que aparece una vista del jardín donde está montado el gimnasio, fue fundado por el venerable Padre de Bellini, á quien sucedió su señor hermano Francisco Gregorio Bellini, literato y político de renombre, que figurará en la historia contemporánea como uno de los pocos ciudadanos que ha bajado las gradas de la Primera Magistratura sin una sola mancha en la conciencia.

Con tan sabia dirección el Colegio de San Luis Gonzaga alcanzó el primer puesto entre los institutos de su clase en la República Dominicana.

Los cuadros

Los buenos viejos, protagonistas del lienzo de Pompeo Massani, muévense en la esfera de la más franca naturalidad, y en sus miradas y sonrisas palpita la picaresca intención del autor, cual es la de que en el ánimo de aquellos emerja el recuerdo de alguna travesura juvenil; el salón de una taberna y en ella varios comensales, entre los cuales uno sólo está pendiente de la música de una guitarra herida por manos de mujer adorable, constituyen la pintura realista de Worms, intitulada *El corazón y el estómago*; En *romería*, de Carbould, palpita la gracia sugestiva que Wateau imprimió al arte con la creación de sus fiestas galantes;—animación, alegría ruidosa, hilaridad placentera, respira el cuadro de Vineau, donde el antiguo juego de *La gallina ciega* resulta atraente por las melodías que á los bandolines arrancan los trovadores de la fiesta;—así como en atmósfera de la más pura idealidad aparece la *Noche de pascua*, antigua tradición del Norte, reconstruida alegóricamente por el delicado pincel de Franz Guillermin.

Miraflores

La obra de Ofiate constituye uno de los frescos que embellecen el comedor del Palacio de Miraflores. De este edificio que por su magnificencia es el mejor de Venezuela y uno de los primeros de la América, publicaremos nuevas vistas.

Después del Carnaval

Después del vals vertiginoso, del entusiasmo derrochado en el calor de la fiesta, y del palpable interés de agradar para corresponder á la frase galante y á las atenciones con que se le distingue, la rinde al fin la fatiga y el ángel invisible del sueño besa su frente y le cierra los párpados con la pluma joyante de sus alas.

En el palco del proscenio

Semejante ilustración encajaría de modo admirable en una de esas crónicas de *Jabino* encaminadas á presentarnos á las de López, ó á las de Pérez, que, tanto para él como para Taobada son una misma estirpe de mamás voluminosas, solteronas decadentes y jamonas irresistibles.

¡Cortese Esa Tos!

Toda tos inflama é irrita la garganta. Toda tos congestiona la membrana de los pulmones. Pues hay que evitar este daño á la garganta y pulmones. Hay que darles descanso para que cicatricen las partes afectadas, para lo cual no hay como el

Pectoral de Cereza del Dr. Ayer

Desde que se toma la primera dosis sobreviene el sosiego y el descanso, cesa el cosquilleo de la garganta, el espasmo decrece, la tos desaparece. No re aguarda hasta que venga la pulmonía y la tisis, sino atájese sin demora el resfriado.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer cura porque cicatriza. Alcanza al asiento del desarreglo, calma la inflamación y efectúa una curación permanente. Empiécese á tomarse á tiempo, es el gran preventivo para todos los desarreglos graves de los pulmones.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. Véase que el nombre de Pectoral de Cereza del Dr. Ayer está vaciado en el frasco.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., U. S. A.

LAS PÍLDORAS DEL DR. AYER
CURAN LA BILIOSIDAD.

8 a

MIS VERSOS

FOR

Victor M. Racamonde

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS A 6 REALES
EL EJEMPLAR



HAUTHAWAY'S Peerless Gloss

For Ladies' and Children's Boots and Shoes

Contains nothing injurious to leather

PRIZE MEDALS.

Sold by all New York Commission Houses

C. L. HAUTHAWAY & SONS,

346 Congress Street,
BOSTON, MASS., U. S. A.



BOSTON, 1869.
VIENNA, 1873.
PHILA., 1876.

346 Congress Street, BOSTON, MASS., U. S. A.

**EL LUSTRE
SIN RIVAL DE
Hauthaway**

PARA

Calzado de Señoras y Niños

No contiene cosa alguna que
pueda dañar el cuero.

Lo venden todas las casas comi-
sionistas de Nueva York.

C. L. HAUTHAWAY & SONS

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

➡ **PARA 1899** ⬅

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGORYEN & CA.

Está ya á la venta.

CARTERAS, PORTAMONEDAS Y CIGARRERAS

Plumas y Portaplumas de Oro

De venta en EL COJO

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

de las principales fábricas de
Europa y los Estados Unidos del Norte.

PROGRAMAS DE BAILE

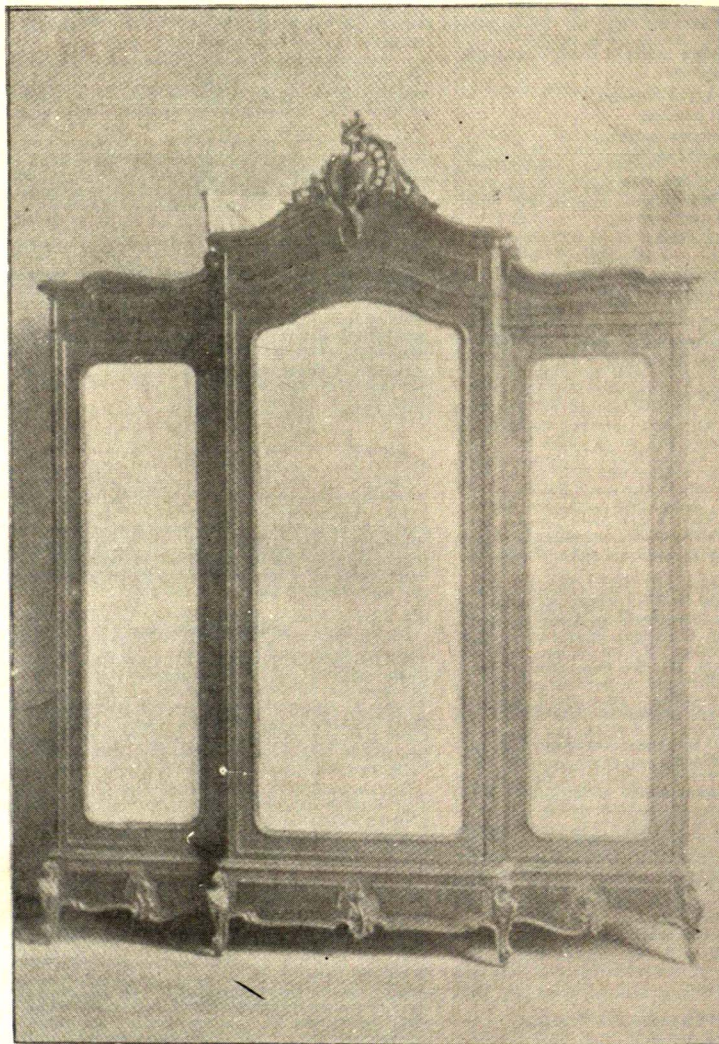
Cromos para bautismos
y primera comunión



PROPIEDADES DEL AVENA-CACAO FOSFATADA

El Avena-Cacao fabricado por los señores FULLIÉ & CA., marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos y cada cubo da una taza grande de esta saludable bebida.



MUEBLERIA

MODERNA

DE

S. MARTINEZ EGAÑA & CA

Bien está que se ocurra al exterior por artículos que no se fabrican en el país; pero en el ramo de muebles conviene fabricarlos en Caracas.

El escaparate que se halla al frente de estas líneas, forma parte de un juego de estilo Luis XV, fabricado en nuestros talleres, con madera de nogal; y lleva tres grandes espejos bisautées.

Exhibimos constantemente nuestras obras.

Hay grandes ventajas para los relacionados de este establecimiento.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: no calma y su curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1895.

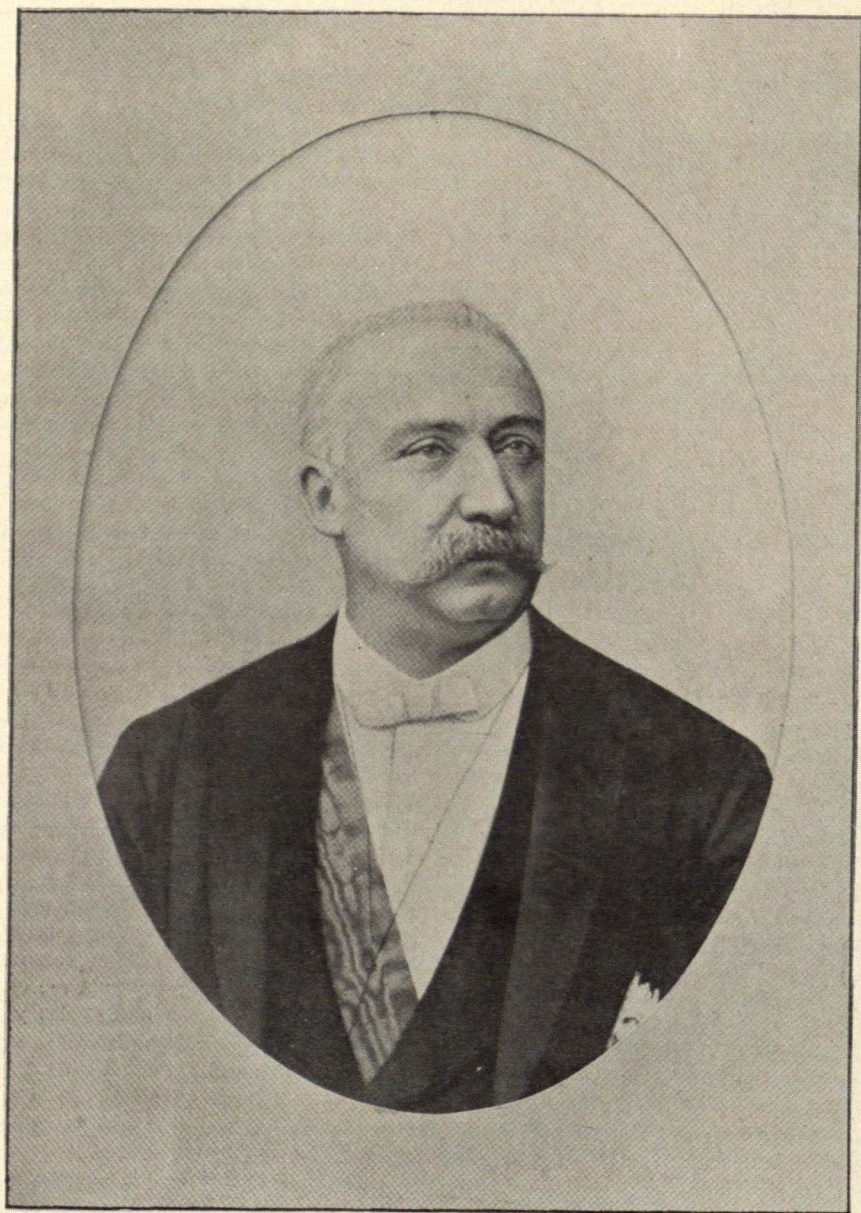
Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

75 POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.



FÉLIX FAURE
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA
† el 16 de Febrero de 1899

DUELO DE LA FRANCIA



Un telegrama de París,—que circuló en Venezuela con fecha 17 de febrero,—conmueve al mundo con la más inesperada nueva que pudiera aguardar la Francia en estos luctuosos y terribles días, en que pruebas solemnes pesan sobre el legendario *Soldado de Dios*, cabeza de la civilización moderna, patria de las razas, eterna cuna de la Revolución. FÉLIX FAURE, el Presidente de la República Francesa, el modesto demócrata que salió de la humilde y serena esfera del trabajo honrado, el antiguo curtidor, comerciante, “patrón” de los marineros del muelle del Havre, el ciudadano de la antigua blusa y mandil, elevado ayer á la más alta representación política y social de la más ilustre de las Repúblicas, el excelso camarada del Monarca del más vasto Imperio de la tierra, ha muerto al golpe fulminante de repentino accidente.

En las horas terribles de la azotada Francia, el patriotismo, la inteligencia, el honor nacional, indicaron con mano infalible en Versalles á aquel salvador de la Democracia y de la República, sin ruidosas campañas políticas á lo Thiers, sin combates afanosos en el Foro como Gambetta y Grévy, sin gloriosa espada como Mac-Mahon, sin extremas vigili-
as en el gabinete del sabio como Carnot.

Y FAURE, el laborioso Magistrado que ya había dejado huellas de su paso por casi todas las Administraciones republicanas, desde los Ministerios del Comercio, de las Colonias y de la Marina; que se había hecho una autoridad con respeto oída en las cuestiones económicas que han venido agitando la Francia durante los últimos años; que se había presentado siempre al voto de los franceses con la simpática gallardía de su modestia y de su honradez, FAURE recibió sereno y humilde el ingente encargo que en sus manos depositaron los representantes de la Patria, y tuvo siempre bastante fe, circunspección y constancia para pasar inmovible, llevando la encomienda sagrada por entre las turbulencias y los embates de una política embravecida por todas las intemperancias de los partidos extremos. Era el Jefe del Estado, el Presidente de la República, y la conciencia de su puesto eminente y de sus inmensas responsabilidades, lo sostuvo firme sin preocupaciones, fuerte sin jactancias, sin que se le viese inclinarse ante otro poder que no fuese el incontrastable de las leyes, ante otro interés que no fuese el interés de la

República, ante otro provecho que no fuese la salud del pueblo francés.

Murió en medio á los fragores de las grandes batallas de la Democracia, sin que sospechase que asombraran sus sienes los laureles de una victoria que no era para sí, ni temiese ser tocado por las conmociones de una derrota de que nunca han estado cerca los que son dignos de la excelsitud.

Las Cámaras se han reunido en Versalles el 18 de febrero para dar sucesor en el Elíseo á FÉLIX FAURE; y la salvadora previsión de los diputados republicanos ha encontrado, desde el primer escrutinio, al hombre necesario para el puesto necesario: EMILIO LOUBET ha sido electo Presidente de la República Francesa, por trescientos ochenta y tres votos, entre setecientos noventa y un sufragios.

La prensa, los partidos, la Francia ha saludado con alborozo la elección del viejo y enérgico compañero de Freycinet, de Ribot y de Bourgeois; del austero radical que en marzo del 92 declaró que su gobierno sería del país entero, sin complacencias partidarias; del valeroso Ministro que hizo saber á Europa que cerraría todas las Iglesias de la Francia, si la cátedra sagrada se convertía en tribuna política; del que reprimió con mano vigorosa los excesos del anarquismo, condenados por el derecho común; del protector del proletariado y del obrero; del que puso sello definitivo á las amenazantes cuestiones provocadas por los mineros de Carmaux; del que sentó en el banco de los delincuentes, ante la Europa y ante el mundo, á todos los prevaricadores de Panamá, sin distinción de categorías ni de estirpes; del inflexible Presidente del Consejo de Ministros opuesto á un Parlamento omnipotente y á una prensa representante y directora de muchedumbres exaltadas y gritó un *no!* categórico é invencible á las disposiciones de la Asamblea para exhumar el cadáver del barón Reinach.

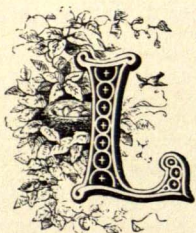
Los representantes de la Francia han conocido que LOUBET es digno de ese proceso sublime de veinte y nueve años de rehabilitaciones y de aciertos, turbado,—por designios fatales,—por tristes y súbitas conmociones que no han sido, empero, poderosas á hacer vacilar siquiera la gloriosa cuna de la Revolución, del Imperio y de la tercera República.

EL COJO ILUSTRADO acompaña con toda la sinceridad de sus simpatías á la colonia francesa residente en Caracas, en la penosa ocasión del fallecimiento de FÉLIX FAURE y con motivo de la elección de EMILIO LOUBET para Presidente de la República.



SEÑOR ANFILOQUIO LEVEL
Gobernador del Distrito Federal

SEÑOR ANFILOQUIO LEVEL



Los numerosos intereses que tienen todos los gremios sociales radicados en el Distrito Federal, imponían á la designación del ciudadano que hubiese de colocarse al frente de la Gobernación de Caracas las más cuidadosas consideraciones en todo lo relativo á idoneidad, cultura, pulcritud y cuantas condiciones puedan hacer tan estimado como querido y respetado á un hombre público. Había de buscarse, en suma, el hombre para el puesto, prescindiendo en absoluto de ciertos motivos que de ordinario presiden é influyen en la elección de los individuos á quienes se confían cargos de determinada categoría y responsabilidades.

La designación del señor ANFILOQUIO LEVEL para Gobernador del Distrito Federal fue acertada y feliz: joven, inteligente, honrado, enérgico sin violencias,—es, en el ejercicio de sus altas funciones, una garantía efectiva de los intereses colocados bajo su salvaguardia.

Las medidas de orden y moralización dictadas últimamente por el joven Magistrado, han merecido el aplauso unánime de todos los asociados. En estos días, sobre todo, con motivo de las fiestas del Carnaval, pudo estimarse toda la eficacia de las nuevas disposiciones, prohibitivas del porte de armas en poblado, expendio en los botiquines y restaurants después de cierta hora de la noche y publicación diaria de todos los arrestados por faltas de policía, con expresión del motivo del arresto. Amén de la nunca bastante recomendada, por salvadora, de la persecución infatigable hasta obtener la extinción de los garitos.

El señor LEVEL puede estar convencido de que cumple un deber de salud pública y tiene, por tanto, que ser inflexible en su camino; ya que, cuando ha decretado otras medidas que en su concepto tendían á un fin beneficioso, como fue la ordenanza relativa á la elaboración del pan, no ha vacilado en derogarla desde el momento en que ha observado lo inconducente de ella. Así prueba el joven Gobernador cómo posee la plena conciencia de sus obligaciones públicas y que no son estos días de procedimientos autoritarios inconsultos, sino de serena observación de las necesidades de la colectividad y atención sostenida, digna y enaltecedora á los reclamos del ciudadano.

En esa convicción, Caracas espera que su Gobernador civil no ceje en todos los propósitos de regularidad, de progreso y de bienestar social que lo animan. Entre otros, merece particular insistencia, por parte de la autoridad y de los gremios, el contrato sobre aseo de la ciudad, tan urgente, tan indispensable, como que implica la salud y la vida de millares de personas, expuestas,—en climas como el nuestro,—á continuas invasiones epidémicas. El referido contrato podrá tener sus faces censurables, que esclarecerán y tratarán de modificar y corregir la crítica y el examen; pero la intención, el propósito son indiscutiblemente loables y merecen todo el apoyo de los buenos ciudadanos, á fin de que la medida en discusión se haga efectiva, bien que para llegar á obtenerlo hayan de apurarse todas las fórmulas conciliadoras de los intereses que estén ó puedan estar comprometidos en el asunto.

Laborando de esa manera correcta y honrada por el bien general; teniendo siempre en cuenta los comprometimientos que consigo mismo lleva todo hombre público que haya conservado ilesos el nombre y el honor á través de todos los peligros de las agitaciones políticas; haciendo, como hasta ahora, francamente públicas y diáfanas todas sus acciones de Magistrado, podrá el señor LEVEL contar en toda ocasión con las más sinceras demostraciones de aplauso y aprecio públicos; y, servidor de un gobierno ó ciudadano entregado á su labor personal, será una esperanza de las aspiraciones populares, en días en que puedan necesitarse sus esfuerzos, para superiores y decisivas actividades en pro de la sociedad y de la Patria.

EL COJO ILUSTRADO, al presentar esta muestra de justicia y de aprobación, hace sus mejores votos por los ulteriores aciertos del señor Gobernador del Distrito Federal.